

América Latina. La visión de los científicos sociales

Durante los últimos meses, Nueva Sociedad dirigió un breve cuestionario a varias decenas de científicos sociales de la región, con la intención de reunir un conjunto de reflexiones sobre el pasado reciente, el momento actual y las perspectivas para el futuro. El cuestionario fue el siguiente:

- 1. ¿Cuál es el fenómeno de los años recientes o la actualidad que a su criterio refleja más nítidamente la situación o el momento político, social o cultural que atraviesa América Latina?**
- 2. Entre las perspectivas utópicas y las predicciones de desastre ¿cuál será según su criterio el panorama de América Latina al cabo de las dos primeras décadas del próximo siglo?**
- 3. A partir de los cambios de los últimos tiempos y de acuerdo al contexto actual, ¿cómo analizaría la colocación o el eventual desafío de los intelectuales dentro de nuestras sociedades?**

Se dejó a criterio de cada participante privilegiar más unas preguntas que otras, responder en conjunto o parcialmente. Tampoco se limitó la forma de las respuestas; no era necesario que tuvieran un registro académico, podían ser ensayísticas en el amplio sentido de la palabra.

La dinámica de los procesos políticos a nivel global, los vertiginosos cambios estructurales en la producción y el saber, los modelos de representación política emergentes y las nuevas formas de comunicación instalan a América Latina y el Caribe en una decisiva etapa respecto de su inserción internacional y su propia gobernabilidad.

En tal sentido, creímos apropiado encarar esta consulta y así dibujar el paisaje de la región según la mirada de las ciencias sociales. Confiamos en que este dibujo se integre a los distintos debates sobre las actuales alternativas históricas, y sirva también, en un futuro, como indicio de los instrumentos teóricos, marcos ideológicos y desafíos políticos que predominan en el fin de siglo.

Esperamos que este Cuestionario cumpla con tales cometidos, y agradecemos la generosidad de los encuestados.

Hugo Achugar

Profesor de la Universidad de la República, Montevideo.

Creo que es posible y quizá hasta necesario pensar en los procesos de construcción de América Latina y no reflexionar a partir de la noción de «reflejo»; noción que se me aparece como distorsionante de las situaciones y, más aún, de toda reflexión sobre los fenómenos presentes.

Desde Uruguay, parece evidente que el proceso de integración regional del Mercosur es y seguirá siendo el hecho más trascendente tanto a nivel económico como político, social y cultural. El desafío y la conmoción de la integración regional - aun con todos sus recortes y negociaciones - aparece como un hecho fundamental. Si al proceso de integración de los cuatro países del Mercosur agregamos el del TLCAN, parece todavía más claro que los procesos de integración están construyendo no sólo un proyecto de sociedad a nivel continental que disuelve y sintetiza esfuerzos de larga data sino que además se articulan a los fenómenos sintetizables en «la caída del socialismo real o del muro», y en la mentada «globalización».

Los procesos de integración del Mercosur y del TLCAN representan, además, intentos de responder y modificar (no valoro, me limito a señalar) fenómenos tan diversos como el de las migraciones, la consolidación (al menos parcial) de las nuevas democracias, los modelos productivos alcanzando inclusive aspectos de las industrias culturales, de la informatización y de la comunicación.

2. Optar entre el apocalipsis y el paraíso en la inminencia del fin de siglo/fin de milenio no es fácil, hacer futurología menos. Puedo, sin embargo, decir algo sobre utopías y fin de siglo.

El desconcierto de las páginas de José Martí en el «Prólogo al poema del Niágara (1892) y de José Enrique Rodó en «El que vendrá» (1897) suenan hoy curiosamente cercanas. Aquel desconcertado aire de fin de siglo vuelve, en nuestro fin de siglo/milenio, como un aire suave de angustiados giros. Es posible que hoy también exista conciencia de no profesar una misma Ley, como dice Rodó, y se tenga claro, además, que esta fragmentada época posmoderna nuestra no tiene los elementos constantes que Martí consideraba necesarios para realizar «esas macizas y corpulentas obras de ingenio» o para construir «el majestuoso alcázar» por el que

suspiraba el uruguayo. Es posible también que en la creciente sociedad neoliberal estemos asistiendo a la instauración de una única Ley y es posible también que, a pesar de todo, la conciencia se resista a aceptarlo, al menos la conciencia de algunos. Marta Traba hablaba, hace unos cuantos años, de una «cultura de la resistencia».

Tanto Martí como Rodó, sin embargo, saludaban, en el final de esos mismos ensayos, el advenimiento de «el que vendrá» y de un poeta verdadero. Juan Carlos Portantiero, que en el comienzo de estos 90 ha planteado que estamos viviendo un cambio epocal muy fuerte, una verdadera «mutación civilizatoria». Es posible y como suele ocurrir: sentimos los dolores del parto, pero no tenemos certezas acerca del nuevo ser que habrá de nacer. La utopía hoy - y ahí quizás esté la diferencia entre aquel final de siglo y el presente - está desconcertada.

Las utopías de las varias modernidades no son las de ahora, no podrían serlo aun cuando (como quieren Habermas y otros muchos) se intente recobrar, para el caso de la modernidad, sosteniendo que es un proyecto inacabado. Se dirá que la utopía de hoy está recortada o social democratizada, puede ser y no tengo mayor problema con los calificativos. En todo caso, las etiquetas y los calificativos eran preocupación central en otros tiempos y ahora transitamos diferentes universos.

La posmodernidad del desengaño dialoga con una cara de la modernidad; la posmodernidad utópica, con la vanguardia

El escepticismo, aun el muy posmoderno relativismo de Rorty, puede ser también una muestra de anacronismo, otra forma de ejercer la nostalgia por mirar el mundo desde barrocos otros desengañados.

El derecho a la utopía no es, no puede ser ni surgir de la utopía vanguardista de los veinte ni tampoco del doloroso recuerdo de la utopía de la vanguardia de los 60 , aquella que en su totalizadora visión aspiró a ser redentora. La utopía de los 60 tuvo como imagen discursiva central el «asalto al cielo». Hoy, en las antípodas históricas de aquella hora americana de la utopía a la Reforma Universitaria de Córdoba; en el valle en que el fracaso de los 60 nos ha dejado, atestados de «gadgets» electrónicos, comiendo kiwis y contemplando en simulcast los estragos del golfo, de la ex-Yugoslavia y de la contaminación de Santiago o el DF mexicano, el rey Utopo nos sigue presidiendo y si, como dice Enzensberger, «La afirmación frecuentemente oída, de que no es posible vivir sin utopía es, en el mejor de los casos, un cuarto de verdad»; ese es nuestro fragmentario, contem-poráneo, posmoderno

cuarto de verdad. ¿La utopía es moderna o posmoderna? ¿Hay una diferencia entre la utopía moderna y la posmoderna? ¿En qué consiste la utopía posmoderna? No hay una única posmodernidad, como no hubo una única modernidad.

El barroco despertar desengañado de Sor Juana Inés de la Cruz admitiendo el fracaso de la racionalidad y celebrando la iluminación divina, sintetizado en el conocido verso final: «el Mundo iluminado y yo despierta», no sería un modo o una imagen de la utopía posmoderna sino del anacronismo del desengaño de hoy que es la contracara de la posmodernidad. La posmodernidad del desengaño dialoga con una cara de la modernidad. La posmodernidad utópica, con la vanguardia. En particular (y para homenajear a Vicente Huidobro) con ese paradójico ambivalente elan utópico que, alfa y omega, clarín aún fresco anuncia el fin del Universo, el fin de un universo.

3. El problema sigue consistiendo en establecer los valores. Y sobre todo, en cómo establecerlos sin que ello signifique opresión. ¿Cuál es la tarea - presente y futura - del intelectual latinoamericano? ¿Qué aceptar, promover, valorar? ¿Cómo distinguir entre aquello que sirve y lo que no sirve, entre el error y el acierto, entre lo válido y lo ilegítimo? La tolerancia no significa abandonar ni la elección personal ni los principios. La cultura, en sentido general, no es ajena a todo esto y la eventual crisis de que se ha venido hablando tiene que ver con la profunda transformación general - o «mutación civilizatoria de que hablara Portantiero - del presente fin de siglo/milenio. Un modo de contestar esta última pregunta sería decir: «convirtiéndose en un preguntador y no en un respondedor».

Las respuestas no suelen ser satisfactorias. Y preguntar, las más de las veces, resulta incómodo. Puede suceder, además, que de tanto preguntar el intelectual termine por convertirse en un aprendiz de brujo, en un pobre ratón de celuloide a lo Walt Disney que desate fuerzas que luego no logre controlar. El riesgo es posible, pero no creo que tengamos otra alternativa dadas las reglas del juego en estos tiempos que corren.

Aquellos que sólo tienen respuestas y ninguna duda, ningún cuestionamiento, son quizás necesarios. La reflexión intelectual y la crítica cultural en América Latina, sin embargo, debería ofrecer y plantearse todavía más preguntas. Demasiado hemos sufrido el imperio de los que tienen todas las respuestas y ninguna pregunta para intentar adentrarnos en el próximo milenio repartiendo recetas y fórmulas mágicas que todo lo lean, que todo lo interpreten. Por lo tanto, preguntas para ter-

minar y más preguntas. Porque, después de todo y parafraseando el Fausto de Goethe, el ser humano se salvará mientras pregunte.

Gabriel Aguilera Peralta

Investigador del FLACSO - Guatemala.

2. Me inclino por prever una situación mejor a la actual para el conjunto de América Latina en las dos primeras décadas del siglo XXI, aunque algunos países individuales pudieran sustraerse a esa tendencia.

En efecto, pese a los problemas por los que ha atravesado la región en este siglo, y en especial en las últimas décadas, los indicadores sociales y económicos globales han ido mejorando con el paso del tiempo, pese a situaciones de reversión como la llamada década perdida. Esa tendencia a un lento desarrollo indica que la región latinoamericana participa, aunque con retraso y limitación, del proceso de modernización.

En los últimos años de este siglo se presentan varias perspectivas favorables que pueden entonces fortalecer la tendencia dicha. Entre ellas se encuentran:

a) Los procesos de integración económica y política, que han ido concluyendo definitivamente la posibilidad de soluciones violentas a las diferencias territoriales, de fronteras y otras disputas internacionales entre los países, a la vez que pueden ir creando espacios económicos ampliados que permitan competir en la creciente globalización de la economía mundial.

b) El fortalecimiento o consolidación de procesos de democratización, apoyados en una tendencia internacional en esa dirección, que hace cada vez más difícil los golpes de Estado, reduciendo en consecuencia el fenómeno del militarismo y creando condiciones favorables para las soluciones negociadas de los conflictos internos.

c) La toma de conciencia de sus derechos y demanda de reconocimiento de los mismos, de grupos sociales tradicionalmente marginados. Entre ellos se encuentran particularmente los grupos étnicos, pero también los movimientos de género, los ecológicos, los que defienden los derechos del niño y los ancianos, los grupos de poder local, etc. Ese conjunto, representante de un nuevo protagonismo de la sociedad civil, si pueden expresarse en espacios democráticos, podrían fortalecer la legitimidad democrática y constituir un tejido base para nuevos pactos nacionales.

Pero estas posibilidades favorables, para su aprovechamiento, requiere la posibilidad de superar obstáculos considerables. La expansión de la pobreza, en buena medida efecto del modelo económico neoliberal, que a su vez origina las dificultades de gobernabilidad, pone en riesgo la estabilidad democrática. Existen señales de que la clase política latinoamericana podría estar revisando su adhesión acrítica a una versión extrema de neoliberalismo y volviendo a reconocer un papel al Estado en la creación de balances que disminuyan las desigualdades sociales; esa tendencia, si se llega a desarrollar en forma conjunta con una nueva participación de la sociedad civil en la gestión común, podría originar mecanismos de compensación social y participación que contrarresten el deterioro social.

Es posible que la mayoría de los países se desarrolle según la tendencia favorable. Por el contrario, quienes no lo logren pueden confrontar una situación de mayor deterioro de las condiciones de vida y de legitimidad democrática y por consiguiente podrán ser escenarios de nuevas formas de violencia.

La expansión de la pobreza origina las dificultades de gobernabilidad, y pone en riesgo la estabilidad democrática

3. Dada la situación actual y perspectivas de la región, lo primero que le pediría al intelectual es que siguiera siendo comprometido con la utopía, en el sentido de un imaginario de sociedades mejores, y que pusiera su conocimiento al servicio de ese fin. En otras palabras, no pienso en el intelectual dedicado a su progreso personal en el sentido del mercado, sino pensando en el colectivo. Me parece que su papel central será ayudar a concebir e impulsar una nueva cultura basada en los valores de la paz. El concepto de la Unesco de «Cultura de paz» por ejemplo, puede ayudar, pero ¿cómo interiorizar en seres humanos sumergidos en la pobreza las ideas de la tolerancia, el pluralismo, el amor a la justicia, la democracia y la libertad? Si no hay respuesta, hay que encontrarla.

Es común afirmar que el poder de nuestra época es el conocimiento. Debido al subdesarrollo, el esfuerzo educacional global de América Latina ha sido deficiente, con variaciones de un país a otro, y eso podría explicar nuestro retraso en el campo de la ciencia y la tecnología.

Ese doble papel debería así definir al intelectual en cuanto vehículo para la democratización y la modernización en el campo de la educación, la ciencia y la tecnología, trilogía que probablemente será el equivalente para el principio del nuevo siglo, del cambio estructural que perseguían las ciencias.

Nuestros intelectuales tienen que ser, en consecuencia, las puertas de comunicación con el fulminante avance científico y tecnológico de esa época. Nuestros países tienen que encontrar formas y espacios en que nuestras ventajas comparativas nos permitan inserción en la modernidad tecnológica, como podría ser por ejemplo la investigación médica basada en las especies de la selva tropical.

José Luis Alemán, sj

Director de la Escuela de Economía de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo.

1. Desde los 60 América Latina como adolescente núbil comenzó a explorar su cuerpo abierto a la sensualidad desde hacía década, pero que imaginaba bello, suave y cubierto por gasas semitransparentes de seda y alas de mariposa. Comenzó a despertar a la dura realidad en la medida en que abandonaba los sueños de la inexperiencia y en que los cuentos con que la adormecíamos no podían seguir manteniendo una ficción.

La ficción era que llegaríamos pronto a alcanzar el nivel de vida de la más vieja Europa y de las más joven de las Américas. La leyenda jugaba con viejos ideales propios de la cultura occidental: en tres palabras seríamos ricos, justos y cultos. Pero mantendríamos nuestra realidad panracial, nuestro curioso juego de picardía y simulada inocencia y nuestra sensibilidad psicósomática a la que llamábamos, algo equívocamente, nuestra cultura. La cultura de Paz, de Fuentes, de Carpentier, de Betancourt, etc., era el prototipo de esa mezcla racial, religiosa, popular, social y cultural que constituía nuestra originalidad.

En cuanto despertamos del sueño de la adolescencia ensayamos muchas formas foráneas y cercanas a una muerte no anunciada: el populismo, el socialismo marxista pero humanitario, la democracia cristiana, la teología de la liberación... Movimientos todos distantes de la cultura popular y de la cultura europea. Simples engendros imaginativos.

El derrumbe del socialismo histórico terminó con los sueños adolescentes. Tratamos, a todo vapor, de uncirnos al carro de la democracia, del liberalismo económico y hasta de la «investigación y desarrollo».

Son estas formas miméticas de actuar, difíciles de alcanzar. En realidad el gran problema social, político, económico y hasta cultural de la nueva generación puede expresarse con estas palabras de Paz: «El tema de la dificultad que han experimenta-

do y experimentan los países hispánicos y lusitanos para adoptar los principios democráticos, debería de ser el tema de los estudios históricos y sociales de América Latina, España y Portugal. No ha sido así y, aunque parezca increíble, todavía no sabemos por qué las instituciones democráticas no han sido viables en la mayoría de nuestros países».

2. Creo que hoy estamos menos perdidos en saber cuáles son las causas de la mala integración latinoamericana a los nuevos fenómenos mundiales. Realísima, como es la divergencia cultural de muchos países, me parece que lo común supera ampliamente lo específico en lo que a fines y metas se refiere.

La distinción es de Weber pero eso no quita que sea verdad: el gran problema de América Latina que ahora, en su juventud tiene que enfrentar realísticamente, es el de una ética y una disciplina de medios frente a una ética de sólo fines. Esta última dominó nuestra política, nuestra cultura y nuestra religión. Lo mismo puede estar pasando a las sociedades islámicas.

Reyes, papas, obispos, rectores, profesores y la aristocracia criolla han luchado con mayor o menor carga de intereses y altruismo por garantizar los fines que les convienen y en los que suelen creer a pie juntillas.

A todos se les olvidó dar una alta prioridad a la pregunta, aparentemente la más pragmática y pedestre, de cómo lograr esas metas. Lo único importante eran los fines y el garbo con que se dedicaba la vida para lograrlo, sin tratar de sistematizar y de experimentar con los medios.

Una ética de fines, sin medios claros acaba por entregar el terreno al instrumental de los paradigmas vivientes que se creen mejores en cuanto están más libres de valores y son más cuantificables.

Ese es el peligro mayor de una América Latina adulta: los paradigmas puramente cuantitativos, salvo en algunas ciencias naturales y a ratos, sustituyen las intuiciones propias. Las intuiciones de los fines y no de los medios. Andamos ahora por paradigmas racionalistas y positivistas o lingüísticos, cuando el «mundo», afortunadamente para nosotros, está danzando el baile ritual del posmodernismo. Si nos entregamos a este último esquema, siempre mayoritario, América Latina habrá dejado de ser semi ingenua, pero para convertirse en bohemia, lo que no es la solución de nuestras gentes. Nuestras dos mayores perspectivas de desastre serían,

pues, la continuación de una pura ética de fines o la entrega al ideal bohemio del posmodernismo.

Ese es el peligro mayor de una América Latina adulta: los paradigmas puramente cuantitativos

3. El desafío para los intelectuales dentro de nuestras sociedades está muy claro para mí: por ahora captar y comprender el avance técnico del mundo desarrollado tratando de integrar lo que en ellos es pura especialización en favor del servicio a nuestra sociedad sin buscar la «R and D» de las grandes innovaciones que requieren instrumentos cada vez más refinados y costosos. El ideal es difundir y saber usar y comprender el funcionamiento de las técnicas foráneas ya generalizadas allá y aquí. En el mundo filosófico, educativo, social y ético tenemos que enfatizar el cómo lograr fines, tratando de salvaguardar valores particulares. Debemos, igualmente, saber cómo se logran fines en otras sociedades para lograr lo que el economista matemático japonés Morishima llamó «¿Cómo tuvo éxito Japón? Tecnología occidental y ethos japonés».

En economía, finalmente hay que saber que existen varios esquemas: el hedonista del «homo oeconomicus» maximizador de utilidades, el institucionalista-experimental, que reconoce en la naturaleza humana la existencia de otros instintos, costumbres e instituciones formadas por hábitos y la insuficiencia del supuesto de la racionalidad económica para entender los hechos . No hay que sacrificar la heterogeneidad ni el realismo en favor de una prevalencia del formalismo. Los grupos de base, aunque víctimas de la publicidad mundial, deben ser el marco de referencia y el aliado de nuevas economías teóricas, dentro de los grados de libertad, no muy grandes, que nos dejan las economías avanzadas.

Rolando Ames

Director del Instituto de Diálogo y Propuestas y la revista de análisis político Cuestión de Estado, Lima.

1. El fenómeno reciente más significativo de la situación de América Latina, me parece la debilidad, la falta de originalidad, con la que los gobernantes del subcontinente y sus élites de poder han respondido a los cambios que se han precipitado a nivel mundial en los últimos años. Simultáneamente hay en nuestras sociedades potencialidades y búsqueda de sintetizar, de hacer compatibles, la democratización social en curso a su interior, con la modernización tecnológica principalmente venida de fuera. Esa síntesis posible y necesaria es la que no se está dando globalmente.

Lo que ocurre en cada aspecto, en la tecnología, la economía o la política es sin duda distinto, pero cabe a mi juicio dentro de los términos de conjunto que señalo. Por ejemplo, la forma en que en el debate político se polariza reduccionistamente entre mercado o Estado, liberalismo o intervencionismo, democracia o dictadura, es demasiado parecida aún a las polémicas de los años 30.

Las gentes quieren en América Latina ser ciudadanos del mundo, pero gobernantes y élites no trabajan por ello a la escala objetiva que hace falta. América Latina se ha retrasado productivamente, su gravitación internacional ha disminuido y no ha corregido, dentro de sociedades ya urbanas, las desigualdades sociales que siempre la caracterizaron. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte es una iniciativa norteamericana, los proyectos de integración intralatinoamericana siguen mecánicamente las tendencias de la economía y por ello, salvo frágiles o quizás nacientes intentos alternativos, los sectores modernos de la economía no abren posibilidades de incorporación para todas sus poblaciones.

2. Predecir la continuación del deterioro es un ejercicio posible pero simplificador y en última instancia, estéril. Desde el punto de vista cultural, de la vivencia de las juventudes, de la capacidad de trabajo de las gentes y de la afirmación de la mujer latinoamericana, hay hoy impresionantes expresiones de vitalidad. Por eso la principal interrogante que plantearía para las próximas dos décadas se sitúa en el plano de la política, o en el de lo público nacional, para ser bien entendido. Nuestro futuro depende de que seamos capaces de producir la necesaria movilización concertada de voluntades para afirmarnos en el mundo globalizado, desde lo que somos, desde nuestras identidades, carencias, potencialidades y sobre todo desde nuestra propia dignidad. En esta mayor conciencia de dignidad individual que hoy recorre nuestras poblaciones veo nuestro mejor capital propio. Sin embargo es insuficiente si no es recogido por élites dirigentes capaces de cuajar rumbos constantes de progreso nacional y regional, articulando sociedad, mercado y Estado de modo razonable y, por supuesto, innovador. El entorno mundial se ha vuelto sin duda extremadamente exigente.

Para tener éxito en términos socialmente integradores, hace falta un sentido de utopía, pues se requiere poner en práctica esa afirmación de la dignidad humana en un mundo donde la discriminación predomina. En ese sentido la utopía conciente llama al realismo, pero le puede dar un sentido de eficacia distinto y de largo aliento. La dimensión política que reclamo, sin el cual el deterioro continuará, surge de la comprobación cada vez más visible que en los distintos ámbitos de producción de poder en el mundo, se están dando fenómenos de concentración y de mutuo es-

fuerzo de los privilegios y los intereses inmediatos de sus detentadores. Por eso, si los miles de esfuerzos y proyectos positivos que hoy mejoran sectorialmente la calidad de la vida en América Latina no alcanzan gravitación pública, política, a escala nacional y mundial, ellos no tendrán la continuidad que requieren.

3. En el plano de la cultura, de la localización de los lugares de producción de valores y sentidos, en las instituciones de educación escolar y superior, es donde los cambios son quizás más profundos y sin embargo aún relativamente discretos. Por eso es difícil hoy precisar incluso cuáles son los grupos que están cumpliendo las funciones intelectuales de mayor impacto. La imagen de la pantalla mágica de la televisión viene demasiado rápido a la mente.

Sin embargo las auténticas élites en el campo del conocimiento en todos sus ramos tienen hoy la legitimidad y por tanto la potencialidad de aportar a analizar el rumbo de sus sociedades. De ese campo más vasto y académicamente más plural, surgirán probablemente los nuevos tipos de intelectuales latinoamericanos.

Lo que haga o no la inteligencia conciente, capaz de proponer iniciativas audaces y de pensar en los términos de largo plazo antes aludidos, me parece sin duda crucial por todo lo dicho. Apostemos a que en esos círculos se fortalezcan al menos dos rasgos relevantes al tema. La capacidad de dialogar pluralmente, entre personas de distintas orientaciones ideológicas y de distintas especialidades y el interés por lo público, por la suerte de nuestros países y de la región, sin rendirnos a las exclusiones sociales que hoy están vigentes.

Arnold Antonin

Profesor de la Universidad del Estado de Haití, Puerto Príncipe.

1. América Latina y el Caribe han conocido recientemente muchos fenómenos que los han marcado política, social y, en consecuencia, culturalmente.

Entre ellos, el peso de la deuda externa, la corrupción, la debilidad del Estado, la expansión del narcotráfico, el regreso a la democracia política, la inseguridad personal y la violencia social en respuesta al deterioro de las condiciones de vida y a las propuestas de solución del FMI, los nuevos y fuertes flujos de emigrantes hacia EE.UU. Todos estos fenómenos evidencian, por cualquier lado que se mire, una mayor dependencia de EE.UU. El fin de la guerra fría y el regreso a un mundo unipolar, a pesar de las rivalidades entre los megamercados europeo, asiático y americano, crean la sensación de que las alas del águila norteamericana cubren el conti-

nente de una sombra demasiado protectora. Si se dice que éste es un fin de siglo marcado por la incertidumbre y la ambigüedad, nunca han sido más ambiguas las relaciones entre EE.UU. y el resto del continente.

Dentro del marco de esta ambigüedad, el fenómeno más paradigmático es el del caso haitiano. Más aún que el ALENA. En 1965, la administración Johnson ocupó militarmente la República Dominicana para impedir la toma del poder por la izquierda y un grupo de militares constitucionalistas que quería devolver el poder a un presidente legítimamente electo. En 1982, la administración Reagan invade militarmente Grenada para impedir que la izquierda continuara en el poder. En 1989 la administración Bush invade Panamá para aprehender al general Noriega por tráfico de drogas pero también por razones no totalmente claras que revolucionan las reglas de la diplomacia y del derecho internacional.

Todos estos hechos fueron condenados por la gran mayoría de los países latinoamericanos y del mundo entero. En 1994, la administración Clinton, interviene en Haití (que los marines ya habían ocupado desde 1915 a 1934), su «patio trasero», según expresión del presidente, haciendo despliegue de todo su poderío militar. Esta vez, por un lado, para devolver al poder a un popular presidente de izquierda, cura adepto a la teología de la liberación. Pero esta invasión militar norteamericana, es también para detener la invasión pacífica de los haitianos más pobres a EE.UU. A pesar de que por razones de principio se oyeron débiles voces condenatorias, en general y sobre todo a posteriori, se aplaudió unánime y universalmente a los buenos invasores.

¿Significa esto que EE.UU. se ha convertido, con relación a la América Latina en el gendarme que, como en las películas americanas sólo interviene para apoyar a los «buenos» y que luego no vendrá a pasar una cuenta quizás demasiado elevada por los servicios prestados? Sean cuales fueran los resultados, la intervención en Haití tendrá pesadas consecuencias sobre el futuro del Caribe y del resto de América Latina. A pesar de su interés, el caso de Chiapas por ejemplo, es menos inédito que el haitiano, el cual marca un hito en la historia de este fin de siglo y de las relaciones de América Latina con EE.UU. y quizás con el resto del mundo, dado el papel que las Naciones Unidas han jugado en estos acontecimientos.

Dentro de 20 años se asistirá quizás a una puertorricanización de toda la América Latina y el Caribe

2. Dentro de 20 años, se asistirá quizás a una puertorricanización de toda la América Latina y el Caribe. Lo que hasta ahora ha sido un espantapájaros se volverá un proceso voluntario y atractivo para las masas pobres de América Latina frente al fracaso de las élites políticas y económicas. Frente a la imposibilidad de invadir EE.UU. a través de la inmigración clandestina con el fin de ir a vivir el «American Way of Life» en Nueva York o en California, los pueblos latinoamericanos invitarán a los norteamericanos a venir a casa para traérsela en vivo y no tener que seguir viéndola solamente por televisión. El continente americano será quizás el primero donde el nuevo orden internacional tomará la forma de una gigantesca sociedad anónima, arquetipo del desarrollo capitalista. Los carteles de la droga sustituirán a los «no Estados» de América Latina y el gendarme americano les declarará la guerra en sus propios territorios, para defender a la Gran Sociedad Anónima.

El dictador Stalin decía: «Denme Hollywood y conquistaré al mundo». No tuvo a Hollywood y su imperio se desmoronó. En los próximos veinte años veremos la conquista absoluta de nuestro continente por Hollywood, en el sentido estricto y figurado. Y si no lo creen pregúntenselo a los cineastas latinoamericanos.

O quizás se realice la utopía: una integración y no una absorción donde América Latina encuentre, como los Estados mediterráneos de Europa, un puesto ventajoso y digno en un conjunto mayor y mejore sus condiciones de vida sin perder su alma.

3. Los intelectuales deberían seguir jugando un papel de críticos como lo han jugado siempre en nuestro continente, apartándose de los viejos esquemas pero siguiendo con la defensa de la identidad de sus pueblos, deben contribuir a hacer pasar a la América Latina de la entropía a la sinergia.

Tendrán varias tareas primordiales: - entender una realidad cada vez más compleja desde todo punto de vista: tecnológico, económico, político y social y a la vez con una tendencia a la uniformización; - ser abiertos a un mundo sin fronteras y a la vez defensores de su propia identidad; - crear líneas de pensamiento, en ese nuevo mundo transnacionalizado, que no permitan que sea un mundo unipolar donde el pensamiento y las ideas vengan ya enlatadas o precocidas desde el norte para ser rumiadas por los intelectuales del sur que se las sirven ya digeridas al pueblo; - salvar la imaginación y la capacidad creativa latinoamericana, lejos de la retórica y la logorrea; - salvar nuestra memoria colectiva para mejor entender nuestro presente y construir nuestro futuro: - contribuir a crear nuevos conceptos, nuevas categorías y nuevos valores para la nueva realidad del siglo XXI.

El pesimismo de la inteligencia en los intelectuales debe ser cultivado porque ha sido siempre un buen servidor del optimismo de la voluntad, para parafrasear a Romain Rolland.

Benjamín Arditi

Investigador del Centro de Documentación y Estudios - CDE, Asunción.

Hace dos decenios se estrenó la película *Jonás*, quien tendrá 25 en el año 2000, del cineasta suizo Alain Tanner. Los protagonistas hablaban de su vida y del tipo de mundo que heredaría Jonás cuando creciera. Algo parecido ocurrirá con los latinoamericanos que nazcan en 1995, quienes celebrarán su cumpleaños número 25 en el año 2020. ¿Cuál será el mundo en el que habrán de vivir?

Aceptemos de partida que la diversidad latinoamericana difícilmente ha de desaparecer. También es razonable pensar que, pese a ella, muchos países de la región seguirán enfrentando problemas de pobreza, desempleo, conflictos distributivos y pugnas políticas. Pero lo deberán hacer en un contexto distinto y con demandas de respuestas diferentes. Hace algunos años Norbert Lechner decía que, en América Latina, el grueso de la izquierda abandonó las ideas-fuerza del marxismo-leninismo y la estrategia insurreccional a finales de los años 70 . Hoy sólo las sostienen pequeños grupos de la izquierda ideológica cuya presencia en la escena pública es ahora más bien anecdótica. No sería extraño, pues, que los Jonás del año 2020 vean a los grupos feministas ortodoxos o a los economistas neoliberales a ultranza como anacronismos.

Los grandes temas que marcaron a nuestra generación - la Revolución Cubana, los regímenes autoritarios, los procesos de transición hacia la democracia política, el retroceso del Estado-empresario y la formación de bloques regionales de libre comercio - serán parte de la historia reciente. En el año 2020, quienes hoy tienen entre 40 y 50 años de edad estarán retirados de la vida pública o en vías de hacerlo. Quienes ahora están terminando sus estudios secundarios o se ubican en el rango de 20 a 40 años de edad ya habrán colonizado las áreas decisivas de los ámbitos político, cultural, económico o artístico. Muchos temas, además de los sueños, proyectos y orientaciones que forman parte de la agenda de esta generación ascendente, ya se habrán probado en la práctica. Los nacidos en 1995 habrán crecido con los éxitos, los fracasos y las modificaciones de esa agenda.

También habrán tenido la posibilidad de participar, al menos una vez, en actos electorales donde esos proyectos han sido debatidos. Pero, con toda certeza, los

partidos y las elecciones no serán los únicos formatos de la participación política. La tendencia ya se aprecia hoy, a medida que los movimientos sociales ocupan un lugar importante en la gestión de demandas públicas y se multiplican los mecanismos de negociación institucional entre el gobierno y los distintos grupos de interés organizados. Este tipo de desarrollo crea lo que Offe y Schmitter denominan «ciudadanía secundaria», un ámbito complementario al de la «ciudadanía primaria» de la política electoral. No sería aventurado predecir que en el mundo de los Jonás el universo político estará compuesto de una serie de circuitos políticos, cada uno con su respectiva configuración de intereses, demandas, identidades, instituciones y procedimientos. Independientemente de la importancia relativa del circuito formado por el sistema de partidos, las elecciones y los órganos de representación territorial, éste será sólo uno de los tantos circuitos de la política.

¿Cómo serán los intelectuales latinoamericanos en el año 2020? Al igual que hoy, las distintas «familias» de intelectuales se agruparán de acuerdo con su cercanía al ámbito académico o su inclinación por la esfera pública. Quienes se dedican a la vida académica probablemente seguirán haciendo lo que hoy hacen los profesores universitarios en cualquier parte: publicarán sus trabajos con la esperanza de que el público los lea, intervendrán en las polémicas académicas del momento y participarán en seminarios y mesas redondas para discutir los temas de moda y encontrarse con viejos conocidos de tanto en tanto. Como señala Rorty, seguirán invirtiendo un tiempo considerable «dando palos a los escritos de sus predecesores e improvisando nuevos términos que pasarán a formar parte de la jerga profesional». También se intensificará la comunicación entre ellos. En los años 70 y 80, redes interinstitucionales como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) permitieron crear una comunidad de intelectuales más cosmopolita. Esto se acentuará en los próximos decenios debido al cambio tecnológico. Profesores e investigadores podrán mantener contacto más fluido por medio del correo electrónico. También podrán acceder a bases de datos de otros países desde su propio ordenador. Cualquiera podrá leer Nueva Sociedad a través de la Internet. Reuniones de investigadores que trabajan en diferentes países, así como los paneles de uno que otro congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), podrán adoptar un formato virtual a través de medios electrónicos que permiten que los participantes se vean y discutan entre sí en tiempo real, sin necesidad de abandonar sus lugares de trabajo.

Sospecho que no cambiará demasiado el modo en que la mayoría de los políticos ve a los intelectuales

En cuanto a las «familias» más políticas, recordemos que los intelectuales latinoamericanos han sentido una atracción especial por la esfera pública. Es razonable pensar que seguirá habiendo un tránsito relativamente fluido entre la cátedra, el periodismo y la vida política. Como toda relación pasional, esta atracción supone amor y compromiso genuino, como también una buena dosis de fantasía y otra de desilusión. La fantasía de los intelectuales es que sus ideas pueden llegar a tener influencia decisiva en la esfera pública, sea a través del rapport con los lectores o de una relación de ida y vuelta con el poder y con los poderosos. A veces algunos realizan este sueño, pero son más los que van quedando por el camino. Porque, a decir la verdad, sospecho que no cambiará demasiado el modo en que la mayoría de los políticos ve a los intelectuales. Kaplan lo pone de manera un tanto cruda, pero no sin cierta agudeza, cuando señala que «los intelectuales deberían entender que no son más que notas de pie de página que los políticos suelen usar de tanto en tanto para convencerse de que tienen ideas»¹. Pero sólo se puede conocer la desilusión ex post facto.

No por ello habrá que abdicar de la esfera pública. La experiencia política de los intelectuales vinculados con las ONGs ha sido particularmente rica, sea por su papel en procesos de transición hacia la democracia o por su trabajo de apoyo a los movimientos sociales. Combinan el fervor principista con el rigor de propuestas y de diseños operativos viables. Guillermo Campero los denomina tecno-políticos. Como ya señalaba en otro trabajo², este tipo de intelectual se dedica a la puesta en discurso de ideas y demandas, al desarrollo de tecnologías apropiadas para iniciativas político-sociales y al diseño de perspectivas de futuro. Pienso que en los próximos decenios habrá no sólo una proliferación, sino también una diferenciación de los grupos tecno-políticos dentro y fuera de las ONGs. En primer lugar, porque todo indica que la sociedad se volverá más compleja, con lo cual la importancia del componente técnico de la intervención política tenderá a incrementarse. Y, en segundo lugar, porque la diversidad de circuitos políticos obligará a diferenciar los recursos y las capacidades de los intelectuales vinculados con una esfera pública igualmente diferenciada.

Rodrigo Arocena

Profesor de Ciencia y Desarrollo, Universidad de la República Oriental de Uruguay.

1. Uno de los fenómenos más impactantes en esta parte del mundo durante los últimos años es el desdibujamiento de la noción misma de América Latina como clave

1

2

de bóveda de proyectos varios, incluso contrapuestos. La integración de la ALALC al SELA, la idea de transformación en sus diversas acepciones, y por supuesto la revolución, aún pensadas a escala subregional, tenían como marco de referencia al continente como tal. Durante la «década perdida» de los 80, se nos perdió América Latina como proyecto.

En los 90 signan nuestra circunstancia los intentos - de países, grupos de países o partes de algún país - por conseguir la propia reinserción en la economía internacional y los rechazos que tales intentos suscitan entre los muchos seres humanos a los que dejan de lado.

Con la ruptura independentista del orden colonial, América Latina alcanzó envergadura como noción política y cultural. Ella perdió vigor con la posterior inserción de la región, como productora de bienes primarios, en el «orden neocolonial» forjado durante la expansión del Occidente potenciado por la revolución industrial. Las muy variadas situaciones internas y relaciones con las metrópolis de las distintas zonas de América Latina no contribuían a darle un sentido unitario a ese nombre. Pero ello tendió a cambiar con el «crecimiento hacia adentro», durante el cual áreas por cierto diversas evidenciaron sin embargo algunas características evolutivas comunes, las que permitieron pensar en términos de un cierto modelo económico y social propiamente latinoamericano. En ese marco vivió su auge entre nosotros la temática del desarrollo, relegada durante los 80, cuando se hizo bruscamente evidente que habían caducado tanto las pautas tradicionales de la inserción del continente en la economía mundial como los proyectos ensayados para modificarla.

Hoy vivimos una nueva revolución tecnológica, en la que materias primas y trabajo poco calificado pierden peso en la economía, las claves usuales de la eficiencia se ven en cuestión y dominan la escena, la generación, apropiación y utilización del conocimiento. En semejantes coordenadas, disminuye la importancia del continente en la dinámica económica internacional y se hace más feroz la competencia por hallar en ella un lugar, individual o zonal. Ciertos países o provincias apuestan a las «relaciones especiales», con las áreas más avanzadas, para encontrar una solución; millones de latinoamericanos - indigentes indocumentados o altamente calificados - la buscan por los caminos ásperos de la emigración. Y América Latina como tal parece devuelta al mundo de la ilusión.

Ciertos países o provincias apuestan a las «relaciones especiales», con las áreas más avanzadas, para encontrar su solución

2. Tras los asombrosos cambios acaecidos a escala mundial en los años recientes, no parece excesivamente fácil pronosticar lo que en el próximo cuarto de siglo será de esta caja de sorpresas que nunca ha dejado de ser América Latina. Ensayemos empero una opinión, en aras de la discusión, subrayando que no se trata de una previsión sino de un esbozo primario de un «escenario tendencial», vale decir, de lo que podría configurarse como futuro si el conjunto de las principales tendencias hoy gravitantes se mantuviera incambiado, hipótesis por cierto poco probable.

Si asumimos tal suposición, el panorama de la región allá por el 2020 podría caracterizarse por su inserción fragmentaria y profundamente desigual en la economía internacional. Se vivirá presumiblemente en un mundo marcado por esa problemática de la ocupación, el ambiente y la alteración de la vida misma que suscita la doble explosión, demográfica y científico-tecnológica. América Latina mostraría por entonces enclaves zonales, incluso de grandes dimensiones, con llamativo dinamismo técnico-productivo e innovador en general, estrechamente vinculados al Primer Mundo, en el contexto de una extrema diversidad de situaciones y de una impactante marginación.

3. Desafío central para los intelectuales con vocación solidaria es el de lograr que su capacitación como tales sea útil en la construcción de alternativas distintas a las que hoy lucen demasiado probables. Habrá que encontrar sin mapas rumbos nuevos para navegar entre Escila y Caribdis, sin naufragar en el rechazo estéril de toda modernización, y sin hundirse en la identificación apenas maquillada de las ideas hoy dominantes con la supuestamente única modernización posible. Reto semejante demanda mantener viva la conciencia crítica, pero sin rebajarla a la autodenigración, al lamento por algún existente paraíso perdido o a la diatriba ante todo lo realmente existente. Exige también cultivar la capacidad de propuesta, pero sin reducirla a las formulaciones normativas. Requiere quizás una suerte de «militancia prospectiva», orientada a detectar - en las tendencias profundas de nuestra sociedad y en las prácticas colectivas - los brotes de lo realmente nuevo y las oportunidades para el florecimiento de las formas múltiples de la modernización solidaria. En ella hemos de buscar el reencuentro con esa América Latina que ha sido, y quizás vuelva a ser, uno de los nombres de la esperanza.

Adrián Bonilla

Investigador de la FLASCSO, sede Ecuador.

1. La reestructuración de las economías hacia políticas de mercado, la redefinición de las funciones de los Estados, la implantación de regímenes de origen electoral,

la pérdida de relevancia política de actores sociales tradicionalmente identificados con los sectores subordinados, y la permeabilidad del concepto tradicional de soberanía, caracterizan la etapa histórica actual del subcontinente.

Los elementos anteriores se identifican en el contexto de un proceso global en donde el colapso de las economías centralmente dirigidas y los regímenes políticos asociados a la antigua Unión Soviética, cambia la forma de estructuración del orden mundial. Sin embargo de lo anterior, las modificaciones en las sociedades latinoamericanas son anteriores a estos eventos internacionales. Son procesos que tienen que ver con la globalización de la economía, independientemente de la dirección de los intereses hegemónicos, los que provocan la crisis de los modelos protectores y de los Estados de bienestar.

En general, y a pesar de los altísimos costos sociales, prácticamente el conjunto de países latinoamericanos ha tenido que adoptar estrategias destinadas a producir equilibrio en los mercados de divisas, incentivos a la exportación, fortalecimiento de los niveles de ahorro interno, disminución del gasto público; y, finalmente, redefinición del papel del Estado y la eliminación de sus funciones de regulador y productor de bienes reduciéndolo a la de proveedor de servicios y entidad de emisión de políticas nacionales.

En este escenario estructural los países latinoamericanos han asumido mecanismos electorales para legitimar sus gobiernos. La democracia, pese a ello, como forma de régimen político, es un proceso que se encuentra en construcción todavía. Problemas que tienen que ver con el acceso a la representación, con mecanismos de participación y de rendición de cuentas, subsisten en buena parte de estos países, en donde además sobreviven formas patrimoniales y clientelares de relacionamiento político, que impiden el acceso al proceso de toma de decisiones. Siguen siendo predominantes formas excluyentes del ejercicio del poder. Esta circunstancia, confrontada a los costos del ajuste, genera un ambiente estructural de debilidad de la legitimidad política de los regímenes civiles de origen electoral, que aún no ha sido resuelta.

2. En las circunstancias actuales, el panorama futuro de América Latina depende de la capacidad de su economía y sus regímenes políticos de resistir las presiones y efectos causados por el nuevo modelo. El ajuste no ha terminado. Tres temas se desprenden de esto: a) ¿Pueden revertir las instituciones políticas los procesos de concentración del ingreso de reducción del gasto social y de deterioro de la infraestructura pública? ¿Hasta qué punto esas instituciones pueden hacer política social

y ejecutar decisiones autónomas? b) ¿Se vislumbra o no la posibilidad de aparición de nuevos actores sociales y políticos, que representen intereses alternativos a los sectores elitarios, que puedan reemplazar o incrementar la influencia, extremadamente debilitada de sectores laborales y de las izquierdas, socialdemocracia incluida? c) ¿Son viables todavía los proyectos de carácter «nacional»; es decir la posibilidad de que los Estados-nación, como comunidad imaginaria, establezcan políticas alrededor de objetivos más o menos comunes para el conjunto de sus integrantes, que implicarían el procesamiento de temas como pobreza, justicia social y medio ambiente (desarrollo sustentable)?

En un escenario utópico positivo, que en las actuales condiciones descartaría la imagen de Estados populares y socialistas, las predicciones más optimistas propondrían que si el modelo funciona, habría cierta movilidad social, expansión de los estratos medios, disminución de los índices de pobreza extrema y consolidación de las instituciones democráticas y nuevos actores no elitarios, que se ampliarían los niveles de participación y representación y se crearían los supuestos para lograr precisamente el cumplimiento de objetivos nacionales en un contexto de integración económica continental desde Alaska al Cabo de Hornos competitiva a nivel global.

Un escenario de desastre, en cambio, implicaría un continente en peores condiciones. Si las economías no logran incorporar temas sociales, difícilmente las instituciones electorales civiles podrían ampliarse. Los regímenes, inscritos en persistentes crisis de legitimidad, independientemente de gobiernos civiles o militares, tendrían que recurrir a mecanismos autoritarios y la gobernabilidad giraría en torno a la inestabilidad. Las naciones serían más frágiles y el proceso de decisiones fundamentales se enajenaría de su espacio geográfico. En otras palabras, desaparecería el sentido de soberanía entre Estados débiles y fragmentados. Violencia e ilegalidad política y social serían problemas persistentes sin solución; y la sociedad no tendría recursos necesarios para protegerse a sí misma. La devastación del medio ambiente y los recursos naturales afectaría la calidad de vida del conjunto de la población, incluidas las clases medias que podría disminuir a niveles dramáticos.

3. En relación a su influencia en las sociedades pueden postularse tres desafíos para académicos e intelectuales: a) Crear condiciones para el surgimiento de un pensamiento social latinoamericano riguroso, competitivo a nivel científico - en el conocimiento de la región - con universidades y centros estadounidenses y europeos, que pueda legitimar propuestas propias desde la profundidad de sus trabajos y no solamente desde la representación o apelación a intereses de otros actores socia-

les. b) Imaginar modelos societales y políticos alternativos posibles y ejecutables. Esto supone por ejemplo, además de continuar la tradición de estudiar los movimientos populares y las perspectivas alternativas y contestatarias, la necesidad de conocer y reflexionar los sentidos que se atribuyen al poder, las élites y los intereses preeminentes en las sociedades latinoamericanas. c) Participar y generar mecanismos de participación de los más amplios sectores posibles en los asuntos de las comunidades. La democracia es un proyecto pendiente, plausible, pero por construirse todavía.

Luiz Carlos Bresser Pereira

Ministro brasileño de Administración Federal y Reforma del Estado; profesor de Economía de la Fundación Gentílio Vargas, San Pablo.

Na primeira metade dos anos 90 estamos assistindo, na América Latina, à progressiva superação da grande crise dos anos 80. Esta crise, que começou com o uma crise da dívida externa, afinal se revelou uma profunda crise do Estado. Se me perguntassem há dois anos qual a característica fundamental do momento por que estava passando a América Latina, eu diria que era a crise do Estado -a crise fiscal do Estado e a crise do seu modo de intervenção, a substituição de importações. No final de 1994, entretanto, não tenho dúvida em afirmar que já estamos em recuperação, que o pior da crise já passou, e que a América Latina afinal retoma o desenvolvimento.

As perspectivas para a América Latina são, portanto, positivas. Começa agora a fase ascendente de um ciclo longo. Acredito nos ciclos de Kondratieff. A fase descendente do último ciclo começou em torno de 1970. A reversão cíclica, que está agora começando, deverá durar cerca de 25 anos. Só se esgotará no início dos anos 20 do próximo século.

Isto não significa, entretanto, que possamos descansar, esperando que o ciclo se cumpra. Nas sociedades capitalistas existe um certo automatismo cíclico que vem do mercado. O puro voluntarismo do tipo soviético é inviável a médio prazo. Mas existe, sem dúvida, um espaço de decisão para as nações. E as decisões podem ser certas ou erradas. Podem promover ou atrasar o desenvolvimento e a democracia.

A grande missão econômica da América Latina hoje é reformar e reconstruir seu Estado. Isto já vem sendo feito. O ajuste fiscal já realizado foi substancial, embora nesta matéria sempre estejamos em falua. A liberalização comercial e a privatização foram outras reformas do Estado que caminharam amplamente na região. O

mesmo se diga da desregulação, embora neste setor seja mais difícil medir, e novas regulamentações são necessárias, principalmente depois da privatização de monopólios. Em alguns países, as reformas foram feitas gradualmente. Foi o caso do Brasil e do México. Em outros casos, foram mais violentas, como na Argentina e na Venezuela. Sempre que houve hiperinflação - sintoma de crise fiscal limite foram necessárias medidas radicais. Sem a hiperinflação, a justificativa política para choques liberais enfraquecia-se. Foi o caso da Venezuela.

A grande missão da América Latina é hoje aprofundar ou aperfeiçoar seu sistema democrático. Aqui, também, os progressos foram imensos. A crise econômica, no início dos anos 80, ajudou a apressar a transição democrática de muitos países, em especial do Brasil e da Argentina. Completada a transição, começaram as reformas e o ajuste fiscal. Mas nem por isso a democracia não foi abalada, exceto no Peru. Na Venezuela, dada a violência das reformas, a democracia também foi ameaçada, mas as instituições democráticas venezuelanas revelaram-se mais fortes.

Há muito, entretanto, a fazer em matéria de democracia. O controle democrático dos governantes, tanto a nível do executivo quanto do legislativo e do judiciário, precisa aumentar. A crítica do populismo, do clientelismo e do corporativismo - ou seja, das várias formas anti-democráticas de privatização do Estado - precisam ser aprofundadas. Esta é a grande tarefa progressista, social - democrática, na América Latina.

Nesse processo, o papel dos intelectuais é muito importante. Os intelectuais são cientistas e ideólogos. Mas ideólogos de que, neste momento? Ideólogos de um velho nacional-desenvolventismo que se esgotou? Ideólogos de um neoliberalismo utópico transplantado para nossas terras? Sugiro que sejam ideólogos da reconstrução do Estado, para que este possa garantir a educação e a saúde, a infra-estrutura e o desenvolvimento tecnológico e científico, e do aprofundamento da democracia que é a maneira mais garantida de reduzir os privilégios. Sugiro que sejam ideólogos cuja bandeira seja a luta contra o rent-seeking, contra a privatização do Estado, contra a obtenção de vantagens monopolísticas por parte de empresários, burocratas, políticos. Ideólogos democráticos de um Estado a serviço da sociedade e não de grupos.

O grande problema, nesta tarefa, é o de que os intelectuais são eles próprios burocratas. Ou seja, representam os interesses de uma das três classes que caracterizam o capitalismo moderno. As outras duas são os capitalistas e os trabalhadores, que têm também seus intelectuais orgânicos, geralmente recrutados dentro da burocracia.

cia ou classe média assalariada. O desafio o intelectual é reconhecer e tentar estar acima desses condicionantes sociais. O capitalismo precisa tanto de capitalistas quanto de burocratas e de trabalhadores. Nos termos de uma ideologia democrática e progressista existe espaço para todos. Mas ninguém pode ter direito a privilégios ou monopólios de qualquer natureza.

Fernando Bustamante

Coordinador del Area de Ciencias Políticas, FLACSO Ecuador.

1. El momento actual de América Latina está marcado por una señalada recomposición de su imaginario político y económico. Se está produciendo un abandono progresivo de marcos conceptuales y paradigmas que fueron dominantes desde los años 30 aproximadamente. En cambio, otros modelos están siendo reinsertados y rearticulados en un marco más amplio y más globalizado.

En general, me parece que América Latina está cada vez funcionando más como parte de procesos planetarios que abarcan a sociedades y continentes muy variados. Estaríamos pasando de un horizonte regional y relativamente autocentrado, a uno de tipo más cosmopolita y universalista, en donde la propia noción de una esencia o identidad latinoamericana única y consistente estaría en cuestión. Parece más bien que los países y regiones del hemisferio tienden a insertarse cada vez más en ámbitos plurales que cortan transversalmente lo continental y lo interpenetran simultáneamente en varias dimensiones. nacionales, subnacionales y transnacionales. Una prueba de ello podría hallarse en las formas heterocentradas que revisten algunos procesos de integración (TLCAN, regímenes internacionales varios, Pacífico, etc.).

Esto significa una creciente participación de América Latina en procesos universales y, a la inversa, una creciente presencia de procesos universales como factores determinantes e internalizados de la vida nacional. Tal vez el fenómeno que más nítidamente refleja esto es la creciente tendencia de los Estados latinoamericanos a desmontar muchas de las estructuras de gobernabilidad que les eran particulares buscando formas de ajuste a la nueva economía política internacional y que intentan semejarse a versiones locales de un modelo global bastante uniforme. Los ajustes estructurales y las reformas del Estado que se dan con más o menos potencia en distintas partes, parecerían ser la concreción de estas tendencias, aunque con resultados que siguen siendo peculiares en cada situación concreta.

2. Creo que el panorama de América Latina en los próximos treinta años será el de una creciente diferenciación interna. Parece probable que se dé una paradójica coexistencia de una más fuerte integración de partes y segmentos de esta región a otras regiones, por la vía de regímenes internacionales específicos, con una integración de América Latina consigo misma, con otros ámbitos geográficos, políticos y económicos. Así, habrá países y regiones dentro de países que se sumarán a dinámicas extra regionales (Pacífico, Europa, América del Norte, el Norte industrializado como un todo, etc.), mientras que otras encontrarán más afinidades dentro de la región, y finalmente habrá zonas y grupos que quedarán crecientemente marginados.

De esta forma, en algunas partes algunos grupos, ciertos segmentos de la población, vivirán cada vez más una realidad de Primer Mundo con una alta dinámica económica, modernización y comunicación con los centros más avanzados. Serán cada vez más parte del mundo informatizado y de altos niveles de calidad de vida e intercambio simbólico que definirá un concepto nuevo de progreso y desarrollo (en vez de los clásicos indicadores de desarrollo industrial, ingreso per cápita, PGB y consumo de energía per cápita, que es lo hegemónico hoy en día). El problema estriba en que amplios sectores y áreas corren el riesgo de quedar drásticamente marginadas de este proceso y convertirse en «Calcutas» interiores que crecientemente se alejarán cultural y políticamente de los integrados al siglo XXI. En suma, un continente muy fragmentado, desarticulado, con un perfil identitario altamente fluido y en perpetuo movimiento auto diferenciador.

3. Me parece cada vez más difícil hablar de los «intelectuales» como un grupo o sector homogéneo de nuestras sociedades. Por ello mismo es de prever que se producirá una diferenciación creciente de múltiples tipos de «intelectuales» más allá de la ya clásica división entre intelectuales humanistas» del tipo más tradicional, por un lado y profesionales-tecnócratas, por otro. No parece posible que haya una integración de esta y otras formas de actividad intelectual, sino por el contrario, que vayan profundizándose distintos tipos de práctica y de intereses cognitivos, con sus respectivos «ethos» distintivos. Esto hace difícil pensar que pueda en el futuro hablarse de los intelectuales como tales. Habrá muchos tipos, cada uno de ellos a la búsqueda de determinados intereses y horizontes pragmáticos. Lo que sí parece es que los intelectuales de tipo tradicional se verán crecientemente arrinconados y su lugar en el sistema cultural y político se verá cada vez más reducido en términos relativos, y quién sabe si absolutos. En cambio me parece que el rol de los «intelectuales comunicacionales» y de los «mánagers de la información» tomará un carácter cada vez más prominente, teniendo el espacio electromagnético y el infor-

mático como escenarios privilegiados de despliegue de sus atribuciones y competencias.

Las intelectualidades tecnocráticas podrían evolucionar cada vez más desde un perfil de «burócratas» (tecnoburócratas) a uno de «empresarios» tecnoprofesionales o, alternativamente, de animadores sociales y formadores, mantenedores y articuladores de acciones colectivas societales. Aparentemente el peso de las funciones clásicamente weberianas que les da su punto de apoyo, irá en declive, dejando muchos más espacios de acción social disponibles para un tipo de intelectual de proyectos y para el accionar de profesionales que intentarían valorizar su posición como gestores de capital cultural «de riesgo», altamente móviles y flexibles y organizados a manera de microempresas fungibles.

Gerardo Caetano

Investigador del Centro Latinoamericano de Economía Humana, CLAEH, Montevideo.

En principio, me parece que cualquier análisis o propuesta en torno a la situación actual de las sociedades latinoamericanas tiene que pasar antes que nada por su inscripción dentro de una consideración más amplia sobre el contexto mundial, habida cuenta de las implicaciones profundas y diversas del proceso de globalización actualmente en curso. En tal sentido, creo que se impone partir de una premisa radical: en la actualidad, ningún problema social en América Latina puede ser analizado ni respondido de manera adecuada si se lo aparta del contexto mundial.

Como parte de esta aldea planetaria y de sus procesos contemporáneos, los países latinoamericanos encuentran sin embargo crecientes problemas para cimentar - incluso sobre bases renovadas una reinserción competitiva de sus economías en los mercados mundiales, para superar en suma su «desenganche» respecto a los «polos» del desarrollo internacional. América Latina comienza a «importar cada vez menos» precisamente cuando los procesos de la llamada «globalización» consolidan su influjo a distintos niveles (transnacionalización de los espacios de acumulación, disminución de los grados de autonomía de los gobiernos en el manejo de los indicadores macroeconómicos, uniformización de pautas culturales, formas organizativas e instancias administrativas, etc.). Aunque con situaciones bien dispares en su interior (como a lo largo de toda su historia, tampoco hoy América Latina es un paquete indivisible), las sociedades del continente enfrentan los desafíos de múltiples procesos de marginación, acusando al mismo tiempo la falta de una teoría renovada para explicarlos a cabalidad.

Esa ambigua situación de inscripción-marginación respecto a la aldea planetaria constituye uno de los factores cruciales del momento

Esa ambigua situación de inscripción-marginación respecto a la aldea planetaria constituye sin duda uno de los factores cruciales del momento político, social y cultural que atraviesa América Latina en la actualidad. Por cierto que ese fenómeno alimenta y se conjuga con otros tan o más distintivos: citemos en particular la dramática y persistente dualización de nuestras sociedades, la continuidad tanto de los escandalosos procesos de pauperización que marcaron la «década perdida» de los 80 como de aquellas viejas líneas de violencia genocida y de pobreza más ancestral que se han internalizado hondamente en tantos lugares del continente. Se acumulan así nuevos y viejos circuitos de violencia y de pobreza como cimientos inocultables de sociedades que en un alto grado siguen siendo «sociedades de exclusión»

Restrinjamos en principio la problemática latinoamericana a estos dos ejes centrales antes referidos. La perspectiva del futuro, a la luz de las peripecias de nuestra historia más lejana y más reciente, debería hacernos evitar con igual celo las postulaciones escatológicas y milenaristas (de cualquier signo y vaya que las ha habido en América Latina) y las predicciones previsiblemente catastrofistas. Una actitud de mínimo rigor ante la entidad de los desafíos que ya tenemos frente a nosotros impone en cambio ciertos imperativos categóricos: el primero de todos, en particular para los intelectuales, tendría que ser escapar con horror de la pereza de los eslóganos cómodos y facilistas.

Ni «gurúes» ni «chamanes», los intelectuales latinoamericanos enfrentan hoy más que nunca la necesidad de preservar y renovar, en todo momento y ante distintas situaciones, su capacidad crítica y su mayor independencia de criterio. Las relaciones entre los intelectuales y la política, por ejemplo, atraviesan en el continente - a tono con fenómenos que son mundiales - reformulaciones profundas y de destino incierto. El desgaste de las formas políticas tradicionales y sus vacíos consiguientes, el auge de la nueva legitimidad decisionista-tecnocrática, la tentación facilista - y peligrosa - de «hacer política contra la política», constituyen algunos factores que contribuyen a recolocar el rol de los intelectuales en nuestras sociedades. Para asumir en su radicalidad este desafío y «pisar la sábana» de ciertos fantasmas ya muy raídos, por cierto que no sirven las «torres de marfil» pero tampoco ninguna forma de seguidismo político o ideológico.

A tono con la exigencia de estos tiempos y con la magnitud de los problemas y también - por qué no - de las posibilidades de América Latina, los intelectuales pueden contribuir de manera destacada a un tratamiento más atinado y responsable de nuestros «asuntos». Lejos por igual de admoniciones voluntaristas y pontificaciones del «deber ser», los intelectuales latinoamericanos pueden encarar - sin monopolios ni monólogos - desde sus distintos oficios y perspectivas ciertas tareas relevantes. Citemos algunas a simple título de inventario incompleto: la de confrontar con fundamento y responsabilidad la visión simplificadora y triunfalista de esos «partisanos de la modernización» que nos siguen inventando los «modelos de la copia» y las «lógicas importadoras»; la superación del falso maniqueísmo que tiende a oponer «lo propio» y «lo ajeno», desde la reivindicación de nuestra historia de «culturas híbridas» (García Canclini dixit) y desde la mejor versión de los latinoamericanos como «genios de la mezcla»; la apelación honda a la necesidad de enfatizar sobre las cuestiones del conocimiento, de la innovación y de la centralidad insoslayable del factor «recursos humanos» como soporte indispensable de cualquier propuesta renovadora; la invitación a mirar y repensar lo social de una manera completamente diferente, a reformular en profundidad las teorías del cambio social, de cara a los nuevos contextos, a renovar sin concesiones los horizontes culturales para la integración de nuestros países y para la construcción de sociedades más justas y solidarias.

Fernando Calderón G.

Sociólogo boliviano. Profesor en el CIDES, La Paz.

1. Quizás uno de los fenómenos más fascinantes es que los latinoamericanos estamos nuevamente empezando a problematizar, reinventar y mirar nuestro pasado y allí estamos empezando a descubrir viejas y nuevas diferencias. Por ejemplo, gracias a las técnicas más sofisticadas de laboratorio y del uso de los satélites alguien descubrió cómo se cultivaba casi dos mil años atrás en Tiahuanacu y los aymaras de hoy están contentos porque empiezan a recuperar y experimentar con su pasado aumentando además su competitividad auténtica, como diría la CEPAL. Pero quizás el fenómeno más novedoso y revolucionario sea el de los «hispanos» en EE.UU. Ellos son diferentes y creativos pues están cambiando los hábitos y la misma multiculturalidad norteamericana, reinventan un nuevo idioma y además están cambiando a los chicos que se quedaron. Sin embargo, como uno leyó de joven a César Vallejo, realmente el fenómeno que refleja más nítidamente la situación actual en América Latina todavía no ha sucedido. Una sociedad está viva cuando reinventa creativamente su pasado.

2. Para empezar lo más seguro es que todo seguirá confuso. Las imágenes de caos no serán ajenas de aquéllas de un orden más emancipatorio y sólidamente democrático, pero lo más seguro de todo es que sigamos más o menos, más en algunas cosas menos en otras. Al fin y al cabo por qué tendríamos que cambiar tanto o bruscamente si no lo hemos hecho en décadas. Claro que lo último que perderemos será la esperanza. Mi esperanza está en la fuerza de la cultura y también en la introducción de una cuota aunque sea pequeña, de racionalidad. Por ejemplo, si tan sólo alcanzáramos a cumplir la ley o llegar en el año 2020 puntuales, o al menos un poquito más tarde, a las citas con nuestros amigos, habremos avanzado bastante, pues esto significaría muchos cambios en cada uno de nosotros mismos.

La multiculturalidad, en la medida que se asuma en su diversidad y su insólita potencialidad en medio de un mundo mutante, constituye sin muchas dudas una fuerza emancipatoria formidable, tanto en el plano de la justicia cuanto en el plano de la producción, la industria y el mercado. La misma libertad de todos, incluso de aquéllos que sojuzgaron por siglos será más sólida gracias al logro de una cultura asumida, incluso quizás podríamos ayudar un cachito al resto del mundo. Podríamos por ejemplo producir cibernéticos programas de cooperación horizontal o vertical con Francia o el sudeste asiático.

3. Los intelectuales tenemos que tratar de ser modernos a partir de nuestras propias tradiciones culturales y nuestra propia capacidad crítica, entre otras de nosotros mismos y de nuestra historia y, desde luego, críticos de todas las otras formas de poder. Los intelectuales, independientemente de sus posiciones, necesitan enfrentar el desafío de enriquecer su responsabilidad social y ética especialmente respecto de una crítica de la miseria que vive la mayoría de nuestras sociedades. Si la miseria crece, nada es posible o, mejor aún la libertad misma no es deseable. Pero también, sólo con la libertad es posible que aportemos algo para superar la miseria.

Además también estamos obligados a pasarla bien, satisfaciendo los deseos más ocultos y también los más simples, haciéndonos cada día más humanos y menos aburridos (si es posible). Es indispensable volver a leer siempre La imaginación sociológica de Mills, especialmente el capítulo de la diversidad humana y bailar salsa sin dejar de escuchar a Satie.

La tesis-deseo que tengo para todos es que de una vez por todas ellas y nosotros juguemos el juego fascinante y desigual e inseparable de la ética y la estética. Son las dos fuerzas del futuro de América Latina quizás porque también fueron una cons-

tante insatisfecha de nuestra historia. No siempre la razón ética coincidió con el instinto estético, más bien casi siempre han estado confrontadas y los latinoamericanos la hemos pasado mal. Bifurcación deseada o extravío perverso, esa es la marca constante que estamos, y seguramente estaremos viviendo los intelectuales latinoamericanos. La tensión se expresa en los criterios de verdad y en el uso y abuso teórico, pero es en esa relación entre razón ética y sentido estético donde se definirá nuestro trabajo.

Alvaro Camacho Guizado

Profesor investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

1. En su demoledor ataque contra el Manual de sociología popular de Bujarin, Gramsci arguyó que la sociología tiene pretensiones predictivas como para pronosticar que de una encina brotará una bellota. Más tarde Max Horkheimer criticó el positivismo a partir de su pretensión de prever en un mundo comandado por fuerzas enemigas de la razón. Como estoy de acuerdo con Gramsci y Horkheimer, mal puedo hacer pronósticos sobre las perspectivas de la Región en el futuro próximo. Más aún, parece que América Latina vive una verdadera coyuntura, es decir, un período de intensos cambios generados por procesos sociales, políticos, económicos y culturales que apenas empiezan a configurarse y su decantación es incierta. Y si pronosticar es complicado para los tiempos «normales», mucho más lo es en situaciones coyunturales. Aun así, corro el riesgo de embarcarme en algunas observaciones rápidas y generales.

Los rasgos más distintivos del momento actual de América Latina parecen ser las tensiones entre las nuevas tendencias del desarrollo de la democracia política, la reestructuración económica y el incremento de la violencia.

1) Aunque con ritmos e intensidades desiguales, casi todos los países han venido incorporando en sus agendas esfuerzos para apuntalar los procesos electorales y la autoridad civil como métodos de gobierno.

El afianzamiento de los procesos electorales es en algunos casos más una respuesta a presiones externas que a la exigencia de fuerzas nacionales dotadas de capacidad para imponerlas. Casi todos los países, sin embargo, enfrentan los mismos obstáculos: persistencia del clientelismo, baja participación electoral, excesivo poder de las instituciones militares, corrupción, autoritarismo, incapacidad de independizar la política económica de los intereses de los grandes grupos del capital, limitación

institucional de algunas libertades básicas, precariedad de la independencia de los poderes públicos. Más unos que en otros, al carecer de instituciones de regulación social democráticas y eficientes, tienden a preferir la fuerza sobre la legalidad para la conservación del orden político y social.

Y en el otro extremo del espectro político, las corrientes de oposición radical, al privilegiar la lucha armada sobre otros mecanismos de acción, contribuyeron a exacerbar la violencia, a impedir el desarrollo de una ciudadanía capaz de reclamar sus derechos por vías democráticas y a dificultar la gestación de cambios sociales y políticos por vías incruentas.

Por último, pero no de menor gravedad: la creciente presencia del narcotráfico en varios países amenaza con socavar tanto la persistencia de un Estado democrático, como fragmentos del tejido social. México, Colombia, Perú, Venezuela, Guatemala, Bolivia, Panamá y Brasil están entre los primeros de la lista, pero las diferentes fases del proceso no respetan límites nacionales. No sabemos, por ejemplo, cómo se extienden las redes del lavado. Dependerá en gran medida de la fortaleza de los mercados financieros y de la capacidad de control de los Estados, de por sí precaria.

2) Las cifras sobre los desempeños económicos durante la década pasada muestran cómo el producto per cápita descendió, excepto en Colombia, Chile y Cuba, Perú, Argentina, Venezuela, Brasil y México tuvieron desempeños económicos muy pobres. Aumentó la inequidad de la distribución del ingreso, se deterioraron el empleo, el gasto público social, la prestación de servicios básicos, el ingreso per cápita y el salario mínimo. En la mayoría de los países aumentó el número de pobres en relación con la década anterior. Y esto se acompañó de alta inflación, cuya reducción implica un drástico corte del gasto público y de subsidios al sector social. Paralelamente, las aceleradas privatizaciones están trasladando monopolios estatales a propiedad privada, con la consiguiente alza en las ganancias de los propietarios, la desaparición de los subsidios y el aumento en la diferenciación de ingresos. Así, la situación de la población asalariada, el campesinado pobre y los trabajadores independientes, en especial, se deteriora más aún.

3) Según cifras de la OPS, la violencia creció durante la década en todos los países, excepto EE.UU., Nicaragua, Costa Rica y México (ver cuadro). Al mismo tiempo, la situación de los derechos humanos no ha mejorado. La violencia se ha incrementado en sus dimensiones políticas, étnicas, familiares, de género, juvenil. Los años de vida potenciales perdidos por lesiones y muertes intencionales aumentan a ritmo

acelerado, y los suicidios crecen a tasas hasta ahora desconocidas, afectando especialmente a los países más ricos.

América Latina : 1980-1990
Tasas brutas de mortalidad por homicidios

Pais	Año	Tasa	Año	Tasa	Incremento %
Argentina	1980	3,0	1990	5,2	73
Brasil	1980	11,5	1989	19,6	70
Canadá	1980	2,1	1990	2,1	0
Chile	1980	2,6	1989	2,9	16
Colombia	1981	37,2	1990	74,4	100
Costa Rica	1980	5,7	1990	4,4	-30
Estados Unidos	1980	10,5	1990	9,8	-7
R.Dominicana	1980	3,3	1985	4,8	45
Ecuador	1980	6,2	1990	10,1	63
El Salvador	1981	41,4	1984	41,4	0
México	1980	18,2	1990	19,2	5
Nicaragua	1977	26,9	1990	4,9	-449
Panamá	1980	2,1	1989	5,2	148
Uruguay	1980	2,6	1990	4,4	69
Venezuela	1980	11,7	1989	12,1	3

2. Las perspectivas y los intelectuales. Ni mucha utopía ni mucho desastre. Probablemente las tensiones descritas continúen, y si bien la perspectiva de grandes sobresaltos no está en el horizonte cercano, sí parece claro que las disparidades entre países avanzados y atrasados se incrementarán. Al mismo tiempo, la globalización creciente, los mercados orientados al exterior, la cultura megaplástica, la tecnología autoobsolescente, dificultan las tareas de construcción nacional. Lo peor es que la intelectualidad no está segura de si tal construcción es deseable, o si las aperturas al exterior modifican de tal manera la situación que tendremos más bloques regionales que verdaderos países. El acomodo ante la arremetida mundial nos lleva por caminos de incertidumbre: no sabemos cuánto nos afectará como sociedades y culturas la pretensión de ensanchar mercados y borrar fronteras para integrarnos a la aldea global. ¿Cómo enfrentar las tendencias y al mismo tiempo trabajar por una cierta identidad? ¿Serán los movimientos sociales los actores centrales? Tendremos que esperar unos años para hablar del tema con los mexicanos.

Ricardo Córdova Macías

Director ejecutivo de la Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo, San Salvador.

1. Durante los últimos años se ha venido discutiendo sobre la necesidad de redefinir la relación entre los partidos políticos y la sociedad civil, habiéndose perfilado una tendencia que enfatiza la independencia de la sociedad civil. Sin embargo, a mí me parece más adecuado hablar de autonomía de la sociedad civil frente a los partidos, sobre todo cuando en la historia inmediata se han encontrado casos de instrumentalización o manipulación de parte de los partidos sobre organizaciones de la sociedad civil, habiéndose sobrepolitizado en algunos casos el rol de las organizaciones sociales.

Desde finales de los 70, y sobre todo durante los 80, los movimientos sociales significaron un espacio de organización, de participación, de expresión, de presión, de gestión a nivel local y proyectaron algún nivel de identificación por haberse dedicado básicamente a un solo tema o problema (single issue).

Si bien esto es cierto, las organizaciones sectoriales de la sociedad civil no pueden suplantar a los partidos, al menos por tres razones: 1) La llamada sociedad civil se caracteriza por altos niveles de fragmentación, dispersión y atomización. En este sentido, un problema central es cómo a partir de esta dispersión de intereses sectoriales - que a veces son contradictorios en sus demandas frente a los limitados recursos del Estado - se van a generar alianzas que permitan pactos o acuerdos nacionales que recojan un proyecto de nación. La formulación de las políticas públicas no se da sólo a partir de la agregación de las demandas o reivindicaciones sectoriales, sino que implica el rol de los partidos y de las instituciones gubernamentales para procesarlas, negociarlas, priorizarlas y ejecutarlas. Es más, los movimientos sociales se han sentido y actuado ajenos - en muchos casos - a los asuntos públicos y a la transformación democrática. 2) Las mismas organizaciones de la sociedad civil, como el movimiento sindical, enfrentan cuestionamientos profundos respecto de la representación de sus «agremiados» o potenciales representados. Hoy en día, el movimiento sindical organizado representa en muchos países de América Latina menos del 10% de la fuerza laboral. Estas organizaciones, al igual que los partidos, enfrentan una dualidad a propósito de la representación: a quién se dice o quiere representar y a quién se representa. 3) La esfera de acción de la sociedad civil es precisamente fuera del Estado, y al momento de pasar a operar de una forma institucional en esta esfera, se deja de actuar bajo la lógica de la sociedad civil. En este sentido, los partidos son una instancia de mediación y representación de intereses de la sociedad civil en la esfera de lo político, es decir, en la esfera del poder. Esta forma de intermediación no puede ser sustituida por organizaciones de la sociedad civil, sin que desnaturalicen su funcionamiento dentro de aquélla.

Toda esta temática nos lleva a la necesidad de plantear el tema de fondo acerca de la representación política. Recuérdese que un aspecto central para la consolidación democrática tiene que ver con la estructuración de esquemas de representación a nivel de lo local, lo cual está directamente relacionado con la vida cotidiana de la ciudadanía.

Para finalizar, quisiera señalar que uno de los retos para la futura gobernabilidad de nuestras sociedades tiene que ver con la necesidad de que exista cierta articulación entre la política de partido con las organizaciones sectoriales y territoriales de la sociedad civil, que habían sido dejadas fuera o manipuladas. Es urgente el pasar a redefinir la relación entre los partidos y la sociedad civil.

Se coloca en el centro de la discusión cuáles son las funciones de los partidos; o dicho de otra manera, ¿para qué son necesarios los partidos en América Latina?

Este debate también coloca en el centro de la discusión cuáles son las funciones de los partidos; o dicho de otra manera, ¿para qué son necesarios los partidos en América Latina? Hay por lo menos tres retos que tienen los partidos. Primero, se requiere de una reforma de los partidos, tanto en sus métodos de organización y acceso a los miembros y electores como en sus esquemas de participación en la política nacional, así como en la forma de elegir a sus autoridades y candidatos. Segundo, se debe de poner a los candidatos frente a la sociedad civil, para que en los procesos electorales quede claro a quién se elige y con qué mandato, pues en la actualidad se vota por los partidos, sin conocer a los candidatos ni sus programas, mucho menos se discuten las propuestas. Tercero, hay que reconocer que la crisis de los partidos ha afectado también su capacidad de ser portadores de reclamos o intermediarios de las demandas ciudadanas, lo cual plantea la necesidad de encontrar un nuevo estilo de articulación de la política de partido con las organizaciones e intereses de la sociedad civil. Hasta cierto punto debe reconocerse como legítima la reacción de la sociedad civil frente al monopolio de la representación ejercido hasta ahora por parte de los partidos. Sin embargo, también debe reconocerse que la actividad política no puede prescindir de los partidos políticos como mecanismos indispensables en el proceso de la representación política. No sólo se trata de redefinir los términos de la relación entre los partidos políticos y la sociedad civil, en esquemas en los cuales las instituciones políticas sean más responsables y eficaces en su gestión, sino que además se incrementen los niveles de participación ciudadana en los distintos niveles de gobierno y en los distintos niveles de organización de la sociedad civil. Esta es la batalla ciudadana más importante de los próxi-

mos años, por democratizar el funcionamiento de las instituciones gubernamentales, los partidos y las organizaciones mismas de la sociedad civil.

3. Hoy, con la velocidad de los cambios en el mundo actual y la crisis de paradigmas que nos ayudaban a entender la realidad social, es un momento propicio para replantearse la función de los intelectuales en nuestras sociedades. Ya no se puede afirmar que vivimos una época de cambios, sino que se ha producido un cambio de época y es un momento oportuno para reflexionar sobre el papel de las ciencias sociales y de los intelectuales, frente a los nuevos desafíos.

Al debatir sobre la realidad social desde una perspectiva académica, es importante tener presente las tres funciones que deben cumplir las ciencias sociales: a) en primer lugar, ayudar al conocimiento de la realidad. Es decir, con un instrumental de análisis adecuado y guiado por cuerpos teóricos, los intelectuales deberíamos de estar preparados para conocer la realidad y explicarla. Aceptemos con humildad que la función de predicción se vuelve muy compleja en el área de las ciencias sociales; b) en segundo lugar, cumple una función de criticar el orden establecido; c) en tercer lugar, las ciencias sociales deben proponer. No se trata únicamente de criticar por criticar, sino que debe ser responsabilidad de los intelectuales el buscar y proponer soluciones a los problemas que enfrentan nuestras sociedades en esta etapa histórica de su desarrollo. Los intelectuales no podemos ni debemos renunciar a la responsabilidad de la búsqueda y formulación de alternativas de cambio y de reforma de nuestras sociedades.

Antonio Cornejo Polar

Profesor de la Universidad de California, Berkeley

Confieso que este cuestionario me produjo (primer síntoma preocupante y a la par alentador) un gran desconcierto. Al tratar de responder sus preguntas no sabía bien si asumir el rol de azaroso adivino, de profeta apocalíptico, de utopista recalcitrante o de intelectual más o menos sensato y más o menos bien pensante - para no mencionar otras opciones menos prestigiosas. Creo haber optado (pero siempre hay trampas) por contestar desde una posición que, aunque «objetiva», está sobrecargada de valencias: la de un profesor peruano, peligrosamente cercano a los 60 años, que después de más de 30 años de trabajo, concluidos en el casi infernal rectorado de San Marcos, optó por irse (perdón: venirse) a enseñar a una universidad norteamericana por algún tiempo. Añado que mi especialidad es la literatura y que desde hace mucho (y todavía insisto) me defino como un intelectual de izquierda

sin partido y con vocación por la democracia aunque cada vez sé menos sobre lo que significan estos términos.

Creo que no puedo responder una tras otra las tres preguntas. Permítanme que las mezcle. Por lo pronto, ¿por qué oponer las «perspectivas utópicas» a las «predicciones de desastre»? En este punto, exagerando un poquito las cosas, diría que muchas utopías llevaron al desastre y la predicción del desastre es otra (pero más perversa) utopía. Creo que a los hombres y mujeres de los años 60 (que es más una tonsura eclesiástica que una referencia cronológica) nos gustaba dramatizar situaciones, cosas, relaciones, personas (pero sucede que eran dramáticas) y que ahora nos hemos quedado con el gusto pero sin la materia: unas se nos van para arriba, hacia la tragedia, y otras para abajo, hacia el sainete o la telenovela. Los intelectuales de ese origen estamos como fuera de sitio, desorientados, ante circunstancias (a veces no más que «tonos», «aires» o «estructuras de sentimiento») que nos resultan casi inescrutables.

No tengo nada muy claro sobre cuáles son las situaciones que reflejan con mayor nitidez las condiciones generales de vida en la América Latina actual. Enumero en desorden algunas sospechas: 1) nos hemos quedado sin una función más o menos definida en la dinámica de las relaciones internacionales (ni somos productores de materias primas importantes ni ofrecemos ningún peligro excesivo en términos políticos); 2) la esfera pública comenzó a destruirse con la crisis de la clase política, ahora en ruinas, la sociedad civil se ha atomizado en un sálvese quien pueda (que en el fondo es la lógica neoliberal del mercado) y tal vez está lejos de encontrar formas de re-organización alternativas (de hecho sólo parecen haber crecido las «religiones informales», algunas de verdad sospechosas); 3) la miseria ha crecido geoméricamente, pero - casi peor - hay como un consenso que acepta que esto tiene que ser así y que en realidad nuestras naciones no pueden ofrecer alternativas decorosas más que para porcentajes muy bajos de su población: los «competitivos». A más de la relación Norte/Sur hay otra casi igual (norte/sur, con minúsculas) dentro de cada uno de nuestros países.

Sin ser ni remotamente exhaustiva, la relación anterior implica que internacionalmente estamos en un punto cercano al vacío y que internamente vivimos un intenso proceso de desestructuración social. Es obvio, en este orden de cosas, mi pesimismo, y aunque nadie puede imaginar el futuro (¿alguien soñó la coincidencia Chiapas-TLCAN?) no veo mayores luces en las siguientes dos décadas. Tal vez lo que pueda definir las es una mezcla de opacidad social a ratos disturbada por grandes estallidos de violencia (y éstos más bien espontáneos, no orgánicos, distintos a

los que se imaginaban dentro del contexto de procesos revolucionarios). Por supuesto, cabe pensar también en la rearticulación de los movimientos populares, la invención de nuevas estrategias de emergencia y hegemonía e inclusive - demasiado mecánicamente tal vez - en el rebrote de programas reivindicativos alentados por la helada insensibilidad del neoliberalismo y sus desastrosos resultados económicos para vastas mayorías. Lamentablemente no percibo mayores indicios en este sentido.

Ahora bien: dentro de este contexto - que es pura hipótesis ¿qué pueden hacer los intelectuales? De entrada, reconocer que la función intelectual tiene nuevos protagonistas: los clásicos, los «letrados», estamos en franco desprestigio social, los científicos sociales se están peleando con sus propias ciencias (y también están desprestigiados), mientras que el discurso público intelectual es ocupado por otras voces: desdichadamente a veces por burócratas y a veces, un poco menos desdichadamente, por economistas que - como alguien decía - hace tiempo que no hacen economía política sino políticas económicas, o por «comunicadores» (que los hay de todo pelaje). Creo que es básico entender que el concepto de «intelectual» ha variado sustancialmente, pero también ha cambiado su discurso y el lugar desde el que se emite. En cualquier caso, los «letrados» ya deberíamos habernos re-alfabetizado (definitivamente nuestro lenguaje ahora es casi puro ruido), pero - sobre todo reformulado nuestras funciones: tal vez la fundamental sea en este momento la de convertirnos en hacedores nada ingenuos de preguntas ingenuas, tan ingenuas que puedan desmontar el nuevo «sentido común».

Me explico: creo que no es tiempo para revitalizar los Grandes Cuestionamientos ni para ofrecer los Grandes Proyectos, pero en cambio intuyo que preguntas bien hechas, a través de medios adecuados, permiten la construcción de una red más o menos amplia de respuestas (no necesariamente explícitas). Sé que estoy regresando a un método casi socrático, pero si ahora algo parece ser individualmente satisfactorio y socialmente útil es poner a la gente en la necesidad de reflexionar - por sí misma - en las urgencias de su entorno, sin proponer de antemano nuestras propias soluciones. Ya sé - porque he tenido varios debates sobre este tema - que para algunos mi idea recoloca a los intelectuales en un rincón demasiado humilde de la esfera pública o que - en el otro extremo - no es más que un rebrote tardío y algo pícaro del maquiavelismo (cuando las preguntas tienen un temple retórico e implican un cierto tipo de respuestas). Acepto ambas objeciones, y las intermedias, pero me atrevería a insistir en que quizás - en estas circunstancias - la función intelectual no sea la de pensar (eso se da por supuesto) sino la de hacer pensar.

Lo que me aterra comprobar es que el pensares casi un arte en extinción. ¿Para qué hacerlo si la TV, por ejemplo, nos ofrece sentidos a través de la incontrovertible imagen de lo que efectivamente (lo estamos «viendo») sucedió? El problema hasta ahora insoluble es cómo preguntarles a los medios masivos y al mismo tiempo llegar a quiénes están de una u otra manera sometidos a ellos. Por cierto no creo en el ya viejo axioma que afirma que el medio es el mensaje, pero obviamente no hay mensaje sin medio. Y no los tenemos. Habrá que inventarlos.

Enrique Correa Ríos

Director de FLACSO - Chile.

1. El anhelado desarrollo que por largos años han perseguido los pueblos latinoamericanos está hoy en día ineludiblemente ligado a la inserción de los países latinoamericanos en el proceso de globalización mundial. Este último proceso está generando cambios políticos, sociales y culturales, que señalan la necesidad de nuevos modos de pensar, de constituirse como sujetos individuales y colectivos; de obtener las calidades cada vez más exigentes para ingresar y mantenerse en el competitivo intercambio económico; de encontrar formas estables de representar la diversidad de intereses, y de consolidar un orden pacífico y libertario que institucionalice las relaciones de poder.

La democracia y el mercado, con sus más variadas formas, han sido reconocidos como los instrumentos institucionales que mejor estructuran el Estado y la sociedad, para la obtención del desarrollo. Sin embargo estamos en medio de un esfuerzo de formulación de arreglos y estrategias que posibiliten desenvolver un nuevo orden de relaciones entre Estado y sociedad, para reemplazar el antiguo paradigma del Estado omnipresente, superar los arcaicos esquemas totalizantes y autoritarios inspirados en principios unificadores binarios y flexibilizar una institucionalidad excesivamente sujeta a rígidos sistemas normativos.

Democracia y mercado no son modelos preestablecidos. Por el contrario, a partir de las condiciones existentes en cada país y a su particular forma de configuración, al mismo tiempo que en función de sus complejas y multivariadas dinámicas de cambio en direcciones diversas, se están reconstituyendo y reformando los Estados y las sociedades.

Ambos procesos - consolidación de la democracia y ampliación del mercado - plantean al Estado y a la sociedad, la difícil exigencia de llegar a ser efectivamente nacionales, pero no al modo antiguo de ajustarse a modelos determinados cuyos ele-

mentos constitutivos están tutelados por los que se consideran depositarios del privilegio de conocer el bien común, sino mediante la efectiva incorporación de todos los habitantes del país a la libre elección de sus autoridades, a la aplicación irrestricta de la igualdad ante la ley, al ejercicio de los derechos económicos y sociales básicos y a la expresión y producción de las distintas culturas. Más aún, en los tiempos actuales el Estado y la sociedad no sólo deben llegar a incorporar a toda la nación, sino simultáneamente tendrán que fomentar la tolerancia y la orientación en favor de su internacionalización.

Uno de los fenómenos que caracterizan a América Latina es el proceso de reforma de los Estados nacionales, de modo de cumplir con sus roles de integración de la sociedad y de fomento de la participación dinámica de los múltiples actores en el intercambio globalizador. Sin entrar a discutir las bondades y enormes costos sociales de los procesos de ajuste estructural llevados a cabo o en marcha en nuestros países, estamos hoy ante el desafío de integrarnos en forma eficiente al proceso globalizador. Nuestra responsabilidad hoy día es conjugar las exigencias de la competitividad con la cooperación y complementación, de modo de aprovechar las oportunidades y afrontar las amenazas que este proceso nos implica. El gran reto pendiente es ser crecientemente innovadores en aplicar fórmulas no excluyentes de desarrollo social, lograr una decidida y abierta integración regional y fortalecer así nuestras potencialidades de una eficaz inserción internacional.

2. Un rasgo muy característico de nuestros tiempos es que vivimos una verdadera mutación epocal. La incertidumbre que es parte constitutiva de la modernidad, ha llevado a muchos a denominar la situación actual como una crisis. Creo que esta es una noción errónea, puesto que nos produce la impresión de que presenciamos una cierta conmoción luego de la cual todo volverá a ser como antes. Lo que ocurre es que somos protagonistas y testigos de un cambio sustancial de época, cuyos contornos más definitivos no podemos delinear.

La modernidad es diversa, incierta y ambivalente. Como la luna, tiene dos caras: la del desarrollo y el optimismo, por la expansión de las oportunidades de crecimiento y de vida mejor. Del otro lado, la del lado oscuro, los peligros de mayor inseguridad, catástrofes ecológicas, desequilibrios internacionales o interregionales al interior de un país.

Globalización, modernidad, desarrollo, son procesos estrechamente vinculados, que tienen impactos diferenciales sobre diversas dimensiones de la sociedad. Es probable que en América Latina en las futuras décadas se produzcan avances, es-

tancamientos y regresiones parciales. Es también probable que los cambios sigan ritmos diferentes, incluso que en distintas áreas y momentos se muevan en sentidos o direcciones opuestas. Como todo proceso de cambio social que involucra a muchos actores y compromete diversos intereses, se generarán tensiones y conflictos. Lo que a la larga será determinante, es la capacidad de nuestros Estados para conducir dichos procesos, aplicar estrategias adecuadas para aprovechar las oportunidades y reducir las amenazas. Esto exige dimensionar en forma sistemática nuestras potencialidades así como reconocer los problemas y debilidades. En esta perspectiva una tarea principal, que necesariamente debe involucrar a todos los segmentos de la sociedad, es la reducción de la extrema inequidad. Debe constituirse, también en una meta concertada, el poner nuestros mayores esfuerzos en el logro de formas graduales pero sostenidas de mejoramiento de la distribución de los beneficios así como superar las abismantes brechas para acercar la meta de una igualdad de oportunidades.

En síntesis, tiendo a compartir una visión optimista del futuro, siempre que seamos capaces de asumir racionalmente el cambio de época que mencionaba al comienzo.

3. Una característica del desarrollo es el surgimiento de un escenario mundial mucho más competitivo. La competencia precisamente constituye el factor esencial de la democracia en la política y del mercado en la economía. La competencia moderna es principalmente una lucha de conocimiento, de inteligencia, de acumulación de saberes y de expertizajes. No triunfa en la política ni conduce eficazmente el Estado sólo el que es más hábil, sino quien es capaz de enfrentar adecuadamente los complejos desafíos del Estado y la sociedad modernos. En el mercado mundial, por su parte, la batalla por la calidad constituye la clave del éxito.

El compromiso de los intelectuales requiere de una reciprocidad. Los Estados, las sociedades, los empresarios, tienen que reconocer el rol de los intelectuales y asignar los recursos necesarios para el desarrollo de sus actividades. La urgencia de los problemas económicos y sociales, la intolerable magnitud de la pobreza, hacen postergar la opción por el desarrollo científico y tecnológico. Sin embargo, precisamente la superación exitosa y sostenida de estos problemas, exige elevar la masa crítica de conocimientos en nuestros países. Masa crítica de calidad del conocimiento promedio de nuestra población, de nuestros jóvenes. De altura y profundidad del conocimiento sofisticado de nuestras élites políticas, científicas, técnicas, culturales, empresariales.

Desde otro ángulo, pareciera ser un síndrome de los países subdesarrollados la baja prioridad que se le concede a la investigación. La situación es que en la batalla de calidad e inteligencia propia de la competencia mundial, la ausencia de políticas públicas vigorosas de fomento a la investigación nos condena al círculo vicioso de la mediocridad.

No debiera demorarse demasiado la construcción de grandes acuerdos de colaboración entre el sector público y el sector privado para estimular firmemente la investigación científica y tecnológica. Redes entre universidades, políticas sistemáticas de colaboración con los grandes centros universitarios del mundo, reasignaciones presupuestarias y facilidades tributarias al sector privado que aporte a la investigación, son algunos de los factores que debieran formar parte de este esfuerzo por poner a nuestros países a la altura de los tiempos en la sociedad del conocimiento, que define a la sociedad actual.

De la otra parte, requerimos revisar nuestros conceptos de la ciencia de masas, de aproximarlos a los asuntos concretos del mundo real. El conocimiento científico siempre se considera como un cimiento sólido y permanente del conocimiento, de lo que se trata es de convertir con fluidez esa ciencia pura en saberes y habilidades aplicables y evaluables.

Hector Dada Hirezi

Director de FLACSO - El Salvador.

1. Es innegable que el fenómeno más visible de América Latina es el establecimiento, en la mayoría de los países, de institucionalidades propias de sistemas democráticos. El fin de la guerra fría, la desaparición de ciertas utopías como dinamizadoras de la acción política, la aparente aceptación universal del llamado modelo de «economía de mercado» constituyen para algunos la base de generación de condiciones de democratización y de canalización de los procesos sociales y políticos dentro de sistemas estables y crecientemente participativos.

Sin embargo, los retos no son de poca monta. Ya Francisco Weffort y Edelberto Torres-Rivas, entre otros, nos han puesto en guardia sobre la paradoja (¿aparente o real?) de empeñarnos en construir democracia en sociedades en las que lejos de existir un alivio de las diferencias sociales, se van profundizando las polarizaciones en la distribución de los beneficios. También es notoria la disminución de las funciones que cumplen los órganos o instituciones del Estado en las que se permite

presencia plural. Corremos el riesgo de una creciente participación en las discusiones y una creciente exclusión de la toma de decisiones.

No es ajeno a todo esto un hecho al menos característico de los países más pequeños. En aras de la privatización y reducción del Estado (que en más de un caso ignora que lo que debe hacerse es crear Estado y desprivatizar su control) se destruyen los mecanismos de planificación y coordinación de las políticas nacionales, en tanto los entes financieros internacionales, a través de las condicionalidades, son los que planifican el desarrollo nacional y dan más o menos coherencia a las políticas no sólo económicas sino de todos los campos de la vida nacional. Entes externos, estatales o interestatales, no sujetos al escrutinio de los votantes, terminan siendo los diseñadores últimos de los planes de acción de nuestros gobiernos. ¿Cómo se construye así la democracia?

Otro problema no menos grave es la tendencia a considerar que los problemas de una sociedad tienen soluciones técnicas, únicas y unívocas. No es discutible que es indispensable contar con una base de análisis e información técnica para hacer propuestas y tomar decisiones; pero éstas, en definitiva, se determinan políticamente a partir de la concertación fruto del equilibrio entre fuerzas políticas y sociales - de su poder real en la sociedad - que tienen diferentes visiones del bien común de la nación y/o representan distintos intereses sectoriales. Si todo se resuelve «técnicamente», el debate político es visto como un problema de ambiciones partidarias (cuando no simplemente personales) que debe resolverse sólo al momento del voto, en el que se interpreta que más que escoger entre diversas formas de enfrentar la problemática social se elige la fuerza más «eficiente». De allí a depositar en la «sociedad civil» - confundida los más de los casos con una aglomeración inorgánica de ONGs - la tarea de participar directamente en la administración local, sin intermediación partidaria, no hay más que un paso. Una concepción de «descentralización» más atomizadora que descentralizante es otro instrumento potencialmente utilizable para generar «participaciones excluyentes», dejando lo global, lo nacional, en manos de entes autóctonos y extranjeros ajenos a toda forma de control ciudadano.

Nuestras sociedades deben modernizarse económica, social y políticamente. Adecuar las economías al ritmo de los tiempos no es el único reto. Esto debemos hacerlo considerando nuestras propias realidades y nuestros propios proyectos de nación. Ello requiere de partidos políticos modernizados, capaces de ser los canalizadores e impulsores de un verdadero proyecto nacional; no sólo maquinarias de obtener votos para llevar personas al gobierno que luego no responden ni a sus vo-

tantes ni a las concepciones del partido que posibilitó su elección. Y las organizaciones de la sociedad civil, las verdaderas, deben dinamizarse como canales de los intereses sectoriales que están obligadas a representar.

2. No creo que pueda hacerse una predicción clara sobre la realidad de América Latina al terminar el año 2020. Si no se logra dar un viraje hacia la equidad entre las naciones y dentro de ellas, si no se retorna al criterio de la justicia social, si no se devuelve al Estado tareas redistributivas, no parece posible generar condiciones de gobernabilidad democrática estable.

Tampoco puede verse con mucho optimismo la creciente consolidación de formas corporativas de control de la decisión gubernamental, con visiones «técnicas», con relaciones privilegiadas con la tecnocracia internacional, sin un claro proyecto de nación.

3. Los intelectuales tienen un deber ineludible en la discusión de las realidades latinoamericanas, y en la búsqueda de proposiciones que hagan suyas las fuerzas políticas y sociales. No se trata de que sustituyan las responsabilidades de éstas, sino que las alimenten a partir de serios análisis, y del planteo de soluciones que, tomando en cuenta la dinámica mundial y los márgenes reales en que se mueven nuestros países, den base a dichas fuerzas para la decisión de sus plataformas de lucha. Si la democracia es, necesariamente, una confrontación de ideas, de proyectos, de concepciones del mundo, de intereses, a través de mecanismos de concertación participativa, el papel de los intelectuales no es nada despreciable. Siempre que recuerden un dato obvio pero muy marginado: el desarrollo trata sobre personas y sobre grupos sociales, sobre sus derechos y aspiraciones y no sobre amasijos de cifras que no reflejan necesariamente los niveles de bienestar de las mayorías.

Rosario Espinal

Profesora del Departamento de Sociología de la Universidad de Temple, Filadelfia.

1. América Latina se encuentra una vez más atrapada en su dilema histórico: cómo alcanzar la modernidad económica, social, política y cultural en medio de la pobreza de las grandes mayorías. En los años 80 el surgimiento de gobiernos electos y las políticas públicas e ideologías de libre mercado (coincidentes en el tiempo aunque no siempre vinculadas como proyecto político), contribuyeron a fomentar las expectativas de que la modernidad era posible. Estas expectativas se confrontaron, sin embargo, con la cruda realidad de la crisis económica que ha agobiado la re-

gión desde fines de los años 70 y con la fragilidad de las instituciones democráticas.

Aunque muchos de los proyectos de liberalización económica que se implementaron en la región, ya fuera por convicción u obligación, han producido estabilidad macroeconómica, la pobreza continúa siendo un grave problema sin resolver. No es un asunto casual o pasajero, sino endémico a la realidad latinoamericana. En el momento actual el dilema es mayor, pues ni el mercado ni el Estado se muestran capaces de resolver el problema. Para los pobres las dificultades son obvias: falta de oportunidades laborales, déficit alimentario, carencia de efectivos servicios sociales o de infraestructura. Para los sectores medios, el aumento de las masas empobrecidas en las ciudades presenta dificultades en el orden urbano y de seguridad personal. El discurso de la decadencia urbana y la criminalidad son la evidencia.

Mientras las sociedades latinoamericanas viven hoy un momento de apertura de la economía y de la cultura hacia el mundo exterior, este proceso podría traer una reacción contraria. En este sentido, el nacionalismo y el tradicionalismo son fenómenos posibles en reacción a tendencias frustrantes hacia la globalización y la secularización en busca de la modernidad económica y cultural. El asunto es particularmente relevante en el contexto de las frágiles democracias latinoamericanas, que pueden terminar en nacionalismos autoritarios si carecen de referentes nacionales y populares.

2. Esta es una pregunta prácticamente imposible de responder en el plano real. En el terreno de las especulaciones es posible decir que en el campo económico es probable que América Latina se mantenga en la ruta actual de liberalización con énfasis en el mercado local y global como lugar privilegiado de producción y distribución. En lo político el panorama es más incierto. Veo tres escenarios posibles. Uno sería la prolongación en el tiempo de las precarias democracias ante la carencia de alternativas mejores o peores. Otro sería un deterioro de las democracias actuales y el surgimiento de liderazgos carismáticos y plebiscitarios con un contenido político variable dependiendo de la realidad nacional. Un tercero sería la consolidación democrática mediante reformas políticas importantes y un mejoramiento en el nivel de vida de amplios sectores. Desde una perspectiva utópica, la tercera vía sería la opción más deseable. Desde una perspectiva del desastre, que no necesariamente puede descartarse, la segunda opción podría caracterizar el escenario político latinoamericano de principios del siglo XXI.

3. Los intelectuales tienen un espacio privilegiado en América Latina y su influencia en la política ha sido siempre significativa. En los años 60 ser intelectual era equivalente a ser de izquierda. En los años 80 esta equivalencia deja de predominar surgen voces intelectuales que articulan proyectos neoliberales. Así, la vinculación entre el libre mercado y la democracia gana en los años 80 un espacio inusual en la historia político-intelectual de América Latina. Este fenómeno coincidió con la crisis de las izquierdas y, luego, con el derrumbe de los regímenes comunistas. Hoy en día, y probablemente será el caso en los años por venir, se presenta un pluralismo intelectual en el que se debaten los grandes temas nacionales. Ser intelectual ya no lleva una etiqueta definida en América Latina. Hay un menú de opciones en los que se debate la comunidad intelectual.

Christian Ferrer

Profesor de Filosofía de la Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

1. A modo de capricho, dos arquetipos obligatorios que en los últimos tiempos hicieron furor en el continente:

a) El político reversible: puede ser blanco, negro o amarillo; puede ser también de origen musulmán, católico o protestante; rico, self-made man o pobre; puede llamarse Menem, Aristide o Fujimori; en ninguno de los casos se privaron de usar el Estado a modo de ariete para poner sus sociedades patas para arriba. No se trata del clásico problema del político cuyas circunstancias lo fuerzan a incumplir sus promesas (Alfonsín, Frei) sino de políticos cuyas promesas son esencialmente reversibles pues, en buena medida, ellos provienen de un afuera de la casta política establecida; ascienden entonces desde la sociedad. Pero es la misma sociedad la que plebiscita la condición de reversibilidad: la población acepta la democracia como procedimiento escénico y técnico, y no como postulado moral; de allí que la única posibilidad de que dispone un gobierno para legitimarse reside en someterse al dogma de fe de la época: la eficacia. Pero para que un político pueda torcer a sus sociedades y no desviarse de ese patrón de medida requiere de un reforzamiento del poder estatal. En un caso, apoyado en la policía, en el otro, en la intervención norteamericana, en el último, en el desconcierto reinante. En los tres, por la opinión pública.

b) El hombre de la bolsa: nuestras actuales sociedades del espectáculo precisan estrellas que ocupen el centro del escenario político. Los 80 concedieron el lugar más visible de la marquesina al economista como vedette. Cavallo, Aspe o Cardoso llegan a sus sociedades como personajes providenciales, su saber opaca los demás sa-

beres y se transforma en varita mágica, su profesión deviene sinónimo de arte de gobierno. Más significativo, usan al discurso economicista como un arma terrorista que suscita el pánico en el electorado consumidor. Las décadas se suceden; también los programas económicos: a una decepción sucede la promesa de una nueva decepción.

La audiencia, su contraparte, está huérfana de ideología. Abandonada por el oro de Moscú, desconfiada por los agentes de la bolsa internacional, olvidada por la sensibilidad cultural europea tanto como por el nacionalismo incontaminado, transforma en eterna molestia para los Estados Unidos que antes procuraba regular a las repúblicas bananeras y ahora a las drogadictas, restan los detritus de nuestra historia: miseria, violencia, necesidad y confusión.

2. La ciencia ficción política indica que el futuro de Latinoamérica podría pertenecer al género gótico: los muertos seguirán vivos, frágiles «aparecidos» de la memoria, y los vivos serán cadáveres que nunca terminan de morir, tal cual el señor Valdemar. La ciencia meteorológica indica que los ricos serán más ricos y los pobres seguirán igual de pobres.

3. Hay dos clases de intelectuales: están los que le buscan la quinta pata al gato y están los que le buscan el rostro humano al plan quinquenal. Los primeros conforman una fauna diversificada a la cual el adjetivo «críticos» contiene defectuosamente. Los segundos se ubican a sí mismos en diversas gamas de un degradé moralista. Pero pregunta y respuesta suponen el concepto «intelectual» como un dato obvio. La misma palabra, contundente y linajuda, dinástica - se diría -, amerita ser disonada (¿no hay un aire de familia entre la tinta y la sangre, entre el escritorio y el quirófano?), pues del saber no se deducen oficios sino destinos: no puede entonces ofrecer un vademécum de recetas sino un dietario. Quien defiende la palabra «intelectual» como lo haría el heredero de un título nobiliario, se arriesga a caer de bruces en la nostalgia o en la demagogia. O, como superación de la disyuntiva, a la sinecura estatal.

Una verdad sólo enunciada a medias, como el escorzo de un susurro: la consumición final del intelectual «moderno». En rigor, sólo es posible echar un vistazo al Río de la Plata. La restauración democrática (cabría sumarle el más remoto despotismo teórico de la izquierda), paradójicamente, desmotivó el impulso crítico en las prácticas intelectuales. Haber adosado el marbete del Mal a la etapa dictatorial anterior condicionó la modalidad de los debates - hasta el límite de quitarles su condición de tales -, la construcción y circulación de temas, y el grado de impugnación

al gobierno. Que las dudas sobre la construcción del régimen democrático no sobrepasen el nivel comparativo de un «espejo, espejito...», es la causa de que su intelectual «orgánico» termine confirmado en un marco. El grado de autoconciencia sobre semejante declive es alto, y sin embargo, el teorista, el revolucionario, el comprometido, el socialdemócrata, el trágico no dejan de redactar el propio certificado de defunción. En la era democrática, el linaje intelectual se desgastó explorando callejones sin salida: el callejón de los medios masivos de comunicación, con los cuales entablan una relación culposa pues se necesitan unos a los otros, aunque unos más que los otros; el callejón de la ética, a la cual transforman en Biblia laica y catálogo de víctimas; el callejón del Estado, al cual inevitablemente buscan humanizar y asesorar; el callejón de los grandes temas o relatos, de los cuales se vuelven guardabosques; el callejón de la política, a la cual sólo pueden proponerle el saneamiento de los canales de participación popular. Quien avanza por un callejón sigue un círculo vicioso. Así, como contraparte obligada de prácticas gubernamentales eufóricas, la intervención pública de los intelectuales no puede sobrepasar el tono de la queja.

Aún nadie se ha propuesto investigar a fondo cómo las emergentes y pujantes ciencias sociales de la década del 60 obturaron y deshonraron una serie de tradiciones del pensar en Latinoamérica. Linajes de índole obrerista - un saber vetusto, claro, pero allí latía toda una cultura -; linajes refractarios, ensayísticos, especulativos, etc. ¿No representa Fernando Henrique Cardoso, el actual presidente del Brasil, la última estribación de esa descalificación? De aquellas tradiciones negadas u olvidadas del pensamiento podrían recobrase las figuras de los intelectuales atípicos. No necesariamente se oponen al intelectual moderno; muchas veces lo acompañan a su vera, como sombras que rodean el cuerpo. De esas aguas poco bebidas podrían extraerse ideas para imaginar modos de pensar, escribir y actuar más sugerentes que los que parecen emanar de la indetenible profesionalización técnica del saber, la cual conduce a los intelectuales a una curiosa inversión: mientras en los 60 y 70 pretendían representar al pueblo, en los 80 deciden representar al Estado de la razón, que suele decepcionarlos presentándose como Razón de Estado.

Marco Aurélio Garcia

Profesor en el Departamento de Historia de la Universidad Estadual de Campinas, Unicamp.

América Latina nestes 10 últimos anos deu passos importantes na construção da democracia política. Com poucas excessoes, ocorreu um aperfeiçoamento das instituições representativas e, o que é mais relevante, uma maior participação popular -

especialmente da sociedade organizada - na vide política de nossos países. A desmilitarização do Cone Sul e mesmo da América Central avançou, o que não é pouco. Plebiscitos, como os ocorridos no Uruguai, deram à vontade popular uma nova expressão. A soberania popular exerceu-se, por vezes de forma dramática, como nas destituições constitucionais dos presidentes Collor, no Brasil e Carlos Andrés Pérez, na Venezuela.

Mas as desigualdades sociais cresceram de forma significativa, com um aumento do número de pobres e de indigentes. Este processo de concentração de riqueza e contemporâneo e ligado a dois fenômenos: de um lado o declínio do velho modelo nacional-desenvolvimentista, até pouco tempo atrás predominante no México e em boa parte da América de Sul, e, por outro lado, a sucessão de ajustes econômicos destinados a por fim à inflação e apressar a integração das economias nacionais do continente à uma economia mundial cada vez mais competitivamente articulada.

Tanto o primeiro modelo declinante, como o segundo, em implantação, revelam um alto custo social.

Para mim o fato relevante nestes 10 últimos anos é o aparecimento de forças políticas de esquerda, com ampla base popular, que buscam construir uma alternativa distinta ao mesmo tempo do velho conservadorismo nacional-desenvolvimentista e do neo-conservadorismo dos ajustes de tipo liberal.

As esquerdas fizeram uma clara opção pela luta democrática, buscaram e buscam uma alternativa de reconstruir a economia a partir das demandas sociais que foram se avolumando dramaticamente nos últimos anos. Apesar de não terem sido exitosas em suas aspirações maiores de governar as nações mais importantes do continente, elas conseguiram redirecionar o rumo geral das políticas em seus respectivos países e no continente globalmente.

Mesmo quando derrotadas, as esquerdas influenciaram o debate político mais geral. Não por acaso os conservadores tiveram de recorrer a candidatos de perfil progressista em vários países de América Latina. Sem uma esquerda forte, «ameaçadora» pela força de suas idéias e de sua capacidade de intervenção política a direita não se veria obrigada a fazer as inflexões que foi obrigada a realizar .

2. A surpreendente evolução do mundo nos últimos dez anos, aconselha a pensar o futuro com prudência teórica. No passado, leituras distintas da realidade de nosso continente indicaram às esquerdas dois caminhos simetricamente equivocados,

aínda que de aparência oposta. Para uns, as «contradições» denossa economia dual, consuziriam de per se à necessidade de uma etapa de modernização económica, social e política, sem a qual as possibiliades de uma auténtica revolução social se verían comprometidas. As aporias deste modelo de interpretação e de (in)ação política conduziram, por outro lado, a um voluntarismo, baseado na idéia de que, estando dadas as «condições objetivas», faltava apenas a vontade revolucionaria de mudar.

Em ambos os casos o diagnóstico revelou-se errado. A generosidade de propósitos e intenções daqueles que foram capazes de dar suaprópria vida para cumprir seus ideários mal encobria a inadequação de elementos teóricos e dos instrumentos práticos de intervenção política.

Era escassa a reflexao sobre a sociedade a ser criada, sobretudo porque em muitos casos a utopia sonhada já aparecia na realidade persente em outras partes do mundo como cruel pesadelo totalitario.

Hoje o futuro pode ser pensado como desafio e construção, onde o enfrentamento dos imperativos objetivos de curto prazo, lança luzes sobre os pouco claros desafios de medio e longo prazos.

A sociedade que se pode esperar para as primeiras décadas do próximo milenio deverá ser sobretudo mais justa, menos desigual. Este objetivo nao será função de um modelo que produza apenas o crescimento do Produto Interno Bruto, como já ficou claro no passado, nem que somente viabilize o equilibrio macroeconómico e o saneamento do Estado, como se evidencia no presente.

Crescer distribuindo e distribuir crescendo é o inelutável desafío hoje colocado. Priorizar um elemento, em detrimento do outro, nos leva aos impasses que já conhecemos. Articular crescimento e distribuição é o enigma que será decifrado ou nos devorará, conduzindo-nos nesta última hipótese a uma nova barbarie.

Dez años de conquistas no plano da democracia política sao ameaçados por dez anos de crise social aguda. Persistir nestes caminhos pode significar que a falta de democracia económica e social acabará por liquidar a frágil democracia política conquistada.

Em um mundo em transição (para onde?) é evidente que os problemas da América Latina nao poderao ser resolvidos no ambito puramente nacional. Os passos dados

na integração economica, deverao ser criteriosamente avaliados e aprofundados. A integração nao pode ser pensada como uma perda de soberania, sobretudo em um momento de afirmação democrática. A integração tem de ser pensada contemporaneamente ao desenho de projetos nacionais em nossos países. Mais do que isto, a integração é uma forma de potencializarestes projetos nacionais em um mundo que será dominado por novas, sutis e perigosas formas de proteccionismo e de exclusao.

Entraremos no século XXI, carregando problemas irresolvidos dos séculos XX e XIX, com aobrigação de articular estas distintas temporalidades.

3. Os intelectuais latinoamericanos, talvez mais do que os de outras v partes do mundo tem um duplo compromisso: com a verdade e com as transformações em proveito das maiorias. Deslocados pela força dos fatos da condição de vanguardia iluminada, os intelectuais devem resistir igualmente as tentações populistas de apenas expressar os «de baixo», até porque as ideias, valores e convicções destes estao sujeitas às fortes pressoes das ideias dominantes que ainda continuam sendo as das «classes dominantes».

Críticos, por excellencia, cabe-lhes a preservação e reconstituição da memória histórica, a sistematização e elaboração das experiencias sociais e a sensibilidade para detectar em uma realidade que evolui vertiginosamente as tendencias que se vislumbram, nao para traçar o caminho real da historia, mas para indicar possibilidades e sugerir apostas.

Néstor García Canclini

Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, México.

1. Se me ocurre relacionar en una sola respuesta la primera y la segunda pregunta: «el fenómeno de los años recientes» que mejor representa la situación actual de América Latina es el desvanecimiento de «las perspectivas utópicas» y de «las predicciones de desastre».

No necesitamos evocar la disolución trágica de las fantasías socializantes de los años sesenta y setenta. Basta recordar las derrotas, en 1994, de los movimientos de izquierda que preservaban mayor eco: el neocardenismo en México, el PT en Brasil.

Tampoco inquietan ya las alarmas catastróficas de los ochenta. La recesión y el crecimiento negativo (maravillosa fórmula) en la economía de aquellos años parecen haberse alejado, pese a que el producto bruto sigue estancado en muchas ramas, el

desempleo y la pobreza extrema se agudizan. La deuda externa se incrementó en los años noventa de 20 a 40%, según los países, pero los gobiernos - siguiendo los criterios de obsolescencia de las noticias en los medios - decidieron que ese tema no debe preocuparnos esta temporada.

Es como si los modestos éxitos de las políticas neoliberales para sacarnos del pánico hiperinflacionario fueran suficientes para que las grandes cuestiones irresueltas de la desigualdad y el desarrollo se caigan de las agendas. O para que inválidos morales, como Menem o Fujimori, sigan recibiendo consenso. Si nos guiamos por lo que las mayorías dicen cuando votan, el neoliberalismo parece haber convencido hasta a las clases medias en descenso, a los obreros empobrecidos y a los desempleados lumpenizados de que no hay otro modelo económico para acomodarse a las transformaciones globalizadas de fin de siglo.

Aún existen minorías que protestan, pero en pocos países con organización y eficacia suficientes, como en Uruguay, para resistir las decisiones antipopulares. Y en ningún lado se ve un modelo de desarrollo alternativo. Se oye en manifestaciones urbanas: «Si este no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está?». Esta fórmula resultaba verosímil en los años 70 cuando las dictaduras militares suprimieron los partidos, sindicatos y movimientos estudiantiles. Cien o doscientas mil personas reunidas en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, en la Alameda de Santiago de Chile o recorriendo las calles de San Pablo sentían que su desafiante irrupción representaba a los que habían perdido la posibilidad de expresarse a través de las instituciones políticas. La restitución de la democracia abrió tales espacios, pero en esos países - como en los demás - la absorción de la esfera pública por los medios masivos volvió dudosa aquella proclama. En las naciones donde el voto es voluntario más de la mitad de la población se abstiene en las elecciones; donde es obligatorio, las encuestas revelan que un 30 ó 40% no sabe por quién votar una semana antes de los comicios. Si las manifestaciones en calles y plazas se empequeñecen, y se dispersan en múltiples partidos, movimientos juveniles, indígenas, feministas, de derechos humanos y tantos otros, nos quedamos con la última parte de la cuestión: el pueblo ¿dónde está?

Como el neoliberalismo, que es lo único «exitoso», no permite ya fantasear con paraísos, ni las mayorías viven su reordenamiento como catástrofe, hay poco que hacer en la cultura política si se lo enfrenta con nociones como utopía o desastre. La pregunta para los próximos años parece ser cómo reconstruir sociedades civiles donde reencuentren sentido los intereses públicos y colectivos, los derechos humanos básicos, la posibilidad de ejercer formas de ciudadanía que no se disuelvan en

el consumo sino que se arraiguen en ese tipo de participación, sin aceptar que sea la única, como pretenden los neoliberales.

2. Me limito a imaginar algunas tendencias socioculturales que parecen perfilarse para comienzos del siglo XXI en América Latina: a) Se acentuará la desigualdad entre los países con mayor nivel de modernización e integración productiva al mercado mundial (Brasil, México, Colombia, Chile, Argentina, Venezuela) y los demás. Algunos de los países nombrados, que han logrado cierto desarrollo en los medios de comunicación, mantendrán una limitada producción cultural endógena. No obstante, la privatización de radios y televisoras, así como la falta de inversión en recursos tecnológicos para las autopistas de la información (desde teléfonos y fibras ópticas hasta satélites y computación) volverá a los países latinoamericanos cada vez más dependientes de los circuitos transnacionales, controlados por Estados Unidos y Japón. Esa dependencia es voluntariamente elegida en empresas como Televisa y varias de otros países de Sudamérica, en las que la persecución comercial del rating les hace preferir los modelos de entretenimiento y «el neopopulismo de mercado» (Beatriz Sarlo), copiados de las cadenas estadounidenses, a la elaboración estilística y reflexiva de las culturas latinoamericanas.

b) Esta asimetría internacional, y las relaciones miméticas con lo transnacional hegemónico, se reproducirán dentro de cada país. Por un lado, una élite (no más del 5%) conectada a la información y los espectáculos de la cultura-mundo, y por tanto capacitada para participar en los escenarios de producción avanzados. Por otro, sectores medios y populares, en los que el actual índice de deserción escolar (50%) seguirá creciendo, que mirarán de lejos, en las distracciones masivas, las ilusiones de sus héroes, luchas simbólicas contra las dificultades cotidianas y emociones rutinarias, pero con grado cero de innovación estética o reflexiva: me cuesta imaginar que las versiones año 2010 del Juego de la Oca, Cristina o las telenovelas sean muy diferentes a las que hoy circulan.

c) Se multiplicarán en los semáforos y bocas del Metro de las grandes ciudades los puestos informales de venta de artesanías (que incorporarán los últimos íconos masmediáticos), mezcladas con videos interactivos, hierbas medicinales, discos compactos con mensajes neorreliгиозos y juegos esotéricos. La novedad será que los semáforos cumplirán también funciones de filmadoras-hidrantes: registrarán constantemente el nivel de violencia de cada esquina y permitirán organizar la represión, desde un centro computarizado, activando lanzadores de gases paralizantes desde ellos.

3. Los intelectuales, en el momento en que se inaugure el siglo XXI, nos dividiremos en los siguientes grupos: a) los que harán encuestas preelectorales que volverán innecesaria o tautológica la asistencia masiva a las casillas de voto; b) los que harán entrevistas cualitativas, focus groups y spiritual groups para conocer las tendencias profundas de todo; c) los que se volverán políticos, empresarios, diseñadores de imágenes de ambos, o los que hablarán igual que esos tres, pero pensando que «la política se ha convertido en la práctica que decide lo que una sociedad no puede hacer». O sea que, como anota Ricardo Piglia, ser intelectual seguirá siendo actuar como filósofo: «dictaminarán que debe entenderse por real, qué es lo posible, cuáles son los límites de la verdad»; d) los que hagan coloquios para sospechar de las encuestas preelectorales, los focus groups, los políticos, empresarios e intelectuales; e) los que no puedan asistir a dichos coloquios porque no consiguen viáticos y entonces los seguirán desde sus casas en el correo electrónico; e) los que, gracias a disponer de megapantallas de video en el módem de su correo electrónico, no necesitarán asistir a quince o veinte coloquios, simposios y congresos por año en lugares remotos.

No veo un futuro más atractivo para las funciones intelectuales si el desarrollo sociocultural insiste en las tendencias descritas en el punto 2. Si el ejercicio crítico de la ciudadanía reformulara y potenciara la sociedad civil, tal vez sea posible, para los intelectuales junto a muchos otros, dejar de oscilar entre el consenso y el sancio.

Manuel Antonio Garretón M.

Director del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

El fenómeno principal que atraviesa América Latina hoy día y que afecta diferencialmente a sus países es la desarticulación de las relaciones entre Estado y sociedad que la caracterizaron desde los años treinta, con lo que ello implica de cambio en el modo de inserción en el mundo y en el modelo de desarrollo. Esta descomposición puede ser permanente o puede dar lugar a recomposiciones positivas en que a la vez se autonomicen, fortalezcan y complementen el Estado, el sistema de representación, especialmente el sistema partidario, los actores de la sociedad civil, y el régimen democrático que relaciona todos estos elementos. Tal descomposición y probable recomposición se realiza a través de cuatro procesos interrelacionados pero que tienen sus propias dinámicas y no pueden subordinarse unos a otros ni priorizarse entre sí, porque todos ellos son impostergables.

El primero es la construcción de democracias políticas efectivas que neutralicen los poderes fácticos, aseguren gobiernos representativos y mayoritarios, desarrollen la ciudadanía y canalicen las demandas y conflictos sociales. Además de las tareas incompletas de las transiciones democráticas y de la consolidación de instituciones evitando regresiones autoritarias, los desafíos principales que deben enfrentar las democracias de estos países son los de su profundización, calidad y relevancia.

El segundo proceso es el de la democratización social, que incluye los fenómenos de participación y superación de las crecientes desigualdades. Aquí el problema principal a enfrentar, que atraviesa todos los ámbitos de la vida social y la acción colectiva, es el nuevo carácter de la exclusión. El mundo de los excluidos, que en algunos países alcanza el 60 ó 70% y que suma decenas de millones en toda la región, tiende a definirse hoy por su total marginación y por la prescindencia que hace de él la sociedad integrada, careciendo de los recursos organizacionales e ideológicos que caracterizaron la exclusión en la época nacional-popular o del desarrollo hacia adentro y a la que respondían las formas populistas o revolucionarias de movilización.

El tercer proceso es el de la redefinición, más allá del ajuste estructural y la autonomización de la economía respecto de la política, del modelo de desarrollo donde mercado y apertura internacional no bastan para redefinir un proceso de inserción en la economía transnacionalizada que debe integrar al conjunto de la sociedad y no sólo a la parte «incluida». Si el modelo de desarrollo hacia adentro parece haberse agotado, no parece que en el marco del nuevo modelo que parece implantarse en la región pueda resolverse el problema de la exclusión y las desigualdades que hemos anotado. En los últimos años en varios países parece haber disminuido la pobreza, no las desigualdades, debido al crecimiento económico, pero ello tiene un límite si no se efectúa un proceso redistributivo. Hay que recordar que las dimensiones redistributivas deberán hacerse en un marco democrático y no coercitivo, lo que obliga a la conformación de grandes mayorías políticas, y que ellas se refieren hoy a recursos no sólo económicos, sino de información, conocimiento, comunicación, organización y mecanismos diversificados de poder. Todo ello implica un reforzamiento del rol del Estado como agente fundamental de desarrollo, integración y redistribución, en un contexto de mayor autonomía de fenómenos económicos que deben ser regulados.

El cuarto proceso, que de algún modo engloba los anteriores aunque tiene su propia especificidad, es el de la definición del modelo propio de la modernidad, es decir, constitución de sujetos sociales y generación de acción colectiva. Las formas

clásicas en esta materia (populismo, clientelismo, ideologismo revolucionario, nacionalismo anti-imperialista, etc.), tienden a ser cuestionadas hoy día desde dos modelos de modernidad que intentan imponerse. Uno es el de la combinación de la racionalidad de mercado y tecnocrática con cultura de masas mediática, que arrasa con identidades y memorias colectivas. El otro es la invocación de la comunidad e identidad históricas (religiosa o étnica, o combinación de ambas) que amenaza con nuevas formas de fundamentalismos e integristas. En el medio un vacío de sujetos y de acción colectiva.

La posibilidad de éxito en el desarrollo de estos procesos está dada por la emergencia de proyectos políticos que, a la vez, respeten la diversidad y no disuelvan la sociedad en la suma de particularismos, incorporen la racionalidad científico-tecnológica sin subsumir la dimensión expresivo-comunicativa ni la memoria histórica, generen capacidad de concertación sin desconocer la conflictividad de la sociedad, generen capacidades de representación sin caer en voluntarismos ideologizantes. No existe un sujeto social ni un actor político únicos que puedan encarar estas tareas y ser portadores exclusivos de un tal proyecto.

En las elaboraciones e implementaciones de proyectos que den cuenta de esta complejidad se encuentra el lugar de los intelectuales. El cumplimiento de su tarea, siempre ambigua y desgarrada, obligará al abandono tanto del profetismo mesiánico como de la subordinación a las nuevas formas de dominación y poder tecnocráticos, y a la combinación del conocimiento de la realidad y lo que ella oculta con la proyección utópica siempre parcial de lo posible y lo deseable.

Horacio González

Profesor de la Universidad de Buenos Aires.

1. Elijo un tanto obligadamente - ¿qué elección no se ve arrastrada por cierto forzamiento? - los suficientemente conocidos acontecimientos de Chiapas. Chiapas permite pasar en limpio todas las ideas anteriores sobre la auto-redención de la cultura latinoamericana. En primer lugar, el movimiento armado no asienta su lenguaje en el de las revoluciones que fundaron la idea de «ciudadano», ni en las que afirmaron la necesidad de liberar a los «productores». Tampoco se pronunció por el canon del «campesino en movimiento» que con su «marea en ascenso» barre con feudalismos sociales y burocracias despóticas de la ciudad. No hay en Chiapas, asimismo, el tenor tercermundista que en años pasados deseó combinar el gran libro de las revoluciones mundiales con postulados de «singularidad histórica» o de la «nueva racionalidad del oprimido».

¿Qué encontramos, pues, en este movimiento que nos permita avizorar las ligaduras más vivas de la actualidad latinoamericana? Una vacilación. Sí, eso mismo: una vacilación - plena de intención y consecuencias - entre el derecho a suplantar la injusticia por un mejor poder y el derecho a la vida sin injusticias. Ya se ha comentado abundantemente el contraste entre la forma militar asumida por el movimiento de Chiapas con el predominio de reclamos que toman literalmente la cuestión democrática. Pero en este caso nos referimos especialmente a una situación que llega a la misma esencia vacilante de todo poder: ¿para qué se lo procura? ¿cuál es la conciencia de los límites que ven en el poder quienes lo procuran? ¿cómo perciben el propio poder que crean en el proceso mismo de disputar el poder?

Figuran entre las definiciones que surgen de la selva de Chiapas, un conjunto de atributos inesperados: sobrecargada exhibición de los dirigentes y permanente creación de imágenes clásicas basadas en «el hombre y su arma». Pero, al mismo tiempo, un juego dramático con las identidades, los rostros y las palabras. Y las palabras que surgen de la selva Lacandona sugieren que estamos ante una dialéctica de lo visible y lo invisible, del énfasis y de la disolución. En efecto, la explícita literatura que ha emanado de los insurgentes, habla de la intención de regresar a lo indiferenciable de la tierra, de la muerte y del anonimato, si es que una vez, la justicia se despliega. No se postula una vanguardia que reagrupa a su alrededor las fuerzas de la sociedad, sino una palabra-acontecimiento que intenta recuperar valores entumecidos de la reflexión colectiva.

El hecho de que esta reflexión debe situarse ahora frente a la doble solicitud de los gestos de guerra y el llamado a una comunidad imaginaria de los iguales, provoca un difícil debate, y es posible aceptar que no se retomará cabalmente la vida intelectual al margen de ese debate. Entre aquellos gestos y este llamado encontramos una nueva prueba de que sólo revisando las raíces históricas de los Estados-nacionales y poniendo el ser de la política sobre sus límites (¿existe lo político para develar problemas o para obturarlos?) podríamos presuponer que hay nuevos y legítimos contenidos en los acontecimientos de Chiapas.

En definitiva, se trata de devolverle a la política la vieja pregunta sobre el comienzo de los procesos de cambio. ¿Ellos ocurren cuando se levantan las grandes arquitecturas históricas que aplanan tensiones o cuando en núcleos densos y aislados de las totalidades mal conjugadas, se decide otorgar una nueva tensión a las superficies normalizadas? En este contrapunto - otra vez, si se quiere, una vacilación -, vemos la cualidad de la que Chiapas parece ser portadora: novedad, riesgo, preocu-

pación, deseo de que los gestos y la tensa coreografía de palabras sigan alcanzando para insinuar la justicia.

2. No es imposible, así, ver el futuro de América Latina en las próximas décadas - aunque conviene poner lo que sigue bajo la prudente protección de un quizás humorístico o de un tal vez lúdico - como un debate que adquirirá una fuerte trabazón conceptual en estos términos. O se reclina la actividad intelectual alrededor de la elaboración del lenguaje de la técnica (técnicas de gobierno, de control poblacional, de flujo comunicacional y de definición de los aparatos productivos) o se redescubre la potencia de los pensamientos a contrapelo, que deben llevar a que se desplacen y expresen libremente los particularismos ajenos a los contratos macroestatales, sin por ello asumirse formas de guerra.

3. Por eso, ahora como mañana, ya en las ignotas décadas por venir, el desafío intelectual recorre similares proporciones. Se trata de elaborar la historia autónoma de la propia idea de fidelidad. No es que la fidelidad sea una entidad fija y calcárea, de hecho ella es movediza porque así es el pensamiento mismo. Pero la fidelidad es en primer lugar un eco que se presta a la actualidad, reelaborando constantemente la noción de lo real. Lo real es: elección de alternativas. Debido a ésto los intelectuales son la categoría misma de lo real como electividad, como presencia de lo inesperado en la historia. Si la categoría de «operadores técnicos» o de «pensadores escalafonarios» acabase triunfando - he aquí, acaso, la catástrofe del siglo XXI latinoamericano posiblemente se quebrase para siempre aquella vacilación «chiapanesca» entre la contundencia del poder y la promesa testimonial. Vacilación digo, porque nunca hay vida intelectual si triunfa la autoconciencia completa de un «nosotros mismos».

Xabier Gorostiaga

Rector de la Universidad Centroamericana, Managua.

1. Desde una perspectiva centroamericana el fenómeno más relevante de los últimos años es la creciente ingobernabilidad de nuestras sociedades, debido a tres fenómenos concatenados.

La nueva pobreza producto de la exclusión creciente de una mayoría de nuestra población del eje de acumulación económica en cada uno de nuestros países. Esta nueva pobreza tiene un carácter más urbano que rural y conlleva una desintegración social creciente, al carecer de tejido social integrador que tuvo y tiene todavía la pobreza rural campesina. Estas mayorías desarticuladas de su cultura tradicio-

nal, de su hábitat histórico, en creciente carencia de lo vital y por falta de un liderazgo político capaz de organizarlas y movilizarlas, son un factor de inestabilidad social y política, y de inseguridad ciudadana. La lucha por la sobrevivencia ha convertido a esta población mayoritariamente de origen campesina e indígena, en una amenaza para el medio ambiente, habiéndose producido la perversión social de transformar las culturas que transmitieron la herencia ecológica de Centroamérica y América Latina en nuevos depredadores de la naturaleza por la necesidad de sobrevivir a cualquier costo.

Conjuntamente se da un segundo factor basado en una profunda crisis del liderazgo político, incluyendo a los partidos históricamente con raíces populares. La crisis de la izquierda latinoamericana no es solamente una crisis de paradigmas, sino una crisis de ubicación en un mundo cambiante que más que una época de cambios habría que calificarla como un cambio de época.

Finalmente, el tercer factor considero que es la hegemonía absoluta de las políticas neoliberales, que ha creado una camisa de fuerza a un Estado reducido, debilitado y transnacionalizado por los organismos financieros internacionales. La falta de capacidad estatal tanto económica, política como institucional no permite a los gobiernos actuales manejar una situación en sí misma muy difícil, sobre todo desde un Estado cooptado por el dirigismo de los organismos financieros internacionales, por economías concentradas fundamentalmente en la exportación careciendo de un mercado interno que sirva de balance social y de satisfacción de necesidades básicas, y por tanto un Estado que pierde legitimidad y credibilidad ante unos ciudadanos que ven aumentar la brecha entre la sociedad civil y el Estado, entre su presente amenazado y un futuro sin esperanza.

2. En otro lugar he analizado la situación dialéctica de sentirnos frente a una avalancha del Norte contra el Sur, del capital contra el trabajo, de los sueños enlatados provocados por la informática transnacionalizada y la incapacidad de una propuesta que garantice una viabilidad nacional, tanto económica como social para nuestros pueblos. Frente a esa visión pesimista se levanta el fenómeno creciente de la emergencia de la sociedad civil, con nuevos sujetos históricos cada vez más vinculados entre sí a nivel regional e internacional, como son las organizaciones de mujeres, ecológicas, las organizaciones indígenas, de campesinos, de productores medianos y pequeños, de intelectuales, profesionales y religiosas en América Latina. Es sorprendente el nuevo consenso emergente sobre la gravedad de la crisis y sobre algunas líneas conducentes a la superación de la crisis en toda América Latina. Tengo la percepción de no haber encontrado en las dos últimas décadas una si-

tuación tan generalizada de consenso alternativo en América Latina. Me atrevería a afirmar que la alternativa emergente ha nacido en su dinámica social. Falta su conceptualización político-económica tanto a nivel nacional como continental, y sobre todo falta la articulación política de esa alternativa emergente con las fuerzas políticas nuevas capaces de implementarla. En este sentido considero que la Cumbre Social de Copenhague en las próximas semanas puede ser un salto cualitativo de articulación de este conjunto de visiones, valores, intereses y frentes comunes en relación a las amenazas globales que se perciben por las mayorías de todos los continentes. La Cumbre Social puede ser un salto cualitativo sobre el primer intento de «globalización desde abajo» que se inició en la Cumbre de Río. El peligro de la fatiga de estas conferencias internacionales debe superarse no tanto por los escasos resultados a conseguir en ellas, sino por la posibilidad de articular esta globalización desde abajo, a nivel de los diversos sectores de la ciudadanía global que trabajan en una perspectiva común, como nunca antes se había dado en la historia de la humanidad.

3. El desafío para los intelectuales es triple. En primer lugar la perplejidad y la incertidumbre de los cambios en los últimos años dejó a buena parte de la intelectualidad latinoamericana desilusionada, derrotada o lamentablemente, aún peor, cooptada por un sistema que imponía la inevitabilidad como razón histórica de su proyecto neoliberal. En segundo lugar la intelectualidad latinoamericana debería enfrentarse a este cambio de época con un cambio profundo de viejas actitudes arraigadas que requieren una evaluación sistemática y autocrítica del papel de los intelectuales sobre todo en las tres últimas décadas. La falta de previsión sobre el fracaso del socialismo real en muchos intelectuales, la incapacidad de enfrentarse con una visión crítica al verticalismo político, al cortoplacismo y al reduccionismo economicista y estatista es una necesidad urgente y colectiva de la intelectualidad latinoamericana. Tercero, urge la recuperación de la cultura, de las identidades locales y nacionales, de la idiosincracia de nuestros pueblos como un arma fundamental y un elemento crucial para las nuevas alternativas. Considero que hemos superado la era de la geopolítica, que estamos en el momento del debilitamiento e incluso del inicio de la crisis de la era geoeconómica y nos estamos abriendo a una era geocultural cuyas raíces se fundan en el mundo del trabajo, del género, de la naturaleza, y de la identidad cultural de aquellos sujetos que han sido en forma creciente excluidos por el paradigma neoliberal actual. La integración de la economía política y del desarrollo dentro de un eje geocultural considero es la tarea más importante de los intelectuales al final de este siglo.

La reforma universitaria es también una tarea prioritaria para el mundo de la inteligencia latinoamericana. Las universidades actualmente son parte del problema más que parte de la solución. La democratización del conocimiento y la integración de las nuevas perspectivas provenientes de estos nuevos sujetos históricos en el mundo académico, a todos los niveles, es un factor nuevo para profundizar la democracia, permitiendo que la democracia electoral sea enriquecida por la democratización del conocimiento, la democratización del mercado y la democratización del propio Estado que no se democratiza por elecciones formalmente democráticas.

Este papel del intelectual debe servir para la internacionalización de la democratización del conocimiento vinculándonos con aquellos sectores emergentes también en el Norte, que en forma creciente consiguen superar la hegemonía de los Chicago Boys que los arrinconó a un silencio condescendiente, y que hoy se revelan frente al crecimiento de una pobreza y miseria global, de una fragilidad del sistema político y de una inseguridad creciente para los ciudadanos y para el propio sistema político internacional.

La brecha entre el Norte y el Sur ha dejado de ser una brecha geográfica y se ha convertido en una brecha cultural donde amplios sectores en el Norte necesitan de una visión geocultural alternativa y ven con esperanza la emergencia de un Sur alternativo con el que pueden crear la necesaria ciudadanía global que requiere el siglo XXI.

Eduardo Gudynas

Director del Centro Latino Americano de Ecología Social, Montevideo.

Opinar sobre el desafío de los intelectuales en América Latina es tan difícil como definir qué es un intelectual. Siempre que intento hacerlo recuerdo cómo en 1985, después de la dictadura uruguaya, volvieron a venderse los viejos números del semanario *Marcha*. Amarillos y quebradizos, con una letra chiquitita de linotipia. Descubrí allí un pensamiento crítico e independiente. Mi admiración se mezclaba con la nostalgia de recordar a mi padre, bien temprano en las mañanas de los viernes, yendo hasta la placita del barrio para comprar ese semanario, que yo, estando en la escuela, apenas entendía.

Hoy, en muchos casos, cuando se habla de los intelectuales, en realidad se hace referencia a los académicos. Y se los señala porque la gente les tiene una desconfianza que es comprensible. Es que desde la vieja izquierda, profesores y catedráticos que hace pocos años atrás eran expertos en El Capital, defendiendo ideas marxistas

en la cátedra o el gremio, son hoy, por arte de birlibirloque, representantes expertos en Hayek, Adam Smith, Locke o Hobbes. No sólo no hemos avanzado, sino que vamos hacia atrás, y los más adelantados encuentran la verdad en Platón o Aristóteles. Desde la nueva derecha, donde predomina la tradición, antes que intelectuales hay académicos técnicos. Ese mundillo se cierra cada vez más sobre sí mismo, alejándose del resto de la sociedad, aunque sin dejar de invocar a la gente, esperando que algún eslogan pueda arrancar el aplauso fácil de la multitud.

Distintos aspectos de este problema han sido señalados en números anteriores de esta revista, más detallada y profundamente. Pero ese distanciamiento, esa continua atención a Francfort o París o a los journals, descubriendo allí lo que antes sucedía en nuestras calles, aumenta esa sensación de desánimo, de fatalidad, tan común en estos tiempos.

No quiero decir que deba censurarse el seguimiento de los debates académicos nortños, ni el estudio de los clásicos griegos. Lo que sí debe rechazarse es el momento en que esas prácticas se totalizan hasta el grado de anular al propio conocimiento latinoamericano, no sólo el académico, sino el tradicional, el popular o el indígena. O cuando se usan para forzar nuestra realidad hasta hacerla encajar en modelos interpretativos foráneos. Frente a ello me pregunto, ¿cuántos seminarios se organizan sobre pensadores como R. Flores Magón, R. Kusch, o Fausto Reinaga, sea para criticarlos, analizarlos o difundirlos?

Es que el intelectual tiene el desafío de ser una voz independiente. Y el intelectual de nuestro continente, además debe presentar una voz latinoamericana, porque son precisamente los latinoamericanos sus interlocutores privilegiados, y es la realidad del continente la que lo interpela. Lo que proviene de otras regiones será siempre bienvenido si sirve para mejorar, fortalecer o enriquecer nuestro propio debate. Esa discusión se inserta en una particular condición que enfrenta América Latina, y que hace todavía más urgente la tarea de construir un pensamiento propio. Seguramente no es el único problema que nos aqueja, posiblemente sea muy difícil decir si es el más importante, pero es el que más llama mi atención: los latinoamericanos estamos mucho más solos de lo que creemos. Varios lo intuyen, algunos lo dicen, pero todavía nos da miedo reconocerlo. Ni Europa ni Norteamérica solucionarán por nosotros, nuestros problemas. Tampoco podemos esperar que surjan desde allí las teorías o modelos que nos den las soluciones.

Pero ese temor a la soledad está presente, y alimenta subterráneamente tanto desánimo, y es el que obliga a varios a buscar las ideas más allá de las fronteras. Es el miedo a ser huérfanos y pensar por nosotros mismos.

Ya es tiempo de asumir que nuestro desafío, para las próximas décadas, será el de crear un pensamiento propio, desde una vinculación creativa de los saberes, pero anclada en los problemas del continente. Es buscarnos, perdernos y volvernos a encontrar. Allí está la tarea para entretener al intelectual durante toda su vida. Nadie lo hará por nosotros.

Estos intelectuales, en el sentido al que ahora me refiero, no necesariamente estarán en las universidades ni en centros de investigación. No tendrán las soluciones mágicas, y ni siquiera tienen la misión o la capacidad de guiar a la mayoría. Deberán discutir entre ellos, mucho más de lo que lo hacen hoy, rompiendo barreras y resquemores para abrazar otras disciplinas y perspectivas, pero también para encontrarse con el saber tradicional, sea en las calles de las ciudades, los mercados campesinos, o las ruedas de indígenas. Serán tan sólo uno más entre varios actores que pueden construir los cambios. Sin duda que son un actor importante, y existe más de un ejemplo de la potencialidad que poseen las ideas para promover y acelerar los cambios.

Es que la sociedad no está quieta. Existen múltiples gérmenes de cambio, muchos de ellos expresados en ámbitos distintos a los tradicionales. Junto a las expresiones novedosas, de solidaridad y de bienestar, hay síntomas de resistencias y fuerzas que encorsetan y condicionan. Sólo podemos saber que nos espera un futuro, tan complicado como el presente, contradictorio, triste y alegre, en fin, construido por nosotros y solamente por nosotros, los latinoamericanos.

Max Hernández

Investigador del Grupo de Estudios para el Desarrollo - GRADE, Lima; miembro de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

1. Una sensibilidad posmoderna surgida en los países altamente industrializados como expresión de la incredulidad frente a los grandes discursos, de la conciencia cada vez mayor de los altos costos y de la ineficiencia de la racionalización social y de la explosión de tecnologías informáticas impulsada por la creciente internacionalización influye en nuestra manera de concebir el ingreso tardío de nuestras sociedades premodernas a la modernidad. Hay que acotar que, en el caso de América Latina, los grandes relatos fueron apenas ideologías más o menos populistas, la

«racionalización» de la sociedad fue producto de utopías dirigidas contra la corriente y la explosión informática ha tenido su principal expresión en la televisión. De todos modos, el momento está envuelto en ese clima.

En el Perú, los efectos sociales, políticos y culturales del fenómeno migratorio iniciado en los 50 se muestran con toda su fuerza. Lo han transformado en un país urbano, con un perfil demográfico juvenil y con una alta tasa de escolaridad - no importa cuán precaria sea la enseñanza. El «país profundo» ya no permanece recogido en sí mismo. Sacudido por una gran crisis irrumpió de súbito en la superficie erosionada por los embates de la modernidad. Los antiguos sedimentos sufrieron una inesperada dispersión al atravesar la zona de turbulencia. Se abrió un período de transición discontinua, de metamorfosis complejas y difícilmente previsibles. Quienes lo estamos viviendo, zarandeados por un cúmulo de fenómenos dispares y contradictorios, tendemos a encerrarnos dentro de ideas actitudes y expectativas preformadas que nos distancian de lo que en verdad sucede . La plural diversidad del momento se ha constituido de manera diferente a como ésta se ha dado en las sociedades altamente industrializadas y liberales de Occidente. Sin embargo, comparte con ellas algunos rasgos comunes. El momento latinoamericano está signado por una paradoja: las insinuaciones de una sensibilidad posmoderna deben dar cuenta de un ingreso tardío a la modernidad. Una paradoja no se puede resolver otorgando privilegio a uno de los dos términos de la misma. Debe tomárselos al unísono, en conjunto y asumiendo la contradicción. De ahí el reto del momento actual.

2. Voy a referirme a una investigación realizada con el equipo de trabajo del proyecto Agenda, Perú. Las formas que ha asumido el ingreso a la modernidad han producido alteraciones sociales desconcertantes. El problema de la gobernabilidad democrática de la sociedad peruana, es decir, el buen gobierno democrático del país, se plantea como asunto capital. Para que se pueda dar es necesario prestar atención a tres tendencias estrechamente ligadas entre sí. La primera apunta hacia la modernización y desarrollo de las actividades productivas, tiene que ver con la expansión de los intercambios y está enmarcada en el ámbito de la economía de mercado. La segunda tiende hacia la democratización y circula a través de intercambios que hacen percibir cierta igualación en las relaciones sociales y discurre por la sociedad civil. La tercera conduce a que la sociedad forje instituciones que pueda reconocer y aceptar como suyas, y corresponde al ámbito del sistema político y el Estado. Cada una de ellas afecta la marcha de las otras dos y se expresa, en parte, a través de ellas, dando lugar a una trabazón supraordenada de procesos. La forma que todo ello asume complejiza las posibilidades de su plena comprensión y

más aún las de una actuación centralizada coherente. El despliegue, desarrollo y plena realización de la gobernabilidad democrática se dará en tal horizonte de dificultades.

La gobernabilidad democrática y el buen gobierno dependerán de que la primera de estas tendencias se oriente hacia la modernización productiva en condiciones de mayor equidad; la segunda hacia un funcionamiento democrático de las instituciones de la sociedad y la tercera hacia la legitimación de las instituciones democráticas. Dado que lo que prima es un impulso hacia la modernización económica que actúa en condiciones de acceso restringido y desigual a un mercado limitado y no transparente, lo económico se distorsiona y se escinde de los ámbitos social y político, produciéndose procesos de democratización en condiciones no democráticas, y una mera legitimación por resultados con serio desmedro de las instituciones. Estos son asuntos a los cuales habrá que prestar atención.

Ahora bien, es una verdad de perogrullo afirmar que los países y las subregiones que conforman el espacio latinoamericano están transitando muy diversos caminos hacia la modernización. Los cambios hasta ahora producidos van poniendo de manifiesto la importancia de ciertos hechos. Los legados históricos específicos y las formas en que éstos son asumidos, tanto como la influencia que tienen las particulares configuraciones sociales nacionales afectan de manera clarísima las velocidades, ritmos y efectos alcanzados por los procesos de modernización. Una primera consecuencia hará que sea imposible hablar en singular de América Latina; será necesario tomar en cuenta las profundas diferencias que atraviesan el continente.

3. Los intelectuales de nuestras sociedades, además de enfrentar la urgencia de modernizarse, deberán aprender a matizar sus percepciones, relativizar sus propuestas y asumir la tarea con cierta levedad. En los pueblos-testimonio, para usar una expresión que va cayendo en el olvido, tal levedad no puede reñirse con la necesidad de una contemplación trágica. El Perú es uno de estos pueblos. El poder ascendente de la civilización occidental y su apuesta por la modernidad llegó a esta región de una manera brutal. Desde la época de la conquista española, el intento de incorporar pueblos y culturas tradicionales ha sido de interés capital para Occidente. La violencia ocupa una posición central en la evolución hacia - y de - la modernidad. La conquista española del Tahuantinsuyo fue trauma fundante, fundación traumática, escena originaria, partida de bautismo. El cataclismo cultural que significó para los pueblos andinos fue también el fin de su milenarismo aislamiento. Ella nos insertó en la universalidad y de ella nos viene el derecho, me corrijo, la obliga-

ción de enfrentar con lucidez crítica los desmanes que acompañan a la modernidad.

Franz J. Hinkelammert

Director de la revista Pasos, San José de Costa Rica.

1.Creo que en los últimos años ha ocurrido una transformación del capitalismo mundial, que salió a la luz en el momento más dramático de la crisis del socialismo, e.d. con la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989. Para mí hubo una fuerte conexión simbólica entre esta caída del muro y la masacre de la comunidad jesuítica de San Salvador, que ocurrió solamente una semana después. Lo que me llamó especialmente la atención fue que los medios de comunicación de Europa se concentraron casi exclusivamente en los acontecimientos del muro, mientras que el otro suceso, que mostraba tan abiertamente lo que ahora había llegado a ser el Tercer Mundo, fue reducido a algunas noticias marginales de la radio y algunos diarios. Se trató de una «liquidación» en el clásico estilo del totalitarismo de los años 30, en la cual se «eliminó» uno de los centros de la teología de liberación del mundo occidental¹¹, y a la cual los medios de comunicación occidentales reaccionaron también como habían reaccionado los medios de comunicación de los totalitarismos en los años 30, mientras los gobiernos occidentales, conducidos por el gobierno de EEUU, (que a través del FBI secuestró la más importante testigo y la obligó por amenazas a cambiar su testimonio) colaboraron para ocultar el hecho. Un mes después se lleva a cabo la intervención militar en Panamá, que cuenta con el consenso de todas las sociedades occidentales. Noticias de esta intervención tampoco casi no llegaron. El control de los medios de comunicación también se llevó a cabo con los métodos clásicos del totalitarismo de los años 30: en la tarde del primer día de la invasión se mató a un periodista-fotógrafo del diario español *El País*, lo que era un señal eficiente para todos los medios de comunicación allí presentes.

No hay necesariamente una relación causal entre ambos hechos, -la caída del muro y la masacre de los Jesuitas de San Salvador- aunque el «timing» llama mucho la atención. Pocos momentos históricos de los últimos años eran tan propicios para la masacre, que se realizó en San Salvador, como éste. Pero, aunque la relación no sea causal, sin duda hay una relación simbólica innegable. ES¹¹ nos demuestra que un capitalismo, que trataba de aparecer durante las décadas de los 50 hasta los 70 como un capitalismo con rostro humano, ya no necesita serlo. Se puede ahora de nuevo presentar como capitalismo sin rostro humano.

3. Creo que la teoría social en buena parte ha dejado de ser teoría crítica. Pero una teoría que no es crítica, pierde su principal razón de ser. El sistema exigió ser legitimado y la mayoría de los intelectuales lo legitimó. Eso no es solamente un fenómeno referente a los intelectuales, que se llamaron de «izquierda». En los años 50 y 60 la ciencia social en general era de una disposición crítica. Una teoría social crítica no es necesariamente anticapitlista, como tampoco es necesariamente antisocialista. Lo que hace crítica una teoría, es su capacidad de cuestionar el sistema social vigente en función de las condiciones de posibilidad de la vida de los seres humanos que lo integran.

Ahora bien, la crisis del neoliberalismo hoy se deriva precisamente de la destrucción de las condiciones de posibilidad de la vida humana en el mundo actual. Se trata de la destrucción tanto de seres humanos y de la naturaleza, como igualmente del desmoronamiento de las relaciones sociales en todas sus dimensiones. En una situación tal, es de importancia vital el desarrollo de una ciencia, crítica, no solamente en las ciencias sociales, sino en las naturales también. Su surgimiento necesita sin duda una autoreflexión de parte de los propios científicos.

Al perder su criticidad, las ciencias sociales en América Latina se han concentrado en la aclamación vacía de principios eternos abstractos. La teoría de la democracia se transformó en la afirmación de elecciones «técnicamenté» correctas. La teoría económica bajo el dominio neoliberal es más bien una afirmación de principios eternos de mercados eternos, que viven' de una competencia y eficiencia también eternas. Para la teoría abstracta de la democracia las tendencias actuales a la democratización del totalitarismo están completamente invisibles. No desarrolla ningún instrumento para su análisis. No está en cuestión la democracia, sino el totalitarismo, que se desarrolla en su interior. En cuanto a las teorías económicas del campo neoliberal, estas ni son capaces de concibir los inmensos costos en vidas humanas y naturaleza destruidas, que estas políticas producen. Para mercados abstractos eternos no es visible el hecho obvio, de que billetes de dólares no se pueden comer.

Sin embargo, América Latina tiene una tradición de pensamiento teórico crítico. En las décadas de los 50 y 60 surgió en América Latina la teoría de la dependencia, que tenía este carácter. No era una teoría de la «izquierda», sino una teoría con varias corrientes, entre las cuales se encuentran también teorías de la izquierda. Entre sus fundadores se encuentran los más importantes teóricos de la CEPAL.

Esta teoría tenía una gran ventaja. No aclamó verdades eternas, sino hizo análisis concretos del mercado mundial, de la inserción de América Latina en él y de las tendencias fundamentales del sistema económico mundial. De esta su ventaja se deriva el hecho, de que también contiene errores y equivocaciones. Eso la distingue de las ' verdades eternas de la teoría de la democracia hoy en boga y de las teorías del campo neoliberal hoy. No se equivocan nunca; y jamás se ha encontrado un error en ellas. Sin embargo, eso no demuestra, que tengan razón, sino solamente, de que son tautológicas.

Martin Hopenhayn

Consultor de la División de Desarrollo Social de la CEPAL, Santiago de Chile.

1. Difícil resulta aislar un fenómeno en una realidad marcada por la complejidad progresiva. Creo que lo que más refleja la situación latinoamericana y sobredetermina a lalmayor parte de los países de la región, es la extraña combinación de mayor democracia política, mayor inequidad en el acceso a bienes simbólicos y materiales, y mayor compenetración masmediática. De esta combinación surgen fenómenos que todavía no son fáciles de ponderar en su alcance, pero que sin duda provocan cambios sustanciales en el imaginario social, en la vida cotidiana, en los referentes de valores y en la forma de concebir lo público y lo privado. Básicamente creo que el resultado de todo ello es un montón de paradojas: la tremenda transparencia comunicacional en todos los estratos coincide con una crisis del espacio público; la mayor democratización política coincide con mayor dificultad para procesar en el Estado las demandas crecientes de distintos actores sociales; el deterioro alarmante del sistema de educación formal de masas coincide con el incontrolable acceso a la información por vía de los medios de comunicación de masas; la explosión de significantes que trae la nueva sensibilidad consumista-transnacional coincide con una tremenda pobreza de sentido en cuanto a proyectos compartidos de sociedad. Por eso, si algo marca la situación actual, es la paradoja. Atraviesa lo político, lo social y lo cultural.

También creo que una huella significativa es la del derrumbe del imaginario revolucionario. Por cierto, este imaginario ha ido deteriorándose desde hace dos décadas. Pero más dramática que su derrota política es su pérdida de verosimilitud, su autodisolución en la subjetividad de quienes apostmon toda la suya al Gran Cambio Total. No sólo porque deja a un grupo de pretendidos iluminados en un limbo, sino porque la sociedad en su conjunto tiene que repensarse sin el horizonte de la utopía. Creo que la proclama nietzscheana de la muerte de Dios aterriza en concreto en esta caída del imaginario rupturista-utópico: es en dicha caída donde la crisis

de sentido se ve con más fuerza, o donde encarna más claramente en la historia colectiva de nuestros países.

2. Es imprevisible el escenario latinoamericano para las próximas dos décadas. Conviene recordar este rasgo que no sólo impacta en la región sino a escala global, cual es la tremenda imprevisibilidad. Son demasiadas las tendencias y demasiado contradictorias. Si hubiera que ser prudente en el pronóstico, cabría decir que en las próximas décadas, América Latina vivirá los pequeños placeres de la posmodernidad y los grandes sufrimientos de la periferia. Creo que el orden *real* tras las formalidades democráticas será el de una democracia, con mayor control policial y judicial frente a las tendencias explosivas como la delincuencia y el tráfico de droga pesada; y una segmentación sociocultural que sólo será esporádicamente mitigada ante las amenazas de conflicto social e inestabilidad política. Creo, finalmente, que sólo situaciones-límite, que podrán venir por desastres ambientales o crisis profunda de valores que afecten la convivencia ciudadana, podrían precipitar movimientos colectivos con capacidad para crear órdenes sociales novedosos y más justos. Tiendo a pensar que en los próximos decenios va a ver más de lo mismo, travestizado por la sensibilidad posmoderna y enmascarado en una apariencia de diversidad «light». Todo esto, de no mediar un detonante fuerte que una -o divida- a la ciudadanía frente a la amenaza de alguna catástrofe ecológica o psicosocial.

3. Creo que es muy difícil conservar la imagen del intelectual heroico, que a partir de sus propias luces pretendía iluminar la dialéctica que une el desenmascaramiento total a la emancipación total. La matriz profética, redentora o iluminada ha colapsado junto con las utopías decimonónicas que acabaron de desmoronarse junto al muro de Berlín. Esto, sin embargo, no debe mover a concluir que el papel actual del intelectual es incorporarse en un compromiso pragmático como operador social o como político profesional. Creo que es fundamental, sobre todo en un contexto tan engañoso como el de la posmodernidad periférica, definir una relativa autonomía del intelectual frente al aparato público, y reservarle una función crítica que no puede desaparecer. En este sentido, el papel del intelectual es el de rascar la herida y respirar por ella. Me explico: el intelectual debe insistir en los principales conflictos irresueltos de nuestro mundo periférico: la miseria, la inequidad, la falta de solidaridad desde los integrados hacia los marginados. El intelectual tiene que iluminar las brechas para que se vean: brecha entre los discursos de modernización eufórica y las realidades miserables que se viven en los extramuros de las ciudades, en las zonas rurales, en las cárceles y los manicomios; brecha entre la estética aséptica del *mall* y del *video-game*, y las condiciones insalubres que se viven en los

conventillos y en las favelas; brecha entre el éxtasis informativo y la tremenda alienación de quienes viven solos, quienes se quedaron pegados frente al monitor, o quienes no lograron ya volver de una segunda naturaleza a la primera naturaleza.

Javier Iguñiz Echeverría

Profesor investigador del Instituto Bartolomé de las Casas-Rimac y Pontificia Universidad Católica del Perú.

1 Creo que el fenómeno más impresionante de los últimos 13 años es la escasa reacción social de los pueblos latinoamericanos ante los ajustes experimentados. Esta experiencia está, me parece, en la base del momento político, social y cultural en el continente. Es esa relativa pasividad, en muchos casos expresada en la forma de apoyo a los ajustes, la que ha legitimado los enormes aumentos de pobreza registrados en los 80.

2. Hacia el 2020, el panorama podría estar marcado por un proceso inverso, esto es, por las consecuencias de una revivificación de una conciencia más o menos agresiva de los derechos sociales de los ciudadanos latinoamericanos. Creo probable que muchas sociedades nacionales reivindiquen los derechos a los que renunciaron o que, en el caso de los jóvenes, que desconocieron y recién han aprendido. En general, se estará en una América Latina con estructuras económicas más diferenciadas entre países que en el pasado, con relaciones «centro-periferia» internas al continente. Es probable que el área andina se encuentre en un estatus de periferia respecto de los núcleos urbano-industriales de Mercosur y, a la vez, presionada por EEUU sobre todo en el caso de Venezuela y Colombia. Los lugares de salida de Brasil al Pacífico empezarán a determinar la frontera entre la debilitada pero poderosa influencia estadounidense y la nueva influencia del Cono Sur.

Por eso, en los países andinos esas reivindicaciones seguramente se toparán con una estructura económica todavía bastante tradicional que ofrece pocas oportunidades de empleo e ingresos y con un Estado que concentra rentas de la exportación de materias primas y que las distribuye con diversos grados de institucionalización. La migración intra-latinoamericana aumentará. La dificultad para impulsar un proceso de acumulación acelerada de capital en el Cono Sur, en el contexto de mayor competitividad internacional que se puede prever, es posible que derive en distintos regímenes políticos, más o menos aceptados por los países vecinos en aras al mantenimiento de la creciente articulación económica continental y de consideraciones prácticas.

3. El lugar de los intelectuales y sus desafíos serán más claramente distintos que ahora de acuerdo al tipo de país en el que se encuentren y al lugar que ocupen en la estructura de articulación institucional latinoamericana. Es probable que en 25 años se estén ensayando más instancias económicas, políticas y culturales de coordinación intra-sudamericana y que se formen ámbitos de creación intelectual que sean los que se confronten institucionalmente en marcos de cooperación y conictocon EEUU, la Unión Europea y los distintos poderes en Asia y, a la vez, racionalicen las diferenciaciones internas al continente. Otro desafío, en parte en confrontación con los anteriores, será el asociado a la defensa de los derechos de los excluidos en los diversos países.

Pedro Roberto Jacobi

Vicepresidente del Centro de Estudios de Cultura Contemporánea, CEDEC, San Pablo.

1. América Latina atraviesa un complejo, estimulante y contradictorio proceso de transformaciones sociopolíticas como parte integrante de la simultaneidad de las lógicas de globalización y fragmentación. Todavía es muy reciente la vivencia de un cuadro democrático y cada elección se convierte en un referente de la capacidad de ejercer democráticamente las reglas del juego. El gran desafío está en garantizar por un lado condiciones de gobernabilidad y por otro, democracia política simultáneamente con democracia social.

Si el cuadro de transición a la democracia y de consolidación de una ingeniería política democrática ha avanzado significativamente a partir de un continuum electoral que legitima la vida político-partidaria y la expansión de un «ethos democratizante» lo mismo no puede ser dicho respecto de la cuestión social.

Los pobres latinoamericanos están más pobres y desprotegidos que hace una década atrás, principalmente porque las frágiles políticas sociales se han paralizado o desaparecido.

El fracaso de los programas de ajuste y la parálisis del Estado generaron una situación de paradoja que se refleja en el desequilibrio existente entre democracia política y democracia social. La realidad exige una revisión de las políticas sociales y que se viabilice un proyecto de redistribución de la riqueza. Tórnase fundamental una búsqueda permanente de nuevas formas de articulación entre lo económico y lo social, teniendo como objetivo primero el enfrentamiento de la pobreza y de las estrategias de corte neoliberal que no han hecho sino ampliar el foso existente entre los grupos más ricos y los más pobres de la sociedad.

2. Me sitúo dentro del grupo de los utópicos, como oposición a una lógica del desastre. Entre tanto, sintiendo que la reversión del actual estado de cosas requiere

cambios importantes en la dinámica sociopolítica institucional. Por tanto es preciso destacar algunos temas que orienten este análisis.

a) América Latina ya adquirió en una gran mayoría de países un equilibrio demográfico. Esto representa una referencia relevante que posibilita pensar en la planificación como algo viable para definir metas y directrices de gestión de lo social.

b) América Latina está superando el estatus de elevado nivel de Estados donde no existían condiciones para el ejercicio de la democracia. Desde mediados de la década de los 80, año tras año han servido como referencia de la consolidación de un continuum de democracia, principalmente en el Cono Sur del continente.

c) El contexto de globalización también ejerce un papel estructurador y estructura n te de las relaciones económicas en América Latina, acentuando la fragmentación social. La tensión entre globalización y desintegración se expresa con mayor fuerza dado que el desarrollo socioeconómico depende crecientemente de la inserción en el mercado. El dilema del desfasaje tecnológico y la apertura al exterior aumentan el nivel de las ya enormes desigualdades sociales, fragmentando, segmentando e impidiendo perspectivas de movilidad.

d) Las crisis del Estado y la ofensiva neoliberal obligan a un urgente replanteo, fundamentalmente orientado por la necesidad de no aumentar la exclusión social, la democratización crecien/ede las sociedades debe ser un eje motriz para dar respuestas objetivas a los problemas de equidad social. En este sentido el desafío es garantizar la institucionalización de la participación social y del control público de los sectores sociales.

3. Un desafío prioritario es estimular un activismo creciente de los los intelectuales, principalmente en lo que se refiere a las dimensiones de la investigación. No se trata apenas de una dimensión cuantitativa, sino principalmente del alcance que deben tener iniciativas de cooperación entre instituciones en la búsqueda de posibilitar ampliar las respuestas y el debate en tomo de los cada vez más complejos temas que traducen las opciones de un desarrollo sostenible en un marco de democracia política y social.

Es preciso ser un poco subversivo y cuestionar los «ethos» académicos principalmente al pensar las dificultades que existen hoy en pensar críticamente la diversidad, las mutaciones soeioculturales, políticas e institucionales.

El gran desafío es la apertura para un debate que integre crecientemente una reflexión conceptual mente estructurada apoyada en referenciales empíricos que garanticen espacios de compromiso con las transformaciones necesarias en nuestras sociedades.

Marta Lamas

Directora de la revista Debate Feminista, México.

1. Como *una* (y no la única) característica del momento político, social y cultural que atraviesa nuestro continente veo la ausencia de un análisis riguroso del vínculo cuerpo y política. Nuestros intelectuales y políticos sólo han desarrollado su reflexión y su práctica respecto de la cuestión étnico/racial, sin cuestionar con seriedad cómo operan la *diferencia sexual* y el *género* en diferentes contextos (laborales, políticos) y sin plantear propuestas políticas para enfrentar la opresión y discriminación resultantes. Interrogarse sobre cuál es la verdadera diferencia entre los cuerpos sexuados y los seres socialmente construidos *no* ha sido una prioridad política para el grueso de nuestros intelectuales y políticos, con unas honrosas y atípicas excepciones. Esto ha ocurrido así porque la mayoría de las personas comparte la lógica del *género* vigente. Por *género* no me refiero al género femenino, o sea las mujeres, sino al conjunto de ideas, reglamentaciones, prohibiciones y opresiones recíprocas, marcadas y sancionadas por el orden simbólico, tomando como referencia la diferencia sexual. El género no sólo, marca los sexos, sino que marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano. El género atribuye características específicas («femeninas» y «masculinas») a aspectos individuales no relacionados con la biología ~l intelecto, la moral, la psicología y la afectividad- y a cuestiones sociales -la división del trabajo, las prácticas rituales y el ejercicio del poder.

La lógica con la que se construye el género consiste en extrapolar el esquema de complementariedad de la reproducción humana a los demás aspectos de la vida. La eficacia de la lógica del género es absoluta, pues está imbricada en el lenguaje y en la trama de los procesos de significación. Si se desconoce que el género es una especie de "filtro" cultural con el que interpretamos el mundo, y también una especie de armadura con la que constreñimos nuestra vida, se acepta como «natural» la actual normatividad (jurídica y simbólica) sobre el uso sexual y reproductivo del cuerpo. La represión y la opresión vinculadas a la economía sexual y a la política sexista y homófoba que se desprenden de la anacrónica y antidemocrática lógica del género no son registradas ni tomadas en cuenta en la mayoría de los planteamientos políticos democráticos en nuestros países.

2. A pesar de un escepticismo pesimista, espero -utópicamente- el surgimiento de un fuerte movimiento social antisexista y anti-homóforo que sacuda las conciencias y reformule el contrato social, que sigue teniendo como uno de sus fundamentos un arcaico contrato sexual. Pienso que ciertas transformaciones en la sociedad, como el ingreso de más mujeres al trabajo asalariado, el avance de la secularización, la aceptación de la homosexualidad como una orientación sexual igual de válida que la heterosexualidad y la influencia de lo que sucede en otros países democráticos junto con una sistemática labor de crítica cultural sobre la lógica del género, moverán los valores y las costumbres, fronteras simbólicas entre lo que se considera «natural» y lo «antinatural», «normal» y «anormal».

3. Para mí el mayor desafío de los intelectuales latinoamericanos es tener la capacidad de reconocer formas de explotación e injusticia de las que el actual discurso político no da cuenta. Eso requiere el descentramiento de ciertos principios epistemológicos, así como la comprensión de la lógica del género, al menos en lo que se refiere a las estructuras políticas e institucionales que posibilitan y rigen nuestras prácticas, discursos y representaciones sociales. Esto lleva a cuestionar códigos heredados en la ética y la política, y a analizar uno de los problemas intelectuales más vigentes -a construcción del *sujeto-sin* olvidar la materialidad de la diferencia sexual y el penetrante poder de la lógica del género. La lógica de complementariedad reproductiva del género hace aparecer como «natural» la marginación de las mujeres al ámbito «privado», con base en una obsoleta división sexual del trabajo.

Esa misma lógica, al no simbolizar la relación sexual entre cuerpos iguales (mujer/mujer u hombre/hombre), excluye a la homosexualidad de un estatuto simbólico como el de la heterosexualidad. El psicoanálisis es muy claro en cuanto a que el posicionamiento del deseo de las personas ocurre de manera totalmente inconciente, orientándolas a la heterosexualidad o la homosexualidad. Al proyectar la complementariedad reproductiva como modelo de la relación sexual, se construye la idea de la heterosexualidad como «natural», cuando en realidad es una resolución psíquica igual que la homosexualidad.

Como el sexismo ha sido ampliamente denunciado por los movimientos feministas y de mujeres, actualmente la expresión menos reconocida de la lógica del género es la *homofobia*. o sea, el miedo o rechazo a las personas homosexuales. La tolerancia mal entendida, que parte del supuesto de que yo heterosexual «normal» te tolero a ti homosexual «anormal», integrante de una minoría con la que hay que convivir, no llega al meollo del problema. No se trata de defender la homosexualidad como

el derecho de un grupo de «raros», sino de comprender que ni la heterosexualidad es «natural» ni la homosexualidad «antinatural».

La ceguera política actual para enfrentar los productos nefastos del *género* -sexismo y homofobia-se expresa de diversas maneras: tibieza ante las demandas feministas, miedo a legalizar el aborto, negación de derechos civiles básicos a personas homosexuales, y violaciones de derechos humanos, civiles y laborales tanto de mujeres como de personas homosexuales. Mientras la diferencia sexual y la lógica del *género* continúen siendo principios ordenadores en nuestras sociedades, hay que cuestionar cómo se usan para marcar divisiones (entre público y privado, entre «normal» y «anormal») y también cómo se eliminan u ocultan del discurso y la práctica políticos. Comprender la lógica del género conduce a desesencializar las categorías de *mujer* y de *hombre*, con todas las consecuencias que eso implica para la praxis política.

Jorge Lazarte R.

Vocal magistrado de la Corte Nacional Electoral de Bolivia.

1. Lo más destacable de los últimos años en América Latina, por lo menos en términos políticos, es el paso de la transición a la democracia a la transición *en* democracia. La democracia política funciona a pesar de todo. Ya no se trata, por tanto, de salir del autoritarismo sino de quedarnos en la democracia. Los problemas ya no son de pasado sino de futuro. Los sistemas democráticos se han afirmado, pero aún no han logrado consolidarse. La consolidación implica un apoyo durable de la población al sistema político. Los problemas que enfrenta el sistema político deja dudas o por lo menos plantea interrogantes sobre esta posibilidad. Son estos problemas los que marcan lo que puede llamarse la agenda de cuestiones políticas en América Latina.

De un lado, problemas desde el sistema político, en la medida en que para sectores importantes de la población no es aceptablemente representativo. Esto es particularmente visible en países con fuerte población originaria. La estructura de esos sistemas no es muy congruente con su propia sociedad.

Problemas desde los partidos. Estos partidos hacen «funcionar» la democracia pero no de «buena manera». Son más partidos de servicios, prebendalistas y clientelistas, que de representación; más preocupados por problemas de poder que de ansiedad.

Con la democracia además ha emergido, con mayor nitidez que antes y mayor conciencia de pertenencia, un grupo diferenciado de personas que se dedican profesionalmente a la política; la llamada «clase política». Ambos, partidos y políticos, tienen los más bajos niveles de confianza de la sociedad. Esta depreciación es fuente de tensión del sistema político, expresada, entre otros indicadores, por el voto flojante o por la emergencia repetida de políticos y movimientos «informales».

Por otro lado, el bajo rendimiento del sistema político con respecto a su capacidad de respuesta a las demandas, sobre todo sociales, de la sociedad. Las desigualdades sociales crecientes no contribuyen al ajuste entre sistema político y sociedad. Este *hiatus* se expresa de manera mucho más profunda aún por la discordancia entre los valores centrales que sostienen al sistema político o a la democracia y los valores no democráticos predominantes en la sociedad. Hay un sistema democrático deficiente en una sociedad tradicionalmente no democrática. La suma negati va de todos esos problemas es la devaluación de la idea misma de política como espacio de lo colectivo y la privatización creciente de este espacio. Entonces, el problema político central es la necesidad de consolidar el sistema democrático en condiciones que no le son favorables.

2. Social y culturalmente, podemos decir que América Latina entró en un proceso de «modernización» contradictoria. De un lado, hay como nunca antes un sentimiento de pertenencia a un espacio común pero del otro, al mismo tiempo Ofrecen los egoísmos y particularismos no siempre compatibles la lógica modernizadora. Pero más positivamente, en la generalidad de los países está emergiendo el pluralismo como valor positivo asumido cada vez más por la sociedad. Estamos transitando de una sociedad plural a una sociedad pluralista.

3. Lo primero que puede decirse sobre la «utopía» es la necesidad de su existencia, que nos permite pensar el presente de las sociedades como contingentes. Pero por otra parte, también existe la necesidad de mantener a la utopía en el campo del imaginario colectivo deseable pero no logable. La realización de la utopía es el totalitarismo o la fabricación de la sociedad desde un principio de unidad y de poder. En este marco, hay que hacer de tal modo las cosas que América Latina no sea presa de fundamentalismos en todas sus variantes. En las condiciones en que actualmente está el mundo, América Latina podría ser el continente del pluralismo, del diálogo, la tolerancia y la integración. Estos podrían ser los principios axiales de funcionamiento de nuestras sociedades. La otra alternativa, negativa, es la tribalización de nuestras sociedades como efecto de los problemas no resueltos y la extensión en profundidad de los particularismos de los que hoy existen bastantes in-

dicadores. Esta tribalización podría ir hasta la desagregación interna con todas sus implicaciones en el uso de la fuerza para evitar la desintegración social. Con todo, esta perspectiva, siendo la más pesimista no es la más inmediatamente posible.

4. Quizás pocas veces han sido tan necesarios los intelectuales como ahora en que se han perdido o debilitado los sentidos y las certidumbres sobre las cosas; el mundo se ha hecho más «incomprensible» y las conductas más pragmáticas. Aquí hay un espacio para los intelectuales: ser portadores de valores y al mismo tiempo hacedores de mapas inteligibles de la realidad. Lo primero los vincula con el rol tradicional de los intelectuales del pasado, lo que hay que evitar, sin embargo, su tendencia a hacer de profetas. El profetismo de los intelectuales tenía mucho que ver con la idea de que la utopía, además de deseable, era realizable. Hoy el intelectual debe dejar de serle profeta para realizar mejor su papel de hacer inteligible el mundo a la sociedad. Hacer el mundo más inteligible, quiere decir que el intelectual no es el militante, y que las necesidades de la acción no deben determinar lo que piense y diga. Su fin inmediato es la inteligibilidad del mundo no la acción. Lo que quiere decir también que debe abandonar su vieja pretensión de hablar en nombre de los demás, que era el camino más corto para terminar suslituyéndolos. Finalmente, debe abandonar toda tentación de poder, sea del poder actual o del poder profetizado, ser críticos del poder, cualquiera que sea su forma de realización, incluyendo la del propio intelectual.

Norbert Lechner

Profesor Investigador FLACSO, Sede México

1. América Latina se inserta en un nuevo contexto que, a mi juicio, se caracteriza por tres grandes ejes.

1) El doble proceso de globalización y segmentación. Son sobradamente conocidos los procesos de globalización económica, incluyendo las estructuras comercial-financieras y los circuitos tecnológicos, de los cuales se desprende una conclusión crucial para los países latinoamericanos: la necesidad ineludible de ajustar sus estructuras económicas a las nuevas condiciones. Además, tiene lugar una globalización política en el sentido de una agenda mundial de temas prioritarios e ineludibles. Dicha agenda refleja los intereses dominantes en el sistema mundial y condiciona el abanico de opciones disponibles para los países de la región. Finalmente, cabe destacar la globalización cultural. Como nunca antes estamos insertos en un «espíritu de época» que permea a las culturas nacionales por doquier y relativiza las especificidades históricas de cada país. La circulación vertiginosa de imágenes, ideas y expectativas contamina todos los ámbitos y obliga a reemplazar los enfo-

ques nacionales por una mirada más cosmopolita. A la par con esta transnacionalización de los diversos aspectos de la vida social tiene lugar un pronunciado proceso de segmentación al interior de cada sociedad. A la vez que se acortan las distancias y se diluyen las fronteras al nivel mundial, se acentúan los límites dentro de cada ordenamiento nacional. Su expresión más conocida es la creciente desigualdad económica. En efecto, todo análisis de América Latina debe tener en cuenta que los países de la región tienen las más altas tasas de desigualdad de ingresos en el mundo. Tanto por motivos éticos como en función del desarrollo económico y de la estabilidad política las demandas de igualdad o equidad social devienen cruciales. Más allá del bienestar material de la gente empero, está en juego la producción y reproducción del orden social. El problema de la integración social nos conduce al segundo eje.

2) Avance de la sociedad de mercado y retraimiento del Estado. Se encuentra en entredicho el papel del Estado y el primado de la política en tanto instancias máximas de conducción y coordinación de la vida social. En todos los países latinoamericanos la tradicional «sociedad estadocéntrica» pareciera ser sustituida por una «sociedad de mercado» extraordinariamente dinámica. Esta asegura cierta integración sistémica de las actividades sociales, pero deteriora los mecanismos de cohesión en el ámbito político y cultural. Las representaciones simbólicas y las formas políticas de convivencia, de por sí débiles en nuestros países, se desestructuran, frenando una renovación del orden institucional. El signo más visible es la privatización de las conductas sociales (paralela a la privatización de los servicios públicos) que fomenta un cálculo racional acorde a las dinámicas del mercado a la vez que inhibe los compromisos colectivos y, en definitiva, provoca un vaciamiento del ámbito público. El fenómeno nos remite a un tercer eje. Impulso a la modernización y retraso de la modernidad. Nuestra época se caracteriza por un formidable impulso modernizador. El despliegue de la racionalidad instrumental (medio-fin) abarca todas las esferas, imponiendo nuevos criterios (eficiencia, productividad, competitividad). Simultáneamente, el viejo hábitat cultural (identidades colectivas, solidaridades tradicionales) se vuelve obsoleto y deja de ser útil para enfrentar los nuevos desafíos. Aun cuando la gente asimila rápidamente los instrumentos técnicos y criterios tácticos de la modernización (so pena de quedar excluida del proceso), tiene dificultades en adaptar su sistema de valores, las normas éticas y virtudes cívicas al nuevo contexto. Existe un retraso de modernidad en tanto autorreflexividad y autodeterminación colectivas. Es decir, la sociedad como tal no logra formarse una imagen de sí misma y, por tanto, constituirse deliberadamente como un orden colectivo. Por consiguiente, los procesos de modernización aparecen como dinámicas automáticas que se imponen a espaldas nuestras. De

cara a tal avance avasallador los éxitos individuales no impiden que en el ámbito social prevalezca una situación de desarraigo, desamparo e incertidumbre radical.

2. En los próximos años seguiremos viviendo grandes procesos de desestructuración y reestructuración de la vida social. Un rasgo sobresaliente y, probablemente, inevitable de esta reorganización de nuestras sociedades consiste en su falta de inteligibilidad. Los conceptos y esquemas clasificatorios con los cuales estructuramos y ordenamos la realidad social no logran dar cuenta de las nuevas constelaciones. Distinciones habituales como capitalismo-socialismo, economía-política, público-privado, legítimo-ilegítimo no permiten interpretar los procesos sociales, sus interacciones y fragmentaciones. A la crisis de los mapas ideológicos, provocada por el colapso del socialismo realmente existente, se agrega una erosión de los mapas cognoscitivos. No contamos con códigos interpretativos para aprehender las vertiginosas transformaciones en curso. Basta ver las dificultades para reconceptualizar el redimensionamiento del espacio y la aceleración del tiempo. La búsqueda de claves interpretativas será pues, a mi entender, una característica destacada de los próximos lustros. El rasgo es común al panorama mundial. Las formas específicas en que la erosión y renovación de los códigos interpretativos se hace presente en América Latina tiene que ver con la mayor o menor virulencia que adquieren en cada país las megatendencias señaladas en el primer punto. En todo caso, cabe mencionar una consecuencia de alcance insospechado: la crisis de conducción política. La notoria fragilidad de las instituciones democráticas en nuestros países se encuentra agravada por la ausencia de «mapas de navegación». Quiero decir: no disponemos de una brújula que nos permita orientar el curso de las transformaciones. La política tiene más y más dificultades en definir los objetivos y las prioridades del desarrollo social y, por el contrario, se ve avasallada por un «presente omnipresente». Dicho en otras palabras: no logramos hacer una imagen del país que queremos y, por ende, la política no logra fijar el rumbo de los cambios en marcha. A falta de iniciativas capaces de generar un horizonte de futuro compartido, la política actual se limita a medidas reactivas frente a los retos inmediatos. Ello no sólo mina la confianza en la política democrática; por sobre todo, deja a la vida social indefensa frente a las dinámicas de las diversas «lógicas estructurales».

3. Suponiendo que la elaboración de códigos interpretativos adecuados a la nueva realidad social (nacional y mundial) presenta el principal desafío y ámbito de conflictos, llama la atención el papel disminuido de los intelectuales latinoamericanos. Existe, por así decir, un desfase entre demandas y ofertas de claves de inteligibilidad. Después de haber contribuido de modo sobresaliente a la

creación de una *perspectiva latinoamericana* en años pasados (mediante una crítica rigurosa de los estilos de desarrollo y una invocación lúcida de la democracia), en la actualidad el trabajo intelectual se encuentra retrasado respecto a las transformaciones en marcha. Sin duda, las tendencias antes descritas también afectan a la comunidad académica, debilitando sus lazos comunicativos y creatividad innovadora. Ello incrementa el peligro de una «modernización sin modernidad». Por un lado, el riesgo de que la discusión intelectual no alimente al debate público precisamente cuando está en juego el fortalecimiento de la ciudadanía. Por el otro, el riesgo de que la propia labor intelectual no se adapte con la agilidad requerida a las nuevas condiciones y, por ende, carezca de capacidad institucional para impulsar la reflexividad social acerca del nuevo contexto. la política democrática; por sobre todo, deja a la vida social indefensa frente a las dinámicas de las diversas «lógicas estructurales».

Mario Lungo Uclés

Investigador de la Fundación Nacional para el Desarrollo - FUNDE, San Salvador.

Al final de una tarde de octubre de 1994, caminando por una calle . empedrada en una pequeña ciudad del oriente salvadoreño, le pregunté a mi acompañante, una joven mujer que viajaba cada dos meses hacia Los Angeles, California, en vías de negocio, cuál era para ella su comunidad, qué representaba el pueblo donde había nacido, crecido y formado su familia.

Se quedó sonriendo y callada. Dudó un largo rato y luego me dijo: «Mira, realmente no sé. Antes de la guerra toda mi familia vivía en este pueblo. Con la represión y la crisis económica el mayor de mis hennanos decidió irse ilegalmente a Estados Unidos. Logró pasar y consiguió trabajo. Comenzó a enviar dólares a mis padres y poco a poco mis otros hermanos tomaron la decisión de hacer lo mismo. Se llevaron dos de ellos, los casados, a sus familias. Quisieron que nuestros padres se trasladaran a California. Ellos hicieron el viaje pero se regresaron asustados del tamaño de la ciudad. Yo me casé y mi esposo, que es profesor en el pueblo, no tiene la menor intención de abandonar este lugar. A mí también me plantearon la posibilidad de irme. No acepté pero viajé a Los Angeles durante las vacaciones de fin de año y varios vecinos y amigos me pidieron que les llevara a sus familiares diferentes cosas, comidas típicas principalmente. Me di cuenta que este trabajo podría darme ingresos que complementarían el poco salario que recibe mi marido. Llevo ya más de cuatro años de viajar frecuentemente a los Estados Unidos, donde me quedo dos o tres semanas

Se quedó sonriendo y callada. Dudó un largo rato y luego me dijo: «Mira, realmente no sé. Antes de la guerra toda mi familia vivía en este pueblo. Con la

represión y la crisis económica el mayor de mis hermanos decidió irse ilegalmente a Estados Unidos. Logró pasar y consiguió trabajo. Comenzó a enviar dólares a mis padres y poco a poco mis otros hermanos tomaron la decisión de hacer lo mismo. Se llevaron dos de ellos, los casados, a sus familias. Quisieron que nuestros padres se trasladaran a California. Ellos hicieron el viaje pero se regresaron asustados del tamaño de la ciudad. Yo me casé y mi esposo, que es profesor en el pueblo, no tiene la menor intención de abandonar este lugar. A mí también me plantearon la posibilidad de irme. No acepté pero viajé a Los Angeles durante las vacaciones de fin de año y varios vecinos y amigos me pidieron que les llevara a sus familiares diferentes cosas, comidas típicas principalmente. Me di cuenta que este trabajo podría darme ingresos que complementarían el poco salario que recibe mi marido. Llevo ya más de cuatro años de viajar frecuentemente a los Estados Unidos, donde me quedo dos o tres semanas cada vez que voy. Cuando me pongo a pensar cuál es mi lugar siento que, aunque sigo siendo salvadoreña y estoy a gusto en este pueblo, también siento que soy parte de mi familia que vive en Los Angeles, comparto sus preocupaciones y he ido adquiriendo muchas de sus costumbres. Entonces no sé, soy de aquí pero parece cada vez más que también soy de allá». Sonrió cálidamente al decir la última frase y se despidió rápido al llegar a la esquina.

A lo largo de los últimos dos años a través de la visita a numerosos lugares del país, en conversaciones con múltiples personas, he ido adquiriendo conciencia de las profundas transformaciones que la migración internacional está provocando en la cultura nacional, en las percepciones y valoraciones sobre el país y sus comunidades, sobre los países vecinos y sobre el país lejano donde viven y trabajan muchos salvadoreños. Transformaciones que desbordan ampliamente la dimensión económica. Este fenómeno, en el contexto de América Latina y el Caribe, me condujo a pensar sobre su situación actual y sobre su futuro.

Dos procesos centrales cruzan la realidad actual de nuestros países: por un lado, una profunda reforma económica que prefigura la nueva forma de acumulación que se está imponiendo y que tiene como corolario una contradictoria tensión entre integración y globalización; por el otro, una democratización parcial de la sociedad y el Estado donde el ámbito de lo local ocupa un lugar privilegiado.

Presenciamos así el retorno de los actores locales que habían sido sumergidos por la ola centralizadora del modelo de desarrollo que se desplegara desde mediados del siglo, mientras a la vez ocurre un nuevo momento de transnacionalización de otros actores nacionales, modificando radicalmente las reglas del juego social y político, y la institucionalidad en que ellas descansan.

Son los tiempos de las instituciones y los organismos internacionales, multilaterales. Son los tiempos de las intervenciones multinacionales que desdibujan la soberanía nacional, tan ardientemente defendida en los años anteriores. Se habla con entusiasmo de integración pero se trata de una integración limitada, de nuevo tipo, cuyo perfil es aún muy difuso. Se debate la descentralización pero en ella inciden factores que van más allá de las fronteras nacionales y continentales. Como todo momento de transición, hay más dudas que certidumbres, pero es también el tiempo propicio para construir nuevas utopías.

En esta búsqueda quiero volver a ver los sectores populares que están siendo los más afectados por la transición en curso. Quiero retornar a ellos aprovechando la conversación que tuvimos en esa tarde de octubre en la pequeña ciudad de Santa Elena con mi amiga viajera, para pensar que los procesos descritos han ido configurando verdaderas comunidades transnacionales que están en la base de nuevas percepciones y valoraciones sobre el significado de la familia, de la comunidad local, sobre el concepto de nación, alrededor del papel del país en el contexto internacional. En estas comunidades, la juventud y la mujer tienen un papel protagónico. Emerge entonces la certeza de que nuestros países deben efectivamente promover procesos de integración para evitar ser arrastrados por la vorágine de otro nuevo orden internacional que conduciendo a desigualdades más profundas que las precedentes entre los países y entre los distintos sectores sociales, donde el surgimiento de «tigres» va acompañado de un devastador y depredador empobrecimiento de otras naciones. Estos procesos de integración se revelan como necesarios pero deben trascender la dimensión económica y ser un instrumento para un desarrollo socialmente sostenible a nivel nacional y equitativo a nivel internacional.

En la construcción de estos nuevos espacios de integración debe considerarse la formación de las comunidades transnacionales que surgió transparentemente de la conversación descrita y que había sido adelantada por la discusión con otros investigadores preocupados por esta temática. El papel de los intelectuales de América Latina y el Caribe en este esfuerzo es claro. El instrumento que imaginamos es el incesante trabajo de comunidades transnacionales de investigadores, basándose en la creatividad y conciencia social que los ha caracterizado durante las décadas precedentes.

Carlos D. Mesa Gisbert

Director de Periodistas Asociados de Televisión (P.A.T.). La Paz, Bolivia.

1. América Latina vive hoy una experiencia de cambio vinculada sobre todo a la visión política y económica. La modernidad se ha entendido como una suerte de «vuelta a los orígenes». Desde la óptica occidental, la recuperación de los principios liberales clásicos adecuados a los nuevos tiempos de una economía mundializada y transnacional, envueltos en el ropaje de la democracia heredada de 1776 y 1789, es la modernidad. Desde la nuestra, ese recetario requiere de una elaboración y una interpretación.

Lo que parece claro es que el camino recorrido por el continente desde 1945 no va más, no sólo porque las condiciones internacionales así lo determinan, sino porque los resultados no han sido alentadores. La mejora de indicadores globales (a pesar de la llamada década perdida), no puede hacernos olvidar el evidente rezago continental en comparación, por ejemplo, a la experiencia de los «tigres» asiáticos, habiendo contado con condiciones de partida largamente mejores que las de esas naciones severamente golpeadas por la guerra y por sus propias limitaciones internas, que hoy son parte privilegiada de esa nueva estructura e hipercompetitiva realidad universal.

El tema es, en consecuencia, la modernidad, lo que el concepto implica, la renuncia a muchas de las premisas de nuestra propia teoría del desarrollo, del crecimiento y de la dependencia, el reconocimiento del colapso irremisible de una visión estatista y proteccionista, la constatación de que la idea de un modelo económico que se impulsó con fuerza al despuntar los años 60 no dejó los resultados que se esperaban.

La revaluación de muchas de las cosas que hicimos pasa también por la revalorización de lo democrático, que en algún momento se pensó era sólo un paso instrumental hacia un estadio político superior. Hoy los límites de la utopía que marca esta modernidad se vinculan al nuevo eje de poder hegemónico, al modelo político-económico que es moneda corriente y universal y sobre todo, al desafío de construir una sociedad latinoamericana más justa, demostrando que la ortodoxia liberal debe cuestionarse aún dentro de un reconocimiento de la economía de mercado, conjugando, si esto es posible, la democracia liberal, la economía abierta, con la participación popular. Ser modernos sí, pero no a costa de una repetición mecánica de las recetas frías y secas que se olvidan del hombre.

2. A pesar de las oportunidades perdidas o desperdiciadas en los últimos cincuenta años, nadie puede dudar de que América Latina sigue siendo un área mundial de importancia y de gran potencial y dinámica de crecimiento. Sus características actuales, sus indicadores sociales y la dimensión de su mercado tanto como factor de

producción como de consumo, permiten pensar que tiene capacidad de integrarse con solvencia en la nueva estructura del mercado mundial. Geográfica y económica está en condiciones de adecuarse al desplazamiento de las áreas de influencia económica del Atlántico al Pacífico.

El problema mayor está vinculado a su brecha interna. No se puede hablar de una América Latina, en tanto algunas naciones se acercan cada vez más al ritmo de los países más desarrollados y están en condiciones de aceptar el reto, mientras otras se encuentran más próximas a los indicadores de las naciones más pobres que a los del mundo industrial. La brecha es importante y tiende a crecer y eso es preocupante. No todos los países se proyectan de igual modo ante la llegada del nuevo milenio. La bomba de tiempo común, sin embargo, se llama superpoblación (estrechamente vinculada a la problemática medio ambiental global). Si bien el crecimiento latinoamericano se ha desacelerado dramáticamente en las últimas dos décadas, la multiplicación demográfica agudiza los problemas de extrema pobreza en el ámbito de contrastes insuperables por igual en las naciones más ricas y más pobres del área. Las condiciones de marginalidad no parecen tender a superarse y es en este punto donde radica el mayor problema que justifica en alguna medida a los oráculos del desastre.

3. Los parámetros que enmarcan el término intelectual son difícilmente discernibles. Pero si aceptamos la palabra en un amplio espectro, me parece evidente que su rol es fundamental, en tanto la reflexión sobre nuestra realidad y el diseño de propuestas al futuro, pasa en buena medida por los intelectuales. Las propuestas de los modelos filosóficos, políticos, económicos y sociales, que terminan por aplicarse a través de la acción de los políticos y de las sociedades que los generan, surgen de los núcleos de pensamiento de esas sociedades. Las líneas trazadas en el pasado por estos condujeron al continente en una determinada dirección, no precisamente la más adecuada. La capacidad de entender la modernidad, de mirarla críticamente, pero sin complejos, es el desafío mayor de los intelectuales, para poder responder con inteligencia los restos del futuro. La ruptura de esquemas y ortodoxias muchas veces limitantes, parece esencial para los intelectuales latinoamericanos en los tiempos que corren.

Carmelo Mesa-Lago

Profesor de Economía Latinoamericana en la Universidad de Pittsburgh.

El fenómeno económico más notable ocurrido en América Latina en los últimos dos decenios, es el abandono de las políticas estatizadoras, proteccionistas, popu-

listas o heterodoxas, y la implantación de programas de ajuste estructural que promueven la reducción del papel del Estado, el fortalecimiento del mercado, la privatización de empresas y servicios públicos, el equilibrio fiscal, la liberalización de precios y la apertura económica externa. Esta transformación es aún más sorprendente si se recuerda que la región fue pionera y ocupó un papel de vanguardia en el mundo subdesarrollado en cuanto a la teoría y la praxis del Estado benefactor y el Estado empresario. Causa de mayor asombro son los cambios que han ocurrido y aún están desarrollándose en Chile y Cuba.

En Chile, las políticas neoliberales del gobierno militar de Pinochet, después de la severa crisis de principios de los 80, promovieron el rápido crecimiento y la reducción de la inflación; más aún, a fines de ese decenio redujeron el desempleo. Este éxito económico convirtió a Chile en modelo hemisférico, especialmente después que el mismo fue consolidado por el gobierno democrático de Aylwin. Bolivia, México, Costa Rica, Argentina, Perú (estos dos últimos después de fracasar con políticas populistas heterodoxas) aplicaron las reformas económicas con diversos grados de intensidad. El colapso del bloque soviético y el establecimiento del socialismo de mercado en China acabaron de desacreditar el modelo socialista del plan central o economía de mandato. La revolución sandinista fue derrotada electoralmente, clausurando otro experimento. Y finalmente Cuba, ahogada en una terrible crisis en los 90, abrió de par en par el país a la inversión y el turismo externos y comenzó a introducir tímida y lentamente reformas de mercado internas.

Las políticas neoliberales comenzaron a producir frutos económicos a fines de los 80 y comienzos de los 90: crecimiento económico, reducción de la inflación, regreso de los capitales fugados, aumento de la inversión directa externa y transformación de la deuda en inversión. La aprobación del TLCAN parece haber abierto el camino hacia la integración económica en el hemisferio. Pero el cambio se hizo con un costo social muy alto: incremento de la pobreza y del desempleo abierto, informalización del mercado laboral, caída en picada de los salarios reales, recorte de los servicios sociales básicos y expansión de las desigualdades en el ingreso. Sin embargo, estos problemas se han ido aminorando y en la mayoría de los países el desempleo ya está bajo nivel de 1980, el salario real ha crecido pero en la mayoría de los países se mantiene por debajo de su punto histórico más alto, la pobreza ha comenzado a reducirse y los servicios sociales lentamente se recuperan, pero la desigualdad aún persiste.

Chile, el prototipo del modelo neoliberal de mercado, muestra los mejores indicadores económicos-sociales, un proceso progresivo hacia la democracia, y un futuro promisorio. Cuba, el prototipo del modelo antagónico socialista y estatizador, des-

pués de 35 años de políticas económicas desastrosas de Fidel Castro, trata desesperadamente de salir de la crisis y de reinsertarse en el mercado mundial capitalista (el único que queda), abandonada por sus antiguos socios y agotada por el embargo de EEUU. Su futuro es oscuro

Basado en el análisis anterior y con una visión de mediano plazo podría decirse que, a principios del nuevo siglo, América Latina tendría afianzada una economía de mercado, la integración económica en el hemisferio, abundante, financiamiento externo, crecimiento económico sostenido, inflación controlada y mejoría en sus indicadores sociales. Por lo contrario, si se tiene una visión, a más largo plazo y se sobredimensionan los problemas actuales y peligros en algunos países (como México y Venezuela), pudiera pronosticarse un escenario opuesto: nuevo ciclo o cambio del péndulo hacia la crisis y el retorno del Estado. ¿Cuál de los dos escenarios es más probable que se materialice?

En mi opinión, la clave para resolver ese dilema maniqueo (que no contempla la posibilidad de una posición intermedia) estará en la habilidad para combinar la economía de mercado con un papel reducido pero distinto del Estado y mayor equidad social. La falla del Estado empresario-benefactor estuvo en la confianza casi ciega en el gobierno para resolver los problemas de producción y distribución, lo que llevó a un exceso de Intervencionismo y rechazo del mercado, mientras que los problemas que confronta el actual Estado-subsidiario surgen de la fe excesiva en los mecanismos automáticos del mercado libre y el temor a las «distorsiones» creadas por el estado. Si las lecciones de ambas experiencias se toman en cuenta, podría construirse un modelo de "Síntesis", más balanceado que los otros dos. El Estado deberá minimizar su actuación en el plano de la producción (y en esto se estaría, cerca del principio de subsidiaridad) pero la equidad social no puede lograrse por el mercado y requerirá un rol estatal mucho mayor que el aceptado por los neoliberales. Las políticas sociales deberán asentarse en la capacidad económica de los países, evitando recaer en el pasado error de dar prioridad a la distribución y producción, porque a la larga esto conduce al colapso de ambas.

Los intelectuales latinoamericanos mayoritariamente se inclinaron en este siglo en favor del Estado. La preocupación por resolver los problemas del subdesarrollo y la injusticia social, combinado con el desprecio por los negocios y el afán por tomar acción, les llevó a tomar una posición estatista y antimercado. Pero el *leviatán* estatal condujo a la burocracia, la ineficiencia y el derroche; a la postre también trajo el autoritarismo y la erosión de la democracia y los derechos humanos, concluyendo la crisis del sistema. No debemos de caer en el extremo opuesto y transferir

nuestros esfuerzos para endiosar al mercado. El intelectual latinoamericano del siglo XXI idealmente deberá conocerlas bondades y defectos tanto de la empresa privada como del Estado, y continuar con su vocación de justicia y equidad social, pero entroncada en lo económicamente factible y sostenida por la eficiencia.

José Alvaro Moisés

Profesor de la Universidad de São Paulo.

1. O fenómeno mais importante da atualidade, na América Latina, é o retorno ádemocracia na maioria dos países do Continente. No entanto, esse fenómeno convive com os reflexos de urna enorme crise económica e social que durou mais de 10 anos, cujos resultados serviram para agravar os desequilibrios estruturais das quais o mais grave é, sem dúvida, a enorme desigualdade social e económica existente entre classes e grupos sociais e entre regiões. Por isso, ao lado da democratizar;ao política, o grande desafio latino-americano, no início dos anos 90, é o de construir sociedades económica e socialmente mais justas, sob pena de comprometer-se os avanr;os realizados na primeira dimensao.

2. A América Latina tem chance de converter-se, no início do próximo século, em urna nova área de esperan;a, prosperidade e riqueza, mas isso depende, essencialmente, de dois fatores: em primeiro lugar, da capacidade dos novos governos democráticos de enfrentar o problema da estabilizar;ao económica e do contróle da inflação como condirção para o crescimento económico; em segundo lugar, de serem adotadas medidas diretas e indiretas de distribuirção da renda, de forma a iniciar o necessário processo de democratizarção económica e social dos países do Continente. Sem isso, nao há futuro para os povos latino-americanos.

3. O papel dos intelcctuais é seguir sendo o núcleo crítico de suas sociedades. Nessa nova fase da vida do Continente, acredito que cabe aos intelectuais enfrentarem dois grandes desafios: em primeiro lugar, ajudarem a diagnosticar e a analisar as raízes e as causas profundas do fenómeno de ingovernabilidade que tem acompanhado, em boa parte dos casos, a expenencia das novas democracias surgidas entre meados dos anos 80 e início dos 90. Nao basta denunciar as desigualdades ou os acordos políticos ilegítimosç aos intelectuais cabe, ainda, interpretú1r o fenómeno de ingovernabilidade e apresentar saídas para ele. O segundo grande desafio refere-se ao problema da integrarção latinoamericana. Em um quadro internacional que inclui a formarção de blocos comerciais, aduaneiros e político-culturais, a América Latina tem de evoluir para algum tipo de integrarção. Diagnosticar as suas possibilidades e, ao mesmo tempo, detectar os seus possíveis obsuáculos é tar-

da dos intelectuais; desse modo des poderao, sem perder o senso crítico, ajudar os governos dos seus países a enfrentarem alguns dos principais dilemas vividos pelo continente .

Renato Ortiz

Investigador del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Departamento de Sociología, Unicamp, Campinas.

1. Penso que o fenómeno mais importante deste final de século é a advento da globalização das sociedades e da mundializac;ao da cultura. Pós-modernidade, sociedade informática ou pós-industrial, capitalismo flexível, etc., são maneiras distintas de se dizer que o mundo «mudou» radicalmente nos últimos tempos. Não quero dizer com isso que o passado está superado, ou que a história «acabou». Não se trata disso. As tradic;Ocs não desaparecem assim tão facilmente. No entanto, sua presenc;a não nos deve iludir. O contexto mundial é outro, e dentro dele, elas devem se rearticular, ser redefinir. Explicito melhor meu pensamento.

Quando digo que as sociedades se globalizaram, não estou apenas me referindo a existência de fenómenos políticos e económicos relativos a uma nova ordem internacional. Vivemos hoje processos sociais que transcendem os grupos, as classes sociais e as nações. Fazemos parte de uma «mega-sociedade», de uma talidade que seria melhor considerá-la como sendo uma «sociedade global». Temos uma certa dificuldade de aceitar este tipo de consideração, sobretudo quando falamos de política. De fato, não existe, pelo menos ainda, uma ordem global, apenas uma ordem política inter-nacional. Nela as nações detêm posições de legitimidade e de aUloridade. No entanto, se olharmos para o domínio da economia ou da cultura, percebemos com clareza a emergência de uma civilizac;ao mundializada. A publicidade, o consumo, o modo industrial de alimentação, o cinema, a televisão, são formas sociais que transcendem as especificidades culturais. Formas que se encontram na raiz da formação de um imaginário «internacional-popular» desterritorializado dos espaços nacionais.

A meu ver, este é o quadro no interior do qual a América Latina deve ser considerada. No entanto, nossa tradição intelectual tem uma grande dificuldade em equacionar nossos problemas em termos de globalização. Durante mais de um século nossos intelectuais se debateram com a questão nacional. Isso por que vivemos em países nos quais a construção da nação, mesmo em lugares como o México e o Brasil, sempre teve algo de incompleto. A discussão sobre cultura, política e economia, se encontra assim amarrada aos marcos do Estado-nação. Penso que seremos obrigados, cedo ou tarde, a revermos esta posição. Não estou preconizando o fim do

Estado nacional. Como a arte e a religião, cujo declínio já foi anunciado por muitos, a nação (uma invenção recente na história dos homens) não irá se acabar. Este é porém um falso problema. Interessa entender como as nações na América Latina se inserem no interior desta sociedade globalizada. Quais as implicações já consagradas como, soberania nacional, identidade e cultura nacional. De uma certa forma o pensamento latino-americano tem uma tendência em pensar o mundo como algo «lá fora», exterior a nossa realidade. Quando falamos de «imperialismo», de «colonialismo», localizamos o «perigo» como sendo um elemento alheio à nossa autenticidade autóctone. Num mundo globalizado, todos fazemos parte de uma mesma totalidade. Não é suficiente dizermos que somos o produto de um cruzamento de culturas. A modernidade-mundo é parte de nossa vivência, de nosso cotidiano. Modernidade tecnológica, industrial e pós-industrial, mas também excludente e injusta. Nosso desafio é compreendê-la, no que ela possui de tradicional e de atual, de passado e de futuro.

2. O pessimismo é bom quando se trata de pensar a realidade social. Ele nos permite distanciarmos das ilusões partilhadas pelo senso comum. No entanto, é possível nutrir, em relação a América Latina, e ao mundo, um certo otimismo. Se é verdade que o processo de globalização traz com ele um rearranjo das forças dominadoras (a serviço de um capitalismo global), não se pode esquecer que ele implica também em novas contradições. Penso que as utopias do século XXI irão nutrir-se dessas novas condições sociais. Mas sublinho. A meu ver, os movimentos sociais, enquanto atores políticos, só terão peso, se deixarem de ser exclusivamente nacionais. Os problemas atuais já não mais se esgotam no interior das fronteiras nacionais. O mundo do século XXI anuncia uma sociedade civil mundial. A questão é saber se as forças críticas terão, o entendimento e a capacidade, de perceber o mundo como um «espaço público».

3. No momento atual, os intelectuais têm um papel crítico importante. Debruçando-se sobre a modernidade-mundo, eles têm a oportunidade de construir, em contraposição às transnacionais, à mídia, aos núcleos de poderes mundiais, um outro ponto de vista, a partir do qual se articula o pensamento. Eles devem porém romper com sua tradição cultural, que os aprisiona ainda, aos horizontes da identidade nacional.

Antonio Pasquali

Profesor de la Universidad Central de Venezuela, Caracas.

1. Uno de los indicadores más específicos y relevantes de la actual coyuntura latinoamericana -aunque figure entre los menos ponderados- es sin duda el relativo al régimen de tenencia y uso de las telecomunicaciones y de los medios de comunicación social. Pseudo-legitimado por la globalización, dicho régimen se ha convertido en uno de los aceleradores más eficaces de la dependencia.

Me ocupo de comunicaciones, pudiera pensarse que estoy llevando el agua a mi molino, o al molino que conozco mejor. No lo creo, y estoy más bien convencido de que sociólogos y politólogos comprenden cada día menos el devenir de América Latina en la medida en que perseveran ignorando la vital componente comunicacional. Esperemos que el caso Berlusconi (el de Collor de Melo ya pasó al olvido), les ayude a abrirse a las nuevas realidades: 1) ¿conocen de telgeografía, la disciplina que se ocupa de densidades y flujos en telecom?, y 2) ¿se mantienen al día en gastos publicitarios por países y medios? Si lo hicieran sabrían, siempre a manera de ejemplo, a) que el número de teléfonos instalados en toda América Latina es inferior al de Francia o Inglaterra, b) que la privatización ha hecho que una llamada Caracas/Londres cueste hoy 2,68 veces más que una Londres/Caracas, c) que México na llegado a ser campeón mundial absoluto en unilateralidad del flujo telefónico, con un 89,5% de todas sus llamadas internacionales dirigidas a los EEUU, (lo que permite a los malhumorados afirmar que México ya era un Estado de la Unión aun antes del TLCAN), d) o que de los diez países del mundo en que la TV es el primer vector publicirio, los primeros nueve son latinoamericanos.

La comunicología está pues aportando inéditos y devalantes indicadores para la comprensión y la prospección del mundo (salvo que ejemplos como los anteriores sean considerados irrelevantes), y es hora que las ciencias sociales aprendan a usarlos. Los procesos y cambios en tenencia y uso de las comunicaciones y las telecomunicaciones en América Latina, o el rol desempeñado por éstas ante dictaduras y democracias, nunca han sido estudiados global mente. (¿Qué hubiera pasado en México, pongamos por caso, si el monopolio político del PRI no hubiera contado con el aplastante apoyo del monopolio comunicacional Televisa?) Hoy, asistimos a procesos de concentración regional de la emisión televisiva, se crean pools de editores de periódicos, la dependencia ante las fuentes informativas foráneas es mayor que nunca (la nada inocente reproducción diaria del *Wall Streeel Journal* en los mayores periódicos latinoamericanos es al respecto· de una evidencia proconsular), las grandes y especulativas privatizaciones en telecom engendrarán, a largo plazo, un es estancamiento en los desarrollos nacionales. ¿Qué tendencias se están perfilando, qué futuro nos espera en térm inos de democracia, riqueza y soberanía, visto el *lrend* regional en comunicaciones y telecomunicaciones?

2. Los análisis prospectivos sobre desarrollo, del PNUD y otras fuentes igualmente fidedignas, dejan lamentablemente poco lugar en Latinoamérica para visiones triunfalistas. Soy de los que constatan y denuncian cómo la receta no liberal, brutalmente impuestas a sociedades decapitalismo rústico (cuando no de rapiña) ha vuelto quimérica hasta la promesa cepalina de que, si todo hubiese ido muy bien, las masas latinoamericanas recuperarían el año 2000 su poder adquisitivo de los años 70. Las democracias incapaces de redistribuir riqueza son de hecho latrocracias, gobiernos del robo perpetrado en nombre de los más augustos principios. (En Japón, ¡sorpréala! la *disc*'lncia ricos/pobres es de 4/1', en los hechos, la más corta y mejor del mundo, cuando en los EEUU aún es de 11/1, y en Suiza de 9/1). Ninguna de las corruptas democracias latinoamericanas de las últimas décadas ha sido capaz de sacarnos del bochornoso 60/1 y hasta 80/1; ellas ayudaron a que los Azcárraga, Mariño y Cisneros ingresaran al *gotha* de la gente más rica de la tierra, mientras empobrecían a sus poblaciones hasta niveles nunca vistos antes. Unos cuantos países de la región (sólo pondría en esta lista a Argentina, Brasil, Chile y Colombia), tienen desde luego ante sí (por tamaño, *background* industrial o tesón), mejores perspectivas que otros. En los demás, la irreflexiva ola privatizadora, el creciente poder político de sus elites económicas y cosmopolitas, y su grado de prescindibilidad en el escenario mundial, están recreando las condiciones del país-factoría, de la gran hacienda semiprivada, en lenta deriva hacia formas de protectorado posmodernas, esto es, flexibles, ladinas y adaptadas a las veleidades del «cliente». El esfuerzo del Norte rico para obviar mediante reciclajes y otros mecanismos su dependencia de las materias primas del Sur (se está buscando hasta un cacaoero de clima templado que «acabe con la inseguridad en las entregas de los turbulentos productores del trópico») no es de buen agüero. En Venezuela, no sé de nadie que haya dedicado un minuto de reflexión al plan californiano de 1992 (muchas normas de California pasan con el tiempo a ser norteamericanas, y luego mundiales), que impone el uso de vehículos *zero pollution*, o sea eléctricos o de hidrógeno, creo que para 2010. En suma, y salvo excepciones, veo una Latinoamérica de terciario y cuaternario (comunicaciones) casi enteramente enajenados por la devastadora espiral globalizadora; aún proveedora de alguna materia prima al Norte, a precios férreamente controlados por éste, así como de talento, maquila y mano de obra baratos. ¡Ojalá la tendencia económico-política cambie de rumbo, y estas previsiones resulten desacertadas!

3. La venida a menos de los grandes sistemas filosóficos yaxiológicos, de las ideologías y de las políticas, es universal. En esa rarefacción del oxígeno espiritual e intelectual extremos todos inmersos; un solo y global modelo gerencial-mercantil gobierna ahora el almacén Tierra. El intelectual latinoamericano, simplificando

mucho, viene además de vuelta, y abatido, de utopías, postulados y programas de los 60 que costaron muchas vidas, torturas y exilios. Vivimos una etapa de antítesis, en que muchos vanguardistas de los 60 «cuelgan sus cuadros», por así decirlo, en los museos que incendiaron cuando jóvenes. Mucha ex-izquierda está en el poder, o predica el liberalismo con el ímpetu de los conversos, o inventa síndromes extremosos del tipo Vargas Llosa. En algún momento se producirá una síntesis, y confío que en ese momento el Tercer Mundo donde todo se exacerba más y la inteligencia ha sido menos limada por el bienestar- tendrá una palabra capital que decir al respecto. En esto, soy hasta más optimista que Carlos Fuentes, quien considera que debemos darle al mundo cultura, lo que mejor supimos hacer. Creo que América Latina -llegada la hora- tendrá un aporte más significativo que asegurar a esa colosal e ineludible operación humana de echar a los mercaderes del templo de la política, de redescubrir que somos portadores de espíritu y que nos incumbe reinventar un proyecto de mundo, reinventar la filosofía, la política y los partidos. Para quienes cultivamos una visión antropológica, ética y social de la vida, la tarea en esta dura etapa de transición es clara: denunciar sin desmayo la falsedad de muchas realidades ficticias, rememorar la existencia de valores irrenunciables, desestabilizar con implacable crítica el gerencialismo, el latrocinio y el laxismo de quienes olvidaron el aristotélico concepto de justicia distributiva.

Adriana Puiggrós

Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1. Mi elección es arbitraria, porque la actualidad política es, como todo momento histórico, producto de múltiples determinaciones. Es una opaca diversidad de fenómenos la que refleja la situación latinoamericana. En tal conjunto destacaré el estallido de importantes sujetos que constituían nuestras sociedades, su desarticulación, y los procesos emergentes de constitución de 10 nuevo. Tales procesos son producto y productores del desplazamiento de las fronteras teóricas, políticas, culturales y pedagógicas desde los márgenes hacia el centro del escenario discursivo. El término que probablemente juegue un papel significativo más fuerte es *fronteras/border*. La operación más significativa es el desplazamiento de dichas fronteras hacia el centro del escenario de nuestra época.

La miseria profunda, la desocupación y la degradación cultural, llegaron a ser fenómenos marginales en América Latina hacia la mitad del siglo. La hegemonía capitalista avanzaba arrollando, subordinando o encapsulando viejas culturas y formas de organización económico-social anteriores o distintas, teniendo como meta la inclusión del conjunto al sistema productivo y educativo-cultural central, aunque produciendo divisiones injustas de la sociedad. Cual decidida a hacer un uso

perverso de la óptica foucaultiana, la sociedad produjo instituciones y espacios específicos para ocultar los síntomas de su incompletud; los huérfanos y los viejos fueron a los asilos, los desocupados tuvieron seguro de desempleo o fueron absorbidos por la oferta laboral de las obras públicas; los analfabetos parecían destinados a desaparecer por el simple crecimiento vegetativo de los sistemas estatales de educación.

Desde la instalación de la hegemonía neoconservadora, los espacios donde se gestaba lo público fueron sustraídos por espacios comunes mediáticos y fragmentos habitados por públicos-espectadores específicos antes que por ciudadanos. La escena ciudadana está ocupada por centenares de miles de niños y jóvenes que vagan sin destino, de analfabetos y los sidosos, de jóvenes sin trabajo; el narcotráfico y la corrupción de los políticos están siniestramente instalados en los Estados y en las sociedades. La marginalidad es ahora el sujeto central, aunque el discurso neo-conservador trate, precisamente, de marginarla.

2. Para empezar a entender las perspectivas futuras solamente es posible leer la historia reciente, los actuales movimientos de ruptura de los viejos sujetos y los intentos de articulación de nuevos. Pero debe tenerse en cuenta que toda predicción es siempre una expresión ideológica y todo intento de diseño del futuro, una acción política. El futuro, como la historia, es producto de una lucha permanente entre lo establecido, lo instituido que se toma necesario y la contingencia. Desde ese marco teórico puede plantearse solamente el espectro de posibilidades que nuestra imaginación es capaz de producir; también de tendencias que nuestra mirada alargada es capaz de acompañar en su tránsito del pasado al presente y de allí a nuestra imaginación o voluntad política. Entre los factores que tienen una mayor -y siempre relativa- estabilidad está el desarrollo desigual y combinado. Deconstruir esa antigua categoría nos permite plantear como hipótesis que fragmentos sociales profundamente desiguales convergerán sin articularse entre sí en un espacio común dominado por «el hombre blanco», si el neoconservadurismo tiene largo alcance. En el caso contrario, es decir si la concepción hoy hegemónica se agota en políticas de reivindicación del mercado y de destrucción de los Estados nacidos de la modernidad latinoamericana, si todo acaba en las mesas de negociaciones con el Banco Mundial, habrá espacio para que en las fracturas del discurso neoconservador crezcan retoños de las consignas democráticas iluministas derrotadas, traicionadas o abandonadas. Tomarán ellas nuevos significados al encontrarse con chocantes ideas de nuestro tiempo, se ensartarán en las redes computacionales, serán cuestionadas por los «hackers», sacudidas por las radios y televisoras locales y transformadas por las

representaciones «underground». Se reproducirá mil veces el hecho que presentó el Border Art Workshopffaller de Arte Fronterizo*: enfrentó con espejos y papeles metálicos desde el lado mexicano la fila de autos de blancos que iluminaban, desde el lado estadounidense la frontera, como protesta contra el paso de mestizos latinoamericanos hacia el Norte. La recesión es, en realidad, una escena semejante. El capitalismo debe comerse sus propios productos.

Los salones vacíos de Meicys, en Nueva York, o las fábricas cerradas del cinturón industrial de Buenos Aires, son sujetos deshechos. La historia humana ha transcurrido como producto de una sola constante: la capacidad de rearticulación de los pedazos de los sujetos destruidos, produciendo otros inéditos. Y el fondo marxista de esta última afumación no quita que esté señalando, precisamente, el mayor de los errores del iluminismo y por lo tanto del propio marxismo: su negación de la imposibilidad de completud de lo instituido.

3. Una de las operaciones fundamentales del neoconservadurismo fue transformar a los intelectuales y políticos de la posguerra (revolucionarios y evolucionistas) en funcionarios. La «gestión» institucional y su más grave enfermedad, el endiosamiento de la eficiencia, ocupó el lugar de la producción intelectual; la evaluación/control, el que ocupaban los vínculos creativos. Por lo tanto el desafío de los intelectuales es sobrevivir como tales, para lo cual es necesario que tengan una mirada histórica, capaz de zafarse de la maraña pragmatista; que sean capaces de construir nuevos argumentos y, sobre todo, de negarse a repetir. Deben comenzar a explorar los desconocidos mundos que escapan a la organización de los saberes y de las políticas que se ha instituido como oficialmente racional.

* El BAW/TAF fue un grupo de artistas y militantes de la frontera México-norteamericana que actuó, brillantemente, hasta 1991.

Sergio Ramírez

Dirigente del Movimiento de Renovación Sandinista, Managua.

Es innegable el sentimiento de soledad, frustración y desamparo que nubla la propuesta por un nuevo modelo social o político, y desarticula el cúmulo de elaboraciones ideológicas que esa propuesta ha cimentado en todas estas décadas.

Este sentimiento no podrá ser variado de manera radical si no nos hacemos cargo, ante la realidad de la muerte del socialismo real y los vaticinios de la muerte de las ideologías y del fin de la historia, de la empresa de imaginar de nuevo la izquierda desde una perspectiva renovadora y ambiciosa, que destruya los mitos que noso-

tros mismos creamos, que extinga para siempre las concepciones tradicionales, que rompa con el inmovilismo, que deje atrás el paternalismo y haga explotar todas las visiones sectarias. Se trata de toda una nueva aventura del pensamiento que no puede hacer concesiones ni a la timidez, ni al temor de enfrentarse con desafíos nuevos, desde luego que enfrentamos situaciones y opciones nuevas. Una nueva cultura política para la izquierda que parte necesariamente de un debate abierto y creativo.

Es el fracaso de modelos de poder concretos lo que arrastra la crisis de los valores ideológicos, y ahora más que nunca debemos volver a los cimientos éticos de nuestras propias propuestas de una sociedad nueva en América Latina. No quisimos, o no pudimos ver, entre los fuegos deslumbrantes de la guerra fría, las fracturas que esos modelos de poder presentaban en sus estructuras que envejecían hasta su deterioro irreversible. No deja de ser parte de nuestra propia crisis que las críticas hoy tan abundantes a estos sistemas que desaparecen con una velocidad inimaginable, deban hacerse hoy, desde la izquierda latinoamericana, de manera *ex-post*, ya cuando resultan inútiles, voces que se pierden en el coro de las angustias, o entre las vociferaciones de la derecha que hoy celebra la mejor de sus victorias, repitiéndonos con sonrisa artera, que son ellos quienes tenían razón.

Pero hay izquierda en América Latina, y hay derecha. Esta contradicción de posiciones no dejará de existir en la medida en que exista la necesidad de defender un orden nuevo, y en la medida que otros defiendan un orden viejo. Lo nuevo y lo viejo, siempre en pugna. Pero en la medida en que el orden viejo siga allí, palpable, inconmensurable, las mismas estructuras opresivas y arcaicas, el mismo atraso secular, el mismo abismo de sombras, el mismo desamparo, la misma humillación y el mismo rencor en contra de los que no tienen nada y cuyas esperanzas, cuya ambición de futuro, deben ser replanteadas y reorganizadas por la izquierda, con esa imaginación y osadía que tanta falta ha hecho en las últimas décadas.

Yo regreso, con la insistencia que se nutre en la utopía, a la idea terca de que la derecha no puede, por imposibilidad biológica, llevar adelante el proyecto social transformador que sigue reclamando a sus actores. El proyecto transformador pertenece a la izquierda, en la medida en que la realidad latinoamericana necesita ser transformada. El desafío ideológico parte de esa realidad, y de su necesidad incontrovertible.

Hay banderas que la derecha empuña mal, pero las empuña de todas maneras, y que la izquierda vio desaparecer de sus manos, por miopía, por desidia, por equivocaciones trágicas. De pronto, la derecha convirtió a la izquierda en enemiga de la libertad, en medio de la guerra fría. Libertades individuales, libertades democráti-

cas, participación política, sociedades pluralistas, la democracia real, sin calificativos. La izquierda quedó muchas veces restringida a la defensa de la democracia proletaria, mientras se nos escapa de las manos la defensa vigorosa de la democracia en su globalidad, como parte sustancial de un proyecto de cambio revolucionario, desde luego que la derecha usó la democracia para falsificarla como concepto y como práctica. Frente a la democracia efectiva, la derecha perdería los dientes y las uñas, si la izquierda asumiera la democracia como parte sustancial de sus valores de cambio.

Alternativas verdaderas, contra alternativas falsas. Cuando la derecha universal proclama el fin de las ideologías, es claro que se refiere a las ideologías de la izquierda, que quiere ver sepultadas bajo los escombros del socialismo real. Pero es claro que su propia ideología, y sus propias alternativas, siguen en pie y pretenden ser la ideología y las alternativas del siglo XXI, sin desafío posible. El neoliberalismo, su gran panacea renovadora, no es más que el viejo liberalismo del siglo XIX.

La izquierda, en América Latina, pocas veces fracasó por no poder organizar desde el poder un modelo alternativo al del viejo capitalismo salvaje. Fracasó por su imposibilidad de organizar un proyecto viable de poder, ya que casi nunca tuvo el poder. Los modelos alternativos de la izquierda, y que es necesario construir, aún no se han puesto en práctica. Lo que hemos conocido, desde la independencia, son modelos que no pertenecen más que a un repetido *status quo* de poder, incapaces de resolver, ni aun en términos del capitalismo tradicional, el problema del desarrollo económico integral. Y en términos, si se quiere dialécticos, los modelos alternativos son necesarios, porque los modelos tradicionales siguen fallidos. En lugar de cambiar, las estructuras tradicionales, discriminatorias y opresivas, se han reforzado, aunque estén agotadas.

A la izquierda -que no debemos dejar que se convierta en mala palabra le toca entonces la tarea siempre renovable de enraizar en el continente el verdadero humanismo, porque la idea perenne de libertad creadora no puede ser contradictoria a la idea de cambio, ni opuesta a la idea de justicia y de participación en los frutos del progreso y la civilización para todos. La transformación para la justicia. ¿Qué otra idea mejor de humanismo y libertad? Esa es la razón ontológica del cambio y su necesidad, el propósito último de la transformación social, y sobre todo, la razón de ser de la izquierda.

Asumir la transformación, el cambio, fijar su viabilidad desde un proyecto propio, renovador; asumir la democracia como idea también de justicia, transformar la de-

mocracia en una idea revolucionaria, para descubrir la derecha estratificada como enemiga del cambio. Y por lo tanto, de la democracia.

Estamos ahora viviendo otra etapa de la revolución. Habrá otras, pero esta es una etapa, creativa y dinámica, como las anteriores. Etapas diferentes, cada una con su propio peso, su propio perfil, sus propias características. La revolución permanente, la revolución cremiva, que no se queda sentada en la vera del camino, encorsetada en las ortodoxias -el peor de los aparatos ortopédicos- ni rumiando en la soledad sus nostalgias. Si me preguntan por las alianzas, como revolucionario dispuesto siempre a ser audaz y creativo, en tanto se es dueño de mayores experiencias, y se ha probado el triunfo y el fracaso de las experiencias, que son parte del caudal infinito de la revolución.

El continente verá grandes cosas en el siglo venidero. Nuevas hazañas serán cumplidas. Los sueños posibles, porque sabremos organizarlos y hacerlos reales. Se trata de aceptar los desafíos, o de provocarlos. Dejemos que los muertos entierren a sus muertos. La vida, que es renovación, apenas empieza.

No habrá para muchos países latinoamericanos posibilidades de independencia económica real, y progreso social, sin cambios semejantes. Las estructuras feudales en la propiedad de la tierra y la represión social siguen dominando gran parte del continente americano. Esas estructuras tendrán que romperse, tarde o temprano, como en Nicaragua, para que exista el futuro.

Hoy, más que nunca, debemos ensayar nuestras propias formas de pensamiento y acción, para ser capaces de construir nuestros propios modelos y buscar nuestra propia identidad. Sólo así seremos capaces de dejar de un lado el pesimismo de la historia. Los sueños que nunca cesan. La libertad creadora que no tiene límites. El mundo, que siempre debe ser cambiado. La esperanza que no termina. La historia que apenas empieza. La Ciudad del Sol vista a lo lejos, entre deslumbres de oro, bajo el nicaragüense sol de encendidos oros. La utopía.

Manuel Rojas Bolaños

Investigador de FLACSO, sede Costa Rica.

1. El fenómeno que mejor refleja el momento político de América Latina es, a mi juicio, la tensión existente entre los procesos democráticos para la elección de gobernantes, que se han extendido a casi todos los países de la región, y los escenarios de ingobernabilidad que parecen dibujarse en buena parte de ellos. En la medida en que los gobiernos electos democráticamente se suceden sin corresponder a las esperanzas puestas sobre ellos, dos tipos de reacciones son

esperables: en primer lugar, un crecimiento de los sectores sociales que se quedan al margen de los procesos electorales o que continúan participando en ellos como en una especie de ritual cuyo sentido no interesa discernir. En segundo lugar, una multiplicación de los estallidos sociales sin norte.

2. El panorama, sin embargo, es sumamente complicado porque los programas de ajuste macroeconómico y las aperturas comerciales constriñen la acción pública y remiten las soluciones de los problemas sociales al ámbito de lo privado. En sociedades como las centroamericanas, con porcentajes de pobreza que -con excepción de Costa Rica- superan el 70% de la población, los programas macroeconómicos con sus exigencias de reducción de la acción estatal, difícilmente van a provocar a corto plazo un mejoramiento de la situación de las grandes mayorías empobrecidas, que necesitan de servicios de salud, educación y bienestar social, de mejor calidad y mayor cobertura. En ese sentido, el panorama en las próximas dos décadas no parece ser muy prometedor.

3. Pero ¿cuál puede ser la salida? El espacio para las utopías se ha achicado: a lo sumo lo que queda es un limitado espacio para las reformas sociales y políticas. El socialismo, en sus variantes comunista y social demócrata parece haber fracasado históricamente, y hay una crisis del pensamiento de izquierda que es necesario asumir. No se puede seguir pensando el presente desde la añoranza del pasado. Ciertamente, la carencia de marcos articulados de pensamiento es una carencia, pero también es una ventaja, porque han desaparecido las limitaciones que impedían pensar libremente la realidad latinoamericana. Es necesario aprovechar los espacios democráticos que se han abierto, para cuestionar las acciones gubernamentales y lanzar interrogantes sobre el rumbo que parecen tomar estas sociedades. No obstante, no es posible quedarse solamente en ámbito de la crítica; es necesario ayudar a los sectores sociales que estén sufriendo con mayor intensidad los efectos de los cambios que se están realizando, a plantear acciones viables para la solución de problemas concretos, tanto en el campo de la política pública como en el de las relaciones con otros sectores dentro de la sociedad civil. Ese es el reto de los intelectuales latinoamericanos: mantener y desarrollar una postura crítica frente a lo que sucede, pero también ayudar a abrir caminos en la búsqueda de soluciones a los problemas que afectan a las grandes mayorías del continente.

Gert Rosenthal

Secretario Ejecutivo de la CEPAL, Santiago de Chile.

¿Cuál será el panorama de América Latina al cabo de las dos primeras décadas del próximo siglo? Es cierto que muchos observadores ilustrados se debaten entre predicciones extremas: o consideran que los países de la región serán los nuevos «tigres» (o «jaguales») en el mundo o los colocan al borde del abismo. Dos cosas influyen en esta actitud un tanto esquizofrénica: en primer lugar, algunos analistas se dejan llevar por la coyuntura, de manera que cuando surge una crisis en la región se tiende a generalizar en torno a signos que son ciertamente preocupantes, pero no necesariamente universales ni permanentes; en segundo término, la región es lo suficientemente diversa como para aportar «pruebas» a favor de una u otra tesis, ya que algunos países les va mejor (o peor) que a otros, y cada país experimenta avances y retrocesos, en una trayectoria a veces accidentada. Con todo, los trascendentales cambios producidos en la región en la última década -con diferencias de grado y de intensidad entre un país y otro- marcan una trayectoria en general positiva, que permite hablar en términos alentadores sobre el panorama de la región hacia, digamos, el año 2010. Desde luego, la incertidumbre es un rasgo que forma parte de nuestros tiempos; tanto en el ordenamiento económico como en el político-social, y de ahí que cualquier pronóstico sea aventurado. No obstante, se pueden detectar al menos ocho fenómenos que justifican una visión alentadora.

En primer lugar, la calidad de la gestión macroeconómica ha mejorado considerablemente. Todavía hay un amplio debate sobre el contenido y el alcance del paradigma en boga -cuyos rasgos básicos son bien conocidos y sobre sus consecuencias, sobre todo en materia distributiva. Sin embargo, es innegable que el conjunto de medidas adoptadas ha contribuido a que la mayoría de las economías de la región se desenvuelvan hoy sobre nuevas bases. Seguramente habrá afinamientos y acomodos permanentes, pero es razonable pensar que éstos tenderán a mejorar la calidad de la gestión y no a empañar la estabilidad y coherencia que actualmente se ha convertido en uno de los sellos de «buena conducta» en la carrera por mercados y capitales.

En segundo término, el proceso de aprendizaje a nivel microeconómico a que condujo el cambio de orientación en la gestión macroeconómica tiende a asimilarse. Numerosas empresas han logrado ganar competitividad internacional y paulatinamente se asienta una cultura empresarial entre los distintos grupos del sector privado que se habían habituado durante décadas a vivir de actividades de rentistas.

En tercer lugar, la reciente ratificación de la Ronda Uruguay, que si bien dista mucho todavía de satisfacer las expectativas de los países de la región, por lo menos

mantiene viva la esperanza de un régimen comercial internacional que sea más abierto y transparente y brinde además mayor cobertura que anual a los productos agrícolas.

Ello se combina, como cuarto factor, con la reciente tendencia hacia una mayor interdependencia económica y comercial entre los países de la región, sobre la base de múltiples compromisos integradores. Si bien los nuevos acuerdos de integración se perciben como complementos -y no como alternativas- para mejorar la inserción de los países latinoamericanos en la economía internacional, de todas maneras el comercio recíproco ha experimentado un crecimiento sumamente dinámico: la relación entre las exportaciones intrarregionales y las exportaciones totales pasó de 14% a casi 20% entre 1990 y 1993. Es razonable pensar que esta tendencia se mantendrá e incluso se intensificará.

En quinto lugar, a pesar de que la crisis de la deuda externa de los años 80 no está del todo superada al menos en una decena de países, la región ha logrado acceder de nuevo a los mercados voluntarios de capital. En 1993 se produjo un ingreso neto de capitales del orden de los 60.000 millones de dólares, basado en colocaciones de bonos, valores e inversión extranjera directa. Si esos capitales se aprovechan bien, facilitarán la expansión de la capacidad productiva.

En sexto lugar, después de años de lamentaciones sobre lo inadecuado que resultaban los sistemas educativos de la región tanto para las necesidades de la transformación productiva como para la ciudadanía moderna, al fin se están llevando a cabo importantes reformas educativas en numerosos países. Los resultados tomarán algún tiempo en dejarse sentir, pero si se avanza en la trayectoria trazada, la región se estará acercando al cumplimiento de sus objetivos de modernización y de mayor equidad.

En séptimo lugar, si bien los rezagos sociales constituyen hoy la principal lacra de la región, y los índices de pobreza tendieron a crecer en el decenio de los 80, en los últimos años se han revertido las tendencias y de nuevo se registran algunas mejoras en la situación en materia de pobreza y en la distribución del ingreso. Tal avance es producto de una reactivación económica (con la consiguiente generación de puestos de trabajo), una creciente estabilidad de precios, el aumento y la mejor asignación del gasto público, tasas de crecimiento demográfico descendientes y otras políticas distributivas. Hay creciente conciencia sobre la gravedad del tema, por lo que es lógico suponer que se le continuará otorgando prioridad.

Finalmente, la democracia se está consolidando en la región y, poco a poco, se asienta una cultura democrática. Los mecanismos colectivos de defensa de la misma, y en particular el Grupo de Río, han resultado eficaces y la existencia de sistemas políticos pluralistas y participativos prácticamente se ha convertido en requisito previo para participar exitosamente en la economía global.

En síntesis, si bien el futuro depara dificultades e incluso retrocesos eventuales, en general hay bases sólidas para afirmar que el panorama en unos 15 o 20 años será más favorable que el actual, medido en términos de bienestar material, equidad, democracia y el sitio que la región ocupa en el mundo.

Luis Salamanca

Director adjunto del Instituto de Estudios Políticos Universidad Central de Venezuela.

1. Uno de los fenómenos de actualidad y que estará entre nosotros en el futuro (y de muchas maneras, para siempre) son las grandes tendencias que obligan a buscar un nuevo modo de vida, a construir un conjunto de referencias que permitan transitar de un modelo de modernización que se ha quedado entrapado en el tiempo, desfasado del dinamismo científico-tecnológico que caracteriza al mundo de hoy, a otro modo de vida que pasa por una profunda revalorización de la función económica mediante la búsqueda de un modelo productivo competitivo; por la ampliación de la ciudadanía limitada que prevalece en el continente y por el avance hacia una cultura política cívica. América Latina está obligada a no quedarse atrás en esta lucha feroz que es la economía mundial, pero también está obligada a rediseñarse internamente para incorporar su población al bienestar. Nuestro continente no puede condenarse a deambular por las callejas del progreso de otros, perpleja ante lo que acontece, resistiendo absurdamente a transformaciones que sacuden el equilibrio de poder económico mundial.

Pero el desafío de América Latina es aún mayor. Ese nuevo modo de vida que debe conseguir rápidamente, no puede ser una vuelta en el tiempo a modelos que creímos superados. No puede ser un nuevo modo de ser pobres, como en realidad es lo ocurriendo. Si algo caracteriza el actual momento social latinoamericano, es algo así como una vuelta a la agenda social de los años 20 y 30, expresada en la reinstalación de una pobreza de la cual habíamos logrado escapar parcialmente.

En efecto, los bajos niveles de consumo, la nueva exclusión del sistema educativo, la incapacidad de la economía formal para alojar a casi la mitad de la población, la crisis de nuestros sistemas de seguridad social, entre otros indicadores, han configurado una nueva situación de exclusión social parecida a la que prevalecía en nuestro continente en la primera mitad del siglo, y que llevó a la aparición de nuestros primeros movimientos sociales modernizadores, de los cuales surgieron los

partidos políticos populistas, que han predominado hasta hace poco y se encuentran hoy en crisis.

¿Qué ha ocurrido en nuestros procesos sociopolíticos, que en lugar de empujarnos hacia adelante nos empujan hacia atrás? ¿Por qué este Sísifo social? ¿Por qué esta vuelta a la vieja cuestión social latinoamericana? La respuesta no es nada sencilla, pero en ella hay un elemento que destaca en forma notoria.

Los problemas de conducción política son claves en países en los cuales la modernización se plantea como un proyecto político a ser realizado por elites emergentes, en el marco de una sociedad atrasada y con escasa capacidad de desarrollo por sí misma. Este es el caso latinoamericano. Ello marca una gran diferencia con aquellos países en los que los grupos políticos se consiguen con una realidad modernizada o en vías de modernizarse que es asumida por el Estado y el sector político, como su proyecto. Este es el caso de los países avanzados.

En América Latina la modernización fue un proyecto político, no una realidad con la que se encontraron los movimientos reformistas y revolucionarios de los años 30 en adelante. Aquí había que crearlo todo, o casi todo. El dinamismo societal no era suficiente para generar un producto interno que permitiera sacar a nuestros países del atraso. Dicho en un lenguaje de actualidad, la sociedad civil latinoamericana no tenía la suficiente consistencia para servir de motor interno al proceso de modernización, razón por la cual la sociedad política tuvo que hacerse cargo. Lo que hace crisis en esta época de nuestra historia es el paradigma con el cual se emprendió la tarea de la modernización. La concepción con la que se implementó, los valores sociales e individuales a los que dio lugar, los procedimientos institucionales para la implementación y con ello los actores sociopolíticos que han conducido la vida latinoamericana desde los años 30.

Un segundo elemento característico de la etapa actual lo constituye la crisis y paulatina disolución del paradigma que organizó la vida social y política latinoamericana, que arrastra consigo el modelo de Estado y de partido político que ha predominado hasta la década de los 80. Especialmente visible es el deterioro del tipo de partido con el que intelbamos nuestra primera incursión en la modernidad. Ellos se han agotado y se encuentran profundamente afectados en su vigencia, cuando no virtualmente barridos de la escena. La aparición de nuevas opciones políticas en América Latina constituye la consecuencia de ese proceso de crisis general del modo de vida, que implica la crisis del modo de hacer política a la manera tradicional. En diversos lugares del continente puede observarse cómo opera esta tenden-

cia. Realmente sintomático de este proceso es la virtual desaparición del Apra en el Perú (modelo de partido latinoamericano) y el copamiento de la escena política peruana por nuevas opciones que han borrado el mapa de la política tradicional en ese país; los desafíos que en los últimos años le han surgido al PRI mexicano, que han puesto sobre el tapete el problema de su vigencia como para seguir conduciendo el país; el nuevo sistema de partidos menos fragmentado y más estable que busca constituirse desde hace varios años en el Brasil; la crisis venezolana de partidos, manifestada en la derrota del bipartidismo conformado por AD y Copei, la aparición de una competencia electoral fuerte y un desafío hegemónico por el lado de La Causa Radical y por la conformación de nuevas agrupaciones políticas como Factor Democrático.

2. En relación a las perspectivas de América Latina, pareciera que el continente tiene por delante un largo camino que recorrer para encontrar un nuevo paradigma de vida y organización política. De no consolidarse los cambios políticos e institucionales que están en curso en diversos países en este momento, el futuro latinoamericano puede ser el de un deterioro crónico, un persistente «empantanamiento» sociopolítico, marco ideal para la violencia, la inestabilidad y la ingobemabilidad permanentes. El que ello no ocurra así depende fuertemente de la definitiva aparición de nuevas fórmulas políticas que asuman la reconstrucción del continente, con perspectivas adecuadas a los desafíos mundiales. Bajo la égida de los partidos tradicionales, guiados por un Estado-dinosaurio, sin un modelo económico claro y con una ciudadanía retraída en sus espacios privados, es poco lo que América Latina puede lograr.

3. El intelectual de los últimos tiempos ha estado casi totalmente concentrado en su trabajo creativo. El espacio del intelectual ha venido siendo llenado por el consultor. Los asuntos sociopolíticos no parecen interesarle como temática creativa. Es cierto que el primer compromiso del intelectual es con su obra. Pero también es cierto que esta etapa de nuestra vida continental reclama su papel esclarecedor, especialmente en tiempos en que los grandes tótems ideológicos han desaparecido y no parece posible sustituirlos por unos nuevos. La transición histórica que vivimos reclama el intelectual de esta gran transformación latinoamericana. El intelectual de los nuevos paradigmas. Su lejanía de los procesos políticos ha sido intensa debido quizás a que sufre igualmente el desencanto que el resto de la sociedad latinoamericana sufre respecto de la política. Quizás el relanzamiento del intelectual esté ligado a la recuperación de la política como instrumento de transformación.

Heinz R. Sonntag

Director del CENDES. Universidad Central de Venezuela. Caracas.

1. Desde hace bastante más de una década vengo sosteniendo que el fenómeno más destacado de la región latinoamericana y caribefia es la *transición* en la que se encuentra. Ello sigue siendo válido.

A mediados de los años 70 empezó a entrar en crisis el modelo económico de desarrollo que había sido identificado con el pensamiento de la CEPAL. Ya antes se habían resquebrajado, en algunas sociedades más temprano y con consecuencias más desastrosas que en otras, las coaliciones de fuerzas sociales que habían hecho posible el dinamismo del modelo en los decenios de los 50 y de los 60, poniendo especialmente en entredicho el «*Estado de compromiso nacional-popular*» (Portantiero) que había sido uno de los factores más importantes de dicho dinamismo y ciertamente el marco sociopolítico y socio-institucional adecuado para el funcionamiento de las coaliciones. Esta crisis se entrelazó, a partir de comienzos de los 80, con la del endeudamiento externo, lo que dio inicio a la «*década perdida*». Sus efectos devastadores sobre la situación social de la región son bastante conocidos. Uno de los aspectos hasta cierto punto sorprendentes es que, pese a ellos, se inició en la misma década un proceso de redemocratización y profundización de la democracia, como consecuencia del fracaso, por un lado, de los regímenes burocrático-autoritarios y, por el otro, del surgimiento de nuevos actores colectivos que buscaban marcos sociopolíticos y socio-institucionales de acción más acordes con las exigencias que los intentos de resolver la crisis implicaban, desde el punto de vista de las políticas económicas puestas en marcha. Una de las causas de la pérdida de vigencia del modelo cepalino es el proceso de transformación que experimenta el sistema global en el mismo período, resultado de la aceleración tanto de su mundialización productiva como del avance científico-técnico. Quiero decir que la transición de América Latina y el Caribe es parte de una transición del capiwlismo a nivel mundial. La característica más destacada de ella es el hecho de que sabemos de dónde venimos, mas no dónde vamos. Efectivamente, las perspectivas del futuro no permiten ningún tipo de seguridad, están impregnadas por la incertidumbre. Se han ensayado medidas a corto y mediano plazo, con claras intenciones para el largo plazo, que hasta ahora no han desembocado en el reordenamiento del sistema como un todo. Las más conocidas se inscribieron en esa curiosa mezcla de neoclasicismo económico, y neoconservadurismo político que, por razones más de comodidad que de precisión conceptual, nos hemos acostumbrado a llamar *neoliberalismo*. En este momento

parecemos estar de vuelta de políticas y planteamientos (neo o post) keynesianos en los países del Norte y (neo) desarrollistas o (neo) estructuralismos en los del Sur. Pienso que esta situación de incertidumbre persistirá, en términos generales y con las dinámicas que le son propias, por lo menos unos 25 años más. No hay ninguna garantía que la salida de ella implique algún tipo de «progreso» para la humanidad en general y los pueblos, esto es: las mayorías de América Latina y el Caribe en particular, «progreso» en cuya inevitabilidad creen hoy día sólo los que lo ven alcanzado en la utopía del mercado o los que sueñan trasnochados con algún tipo de «revolución» a la vuelta de la esquina. Pienso, con Immanuel Wallerstein, que hoy más que nunca el futuro depende de la *elección* de los actores colectivos entre las opciones a corto, mediano y largo plazo y sus múltiples combinaciones.

2. Por lo anterior, no me inscribo entre los que se adhieren a perspectivas utópicas ni entre los que predicen el desastre. Estoy convencido de la necesidad de la utopía porque sin ella el ser humano en la historia no es, para parafrasear a Carlos Fuentes, sino un pedazo de leña. Pero la utopía se diseñará hoy y en el futuro cercano en un esfuerzo compartido entre las fuerzas sociales por construir *proyectos colectivos*.

Ahora bien, pueden indicarse algunos hechos que estarán presentes, siempre en el contexto general planteado. Pienso que el mercado jugará un papel más destacado que en décadas anteriores en el ordenamiento y funcionamiento no sólo de nuestras economías sino también de nuestras sociedades. No habrá a mediano plazo un modelo de desarrollo que permita tomar la senda del *crecimiento con equidad*. Se seguirá más bien experimentando con diferentes fórmulas de política económica, sufriendo la comúnmente llamada neoliberal y las embestidas de diversas heterodoxias. Con los adelantos en los procesos de integración regional y todo, no habrá un cambio sustantivo en la ubicación estructural de la región en la periferia y semiperiferia del capitalismo. Persistirá la exclusión de vastos segmentos de nuestros pueblos y coexistirá con el diseño y la puesta en marcha de novedosos mecanismos de integración social. Continuarán la tensión y la lucha entre la homogeneización y la heterogeneidad socioculturales, logrando tal vez esta última algunos avances hacia la pluralidad, primero por la vitalidad de las identidades (nuevas y viejas) de actores colectivos y segundo por las facilidades que las tecnologías informáticas y comunicacionales les brindan a su expresión e intercambio. Se mantendrá en general el régimen democrático del Estado, pese al desencanto de muchos ciudadanos con él ya tendencias autoritarias siempre presentes, y los procesos de reforma del Estado avanzarán aunque no esté claro cómo se compatibilizarán allí los objetivos democráticos y tecnocráticos (el cual

depende grandemente del contenido de las orientaciones en la política económica y social).

En breve, se dará una difícil y compleja marcha para retomar el sendero hacia una *modernidad propia*.

Siempre es complicado analizar la colocación de los intelectuales en los procesos históricos de la realidad: al fin y al cabo, estamos hablando de nosotros mismos, lo cual nos encanta pero también nos da pena. Siendo las cosas así, me limitaré a señalar un desafío y un peligro. El peligro es evidentemente, en particular para los intelectuales insertos en las ciencias sociales, la *ingeniería social*. Muchos podrán sentirse atraídos por la tentación de participar, ya sea desde el poder del gobierno o desde el poder de los movimientos antisistémicos, en la construcción y el manejo de dispositivos que permiltan de alguna manera la marcha de la sociedad o su transformación más o menos radical. Esto sería un vanguardismo que no se diferenciaría mayormente ni del de los populismos ni del de los partidos comunistas (si es que hubo alguna diferencia entre los dos).

El reto es, no menos obviamente, la participación en los procesos sociales en marcha, a través de lo que es realmente propio de los intelectuales, esto es: la creación de conocimientos, su difusión y, sobre todo, la reformulación de las preguntas y de los temas para que no nos suceda lo que señalaba un lema del movimiento de protesta del 68: «Cuando creíamos tener todas las respuestas descubrimos que nos habían cambiado las preguntas.» Es de perogrullo decir que vivimos en tiempos de rápidos cambios y transformaciones. Los intelectuales estamos sometidos a ellos, mas tenemos la obligación de intentar comprenderlos, conceptualizarlos y mostrar los diferentes rumbos que puedan tomar. Esto implica que nuestras prácticas, tanto las propiamente intelectuales como las otras en las que nos involucramos, tienen que estar impregnadas por nuestras dudas y por nuestro compromiso con la crítica.

Pero la tensión entre ese peligro y este desafío demarca, en definitiva, el espacio social y vital de nuestra -siempre cuestionada (y a veces autocuestionada)- existencia.

Bernardo Subercaseaux S.

Director de la Escuela de Postgrado de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago.

1. El rol del mercado como principal agente de cambio económico, social, cultural y político. Fenómeno que ha convertido a la política en una especie de técnica de construcción de imagen, a la sociedad en una suma heterogénea de consumidores, a la economía (de mercado) en el núcleo paradigmático del saber y del hacer contemporáneo y a la cultura en un campo en que la cultura de masas y el audiovisual copan el horizonte (pomo decir el mercado). Como se ve, nada muy diferente de lo que ocurre en el resto del mundo.

2. La historia de América Latina en este siglo -en contradanza con la subjetividad- nos muestra un campo zigzagueante e impredecible, con desplazamientos pendulares que transitan entre las utopías y el desencanto, entre la certidumbre y la perplejidad. Estos desplazamientos del péndulo tienen siempre un referente histórico concreto. Por ejemplo el desencanto y el lamento actual por la carencia de utopías no es atribuible al pensamiento cristiano, sino que tiene como referente a un actor histórico muy preciso: la tradición laica y de izquierda (a la que probablemente pertenecen la mayor parte de los encuestados por *Nueva Sociedad*).

¿Qué nos espera en el siglo XXI? ¿Conquistaremos nuevos mundos y será acaso el mundo conocido sólo una provincia de un mundo mayor? ¿La realidad virtual será acaso el día de mañana una realidad cotidiana? ¿Podremos vivir en Europa, en EEUU o en la luna aunque realmente vivamos en una megaciudad latinoamericana? ¿Qué pasará en EEUU, donde hay una urbe como Los Angeles en que hay casi más mexicanos que en Guadalajara? ¿O en una ciudad como en Miami donde hay casi más cubanos que en La Habana? ¿Qué pasará con esa heterogeneidad que está explotando en el arte y en la sociedad norteamericana cuando pase del mundo civil al Estado? ¿Cómo se conjugará el multiculturalismo con la modernización global? ¿Hacia dónde se desplazará el péndulo en las primeras décadas del próximo siglo? ¿Cuáles serán nuestros dioses?

Cualquiera que sea el resultado de estas interrogantes, se puede eso sí tomar cierta distancia, y señalar que las utopías de los 60 en América Latina tenían, aun cuando sus certidumbres resultaran a la postre equivocadas, una cierta aura que no se encuentra en las modas intelectuales en uso, en aquellas que Baudrillard llama «utopías profilácticas» al estilo de la preocupación por el índice de colesterol. Tampoco se encuentra esa aura en la desperfilada utopía de la modernización ni menos en los indicios de la que es tal vez la más mediocre de las utopías, o por lo menos para no ofender a nadie, la que tiene menos sentido colectivo: la utopía del yo autosuficiente.

3. Percibo fundamentalmente dos tipos de intelectuales en el contexto actual de América Latina: los tecnócratas y los intelectuales críticos. Los tecnócratas son aquellos que se rigen por la racionalidad administrativa y que necesitan el poder para llevar a cabo su tarea. El tecnócrata tiene un compromiso con lo que es, con la articulación de consensos para ir transformando lo que es desde su propio curso; el intelectual crítico en cambio no tiene ese compromiso y se interesa más bien por la creación de alternativas, de posibilidades de la realidad distintas (y a veces diametralmente distintas) a las existentes. Uno deambula por el reino de la «real política» y del conformismo mientras el otro se mueve en el terreno del inconformismo, del riesgo y de la reflexión independiente y crítica. Ambas modalidades son necesarias. Hoy día tal vez vivimos un proceso en que huestes de intelectuales del segundo tipo se han (re)convertido en intelectuales del primer tipo. Sería deseable volver a un mayor equilibrio y fomentar la presencia del pensamiento crítico, creativo e independiente. A fin de cuentas, como decía San Juan de la Cruz: «para llegar al punto que no conoces debes tomar el camino que no conoces».

Judith Sutz

Coordinadora de la Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República Oriental del Uruguay, Montevideo.

1. No puedo alejar de mi memoria, desde hace ya tres o cuatro años, una frase de Carlos Fuentes: «América Latina está sola: el continente no ha sido invitado al banquete del futuro».

Algunos compartirán esa rotunda sensación, eligiendo a partir de su experiencia directa los indicios que le construyen; otros la desmentirán enfáticamente, confortados por indicadores que reflejan pedazos de realidad que van justo en sentido contrario.

Pero más allá de identificaciones y rechazos, esa frase habla de un fenómeno que me parece uno de los más impactantes a todo nivel en América Latina: ¿no habremos sido invitados al banquete del futuro?

Todos sabemos, más o menos, de qué estamos hablando. Y por eso mismo, sabemos que son decenas de millones los latinoamericanos para los cuales no hay, desde hace mucho, banquete ni convite. Pero creo que la pregunta apunta a algo más, digámoslo así, civilizatorio. Ella implica la posibilidad de una suerte de «margina-

ción cultural», de incapacidad, crecientemente irreversible, para prender motores con real capacidad de movilización.

Esto tiene que ver con el cambio como signo de estos tiempos, y con una de las formas más extremas del cambio: aquel que sustituye sistemáticamente lo natural por lo construido. En un mundo de realidades virtuales, de genes modificados, de materiales artificiales, donde las inversiones dedicadas a que todo cambie a velocidades de vértigo son inmensas: ¿a qué está apostando América Latina? ¿Será una burda exageración afirmar que está gastando su portentosa riqueza natural en comprar para unos pocos la invitación al banquete construido por otros?

Quizás esto no tenga mucho -tal vez nada- de nuevo en sí mismo, salvo por la sensación de urgencia. Y de soledad. Llevando el argumento deliberadamente al absurdo (pero no tanto): ¿qué nos pasará si no somos capaces de inventar formas de cambiar lo que hacemos y cómo lo hacemos y un buen día nos encontramos solos, es decir, resultamos prescindibles? Tenemos espejos -en el pasado y en el presente- donde mirar este otro futuro. Que no parezca tan lejano es el fenómeno del que intenté hablar en este primer interrogante.

2. No me parece posible hablar de América Latina en el contexto de una pregunta ubicada en el 2020. Un economista argentino comentaba recientemente que, en contraste con las décadas del 50 al 70, donde las lógicas productivas de la región eran más o menos homogéneas, la crisis de los 80 había dejado la impronta de una profunda diferenciación. Algunos -y este término se refiere a empresas, regiones, países- están al nivel de las mejores prácticas productivas mundiales: si pueden seguir articulándose «virtualmente» con sus pares internacionales, podrán festejar en el 2020. (Todo esto sin contar el narcotráfico, que probablemente siga festejando en esa fecha).

El punto, para calibrar la viabilidad del escenario de catástrofe, es la elasticidad de la desesperación de los otros -empresas, regiones, países, gente- si un proceso de real modernización solidaria no tiene lugar (quedo en deuda con la explicitación del concepto).

¿De dónde vendrán, como dice una canción uruguaya, «sangre y coraje» para reconstruir semejante utopía? Llegamos así a la tercera y última pregunta.

3. A riesgo de sercríptica (amén de desbarrar), quisiera dar una respuesta breve y directa al interrogante formulado: el desafío de los intelectuales latinoamericanos dentro de nuestras sociedades es «pasarla antorcha». ¿Qué entiendo por eso?

-Un intelectual vive en comunicación; todo lo que hace a su condición de tal es en tanto se comunica. Eso lo ubica en una posición muy privilegiada para dialogar de las más diversas formas con la gente y, muy especialmente, con los jóvenes.

-Los jóvenes, los niños, esos que importan para pensar el 2020, viven en una sociedad donde los sentidos de pertenencia o bien se han debilitado, o bien en mucho han cambiado de naturaleza. En particular, la responsabilidad por el futuro, salvo y excepcionalmente a través de la preocupación medioambiental, ya no es un signo de identidad.

-Lo que ya no se da espontáneamente, por ósmosis, naturalmente a través de la aceptación, la contestación y la reinención de las identidades colectivas referidas al futuro presentes en la sociedad, habría, quizás, que construirlo. A eso me refiero por «pasar la antorcha». Como intelectuales, comunicar, desde todos los ángulos imaginables que, como decía Lewis Mumford, la tendencia no es destino, que tiene que haber formas de ser responsables de lo que nos advendrá, que si las que conocemos nos hacen huir de ellas, hay que inventar, que se puede inventar, que vale la pena hacerlo. Y, si nos animamos, comunicar también, aunque no más fuera como hipótesis de trabajo, que quizás haya más de un banquete del futuro, y que en alguno América Latina, luego de prepararlo, pueda dignamente sentarse a su mesa.

Carlos Toranzo

Coordinador del área política y económico-social, ILDIS-Bolivia, La Paz.

1. Perplejidad, asombro, desmayo, desgano, desmoralización; son éstos los signos que marcan más nítidamente los últimos tiempos; ésta no sólo es una definición política, sino una sensación humana que se siente en el ambiente. Es eso lo que se percibe, en especial en todos quienes cerraban los ojos y esperaban un mundo mejor.

Hoy ya nada es igual, las utopías parecen haberse evaporado; los sueños se alejaron, el deseo de cambiar la sociedad ya no existe. Con el derrumbe de los muros se vino abajo, sedio contra el sucio el sueño de muchos. Junto al desencanto del estatismo, del nacionalismo revolucionario o del populismo, vino también una época de pragmatismo político, de credibilidad absoluta en el mercado y sus bondades.

Más aún, el pragmatismo condujo a muchos a la insensibilidad y dio pretexto a otros para caer en la corrupción.

Si es cierto que se volatilizaron muchos sueños, de modo positivo podemos decir también que se fueron, que se evaporaron demasiados dogmas que nos mutilaron la vidas. Por suerte las teleologías ya no guían nuestras vidas. Pero sí es sano que ya no vivamos motivados por los viejos dogmas, pensamos que no es correcto que un dogma sustituya a otro. Si en una época fue insana la credibilidad absoluta en el mercado, igualmente equívoca es la posición de quemar incienso cotidianamente en favor del mercado.

Pero, y este pero es grande, en América Latina ya no nos atormentan las dictaduras militares: hemos aprendido a vivir y a valorar la democracia, estamos aprendiendo a respirar la libertad política. Unos han recuperado la democracia; otros la han profundizado; algunos, como nosotros los bolivianos, hemos aprendido a conocerla. De modo general quizás estemos entrando a reconocer la democracia como un valor en sí mismo, sin ponerle ningún adjetivo calificativo.

Sin embargo, las bondades de la democracia implican la ciudadanización de la sociedad, y con ella su atomización. En efecto, se están diluyendo los viejos tejidos de solidaridad que amalgamaban la sociedad, por ello quizás es preciso afirmar el yo individual de los sujetos pero, simultáneamente, es imprescindible crear y recrear espacios, abrir esferas públicas para que también exista el yo colectivo, para que junto al individualismo también se despliegue la solidaridad.

2. América Latina está cada vez más desconectada de la economía mundial. Nuestra marginalización se acrecienta mientras el mundo, y en especial los países desarrollados, se agrupa en bloques. Todavía no acertamos a unimos, a conformar un grupo o a integramos para subsistir; sin hacerla nuestro futuro será cada vez más difícil y más reducida nuestra viabilidad.

Pero no basta tener unión entre naciones latinoamericanas si todavía dentro de cada país estamos demasiado separados. Precisamos romper la falta de integración social interna que nos resta posibilidades para existir con dignidad; sólo de ese modo podremos fortalecernos como naciones y crear oxígeno para que todos podamos respirar, pues hasta hoy los más estamos asfixiados.

La democracia convirtió en ciudadanos a los sujetos, nos dio y amplió los derechos políticos, pero todavía la mayoría de las personas no poseen ciudadanía económica, las más aún no tienen derecho a una buena educación, salud, vivienda, agua

potable. Hace siglos que siguen esperando tener lo mínimo para vivir con decoro, pero todavía la pobreza los atormenta; esta última es seguramente la mensajera de la violencia futura, es en ella donde se concentra la asimetría social y política; también en ella abrevia la posibilidad de desestabilización de la democracia. No todas ni cada una de las violencias conduce a un mundo mejor, por ello es mejor evitarla, pero para hacerla precisamos vencer la pobreza; éste debe ser un esfuerzo de todos para conseguir viabilidad nacional. Esto es tan válido en la pequeña Bolivia como en el inmenso Brasil.

3. El intelectual para ser tal precisa ser independiente. En los últimos tiempos la mayoría de ellos han caído en brazos del pragmatismo, han sido cooptados por el poder; por ello, su voz crítica se ha acallado un poco y su reclamo se ha mitigado en exceso. No es preciso que vivan en pobreza franciscana, es necesario recuperen el placer y el hedonismo de la vida cotidiana. Pero simultáneamente, es necesario que nos ayuden a pensar, a imaginar nuevas utopías viables, sueños que rescaten lo cotidiano y sueños que podamos arañar en el curso de nuestra vida.

Precisamos cada vez más de nuestros intelectuales para que rompan el silencio y ayuden a recordar que es necesario fusionar lo ético con lo político; los requerimos para que pongan su esfuerzo para analizar qué ha sustituido a los viejos dogmas, para que nos ayuden a imaginar una sociedad donde la diversidad sea posible y donde el respeto mutuo sea la norma de la convivencia cotidiana.

Edelberto Torres-Rivas

Profesor de la Universidad de Costa Rica.

1. Aún nos sorprende la calidad y la frecuencia de las paradojas que en el terreno de la cultura política han terminado por minar todas las posibles certezas. ¿O son ironías de la historia? No es un fenómeno en exclusiva, latinoamericano, pero nos corresponde reaccionar aquí, porque corresponde al momento que atraviesa la región. Son numerosos los fenómenos que conforman esta cultura política que ahora pareciera caminar de cabeza. Es el nacionalismo mexicano, inspirador de luchas anti-imperialistas, el que ahora promueve el asocio con EEUU. Es el mayor movimiento obrero de la región, el peronismo, el que desde la política, aplica con señalado éxito económico la mayor revolución conservadora, que le perjudica directamente. Ahora, es la política exterior norteamericana la que más presiona sobre los militares centroamericanos para que termine la impunidad de sus crímenes y para que disminuya su papel político. Con cartas de presentación de dudosa credibilidad, es la derecha latinoamericana la encargada ahora de consolidar los procesos democráticos. ¿Dónde quedan, entonces, las luchas de la

izquierda, para hacerlo? Así las cosas, este desorden de ideas y proyectos es lo que mejor refleja la actual situación latinoamericana.

2. La voluntad utópica está seriamente debilitada. No así la posibilidad de soñar. Ninguna sociedad puede renunciar al derecho a imaginar un futuro mejor, pero cualquier predicción está fundada en la creencia de que ese futuro se apoya en un mundo donde no puede suceder nada nuevo. De continuar las tendencias actuales, se acentuarán más las diferencias inter e intra nacionales. Marginalización social y nacional; iriformalización de una enorme periferia, mo.demidad cosmopolita para un pequeño centro a lo largo de América Latina. La desobediencia social no caminará a través de estrategias revolucionarias sino de revueltas anómicas, breves y sangrientas Ello, porque quienes planearon la revolución fueron intelectuales de clase media, que estarán en otro afán. El hambre y el desamparo sólo producen criminalidad y apatía. Nunca, ningún esclavo liberó a otro esclavo. El cambio vendrá impuesto desde afuera. La subversión finalmente vendrá de EEUU.

3. Con el advenimiento del individualismo exitoso y de la sobrevaloración del conocimiento técnico, están sembradas las semillas del oscurantismo, o sea la explotación del prejuicio y de la ignorancia de masas. En este clima, el intelectual que ahora valoramos no tendrá ni siquiera desafíos que enfrentar. El progreso moral caminó en otras épocas a la par del progreso intelectual, en un camino donde la política y la cultura se daban la mano. No es esto lo que ocurre en nuestros días. Al disociarse, al intelectual le queda la salida del realismo político o de la soledad cultural. Aún tiene la opción a la mano, puede escoger. Más adelante, ni siquiera esto será posible, si se profundiza la sensación de haber perdido toda capacidad de resistencia, toda razón para criticar o transformar. Sin embargo, la culminación de las paradojas de la primera respuesta, o la inexactitud de esta última, es la elección del más importante sociólogo latinoamericano, Fernando Henrique Cardoso, como presidente del Brasil. Político e intelectual puede ser el signo preliminar de unos nuevos tiempos que fragmentariamente podrían empezar y que muchos queríamos experimentar.

Carlos Tünnermann Bernheim

Consejero especial del director general de la UNESCO para América Latina y el Caribe, Managua.

1. América Latina se encuentra en un momento crítico de su historia. La crisis tiene sus expresiones más dramáticas en la pobreza creciente de amplios sectores de su población, el descredito de sus dirigencias políticas, la ineficacia de los gobiernos

para resolver los problemas, el incremento de la violencia, la corrupción y el narcotráfico, etc. Pese al repunte democrático de principios de la presente década, la ingobernabilidad se manifiesta en diversos grados y en distintas formas en casi todos los países de la región. Pero el fenómeno que mejor refleja la situación actual es el progresivo y persistente empobrecimiento de los sectores mayoritarios de la población y el deterioro de los sectores sociales, ligado a la puesta en marcha de planes de ajuste estructural de corte neoliberal, que han sido promovidos para combatir la inflación y permitir el servicio de la agobiante deuda externa. Más de la mitad de la población de América Latina vive por debajo del nivel de pobreza y uno de cada tres latinoamericanos se encuentra en situación de pobreza crítica. Las estimaciones más optimistas indican que doblaremos la esquina del año 2000 con un 55% de la población sumida en la pobreza.

Por otra parte, la situación relativa de América Latina en la economía mundial se ha deteriorado en los últimos años. La participación de América Latina en las exportaciones mundiales ha descendido significativamente. Según cifras de la UNCTAD, en 1990 representó tan sólo el 3,6% (y de este porcentaje, un 1 % corresponde al petróleo). En contraste, los llamados «países de reciente industrialización» del Sudeste asiático han incrementado su participación a un 8% del total mundial. Podemos afirmar que en las últimas décadas América Latina, como región, se ha hecho más pobre y marginal, a excepción de los reducidos sectores privilegiados de las clases altas urbanas de las grandes ciudades, vinculados a la economía internacional del mercado, que representan verdaderos «islotos de modernidad en océanos de pobreza».

Existe el peligro real de que América Latina quede marginada de los circuitos dominantes del comercio, las inversiones, los flujos financieros y los procesos tecnológicos. Hoy por cierto, somos más marginales en los procesos tecnológicos que hace diez años. Cabe, entonces preguntarse: ¿Estamos ante el paso de una situación de «dependencia» a otra de «prescindencia»? Frente a esta recalcidad, América Latina tiene que diseñar una estrategia de desarrollo que se proponga la reinserción más favorable de nuestra región en los circuitos internacionales.

2. El panorama de América Latina, al cabo de las dos primeras décadas del próximo siglo, estará en gran medida determinado por el avance que en la década actual experimenten los procesos de integración, dentro de la nueva concepción pragmática y abierta que preconiza la CEP AL y que los presidentes del continente suscribieron en IV Reunión Cumbre, celebrada en Cartagena, Colombia, en el mes de junio de 1994. América Latina tendrá que decidir, en el curso de esta década finisecu-

lar, si fortalecerá su integración como región, o si optará por una integración subordinada, como simple apéndice de una «integración hemisférica».

El entusiasmo de los gobiernos latinoamericanos, dispuestos a una pronta adhesión al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), debería refrenarse un poco. Prudentemente, deberían tomar en cuenta que en el caso de México, el 70% de sus exportaciones van a EEUU, el 12% a la Unión Europea y el 6% al Japón. A su vez, las importaciones mexicanas provienen: 65% de EEUU; 15% de la UE y 5% del Japón. EEUU posee el 65% de la inversión extranjera en México. De esta suerte, el TLCAN en buena parte no hace más que regular y normar una integración que hasta ahora se ha dado de manera silenciosa. Además, la mitad del comercio de EEUU con América Latina se concentra en México.

América Latina debería tener presente el siguiente consejo del SELA: «convendría evitar una vía de acuerdos superpuestos que teniendo a EEUU como centro probablemente generaría una red heterogénea y desarticulada de compromisos, susceptibles de asegurar los intereses de EEUU, pero, difícilmente, dada su estructura, los de las contrapartes latinoamericanas. Además, esa configuración podría incidir negativamente en los intentos de articular los esquemas de integración subregional y de contratar acuerdos de integración de alcance regional». América Latina debería estar abierta a nuevos tipos de acuerdos y de relaciones con los otros grandes espacios económicos y mercantiles.

3. El principal desafío que deben enfrentar nuestros intelectuales es pensar en América Latina como región y reinventar el proceso de integración, que por cierto no se limita únicamente a la economía y los mercados, sino que es un amplio proceso político y cultural. Algunas de las tareas de la inteligencia latinoamericana podrían ser las siguientes: plantearse el tema de la integración de América Latina como uno de sus grandes temas de reacción interdisciplinaria, en el contexto de una reacción más amplia sobre lo que debería ser *un proyecto latinoamericano de desarrollo humano y sostenible*. Tarea importante sería crear una «conciencia integracionista» en nuestras sociedades, ligada a una «cultura integracionista» y promover, en todos los sectores sociales, el concepto de «Nación-continente», único que nos permitirá asumir el rol de verdaderos interlocutores, en un mundo cada vez más caracterizado por reservar la toma de decisiones únicamente a los grandes bloques económicos. Los intelectuales deberían contribuir a elaborar un *pensamiento integracionista* para el momento actual que contribuya a dar respuestas lúcidas a preguntas urgentes como las siguientes: ¿Cómo lograr la convergencia de los actuales procesos subregionales de integración, en las perspectiva de una

integración regional? ¿Cuál debe ser la posición de América Latina, como región, frente al TLCAN y las propuestas de «regionalismo abierto» e «integración hemisférica»? ¿Cómo debe relacionarse América Latina con la UE y el bloque encabezado por Japón? ¿No es más conveniente para la región entender el «regionalismo abierto» como la posibilidad de relacionarse con los tres grandes bloques económicos, sin dejarse absorber por uno de ellos, en una «integración subordinada» o dependiente? ¿No es mejor propiciar una opción estratégica de diversificación en las relaciones internacionales o, al menos, de «diversificación de las dependencias»?

Complemento de lo anterior sería el reto de emprender los estudios prospectivos que nos permitan vislumbrar lo que será nuestro futuro. La elaboración de los futuros escenarios posibles para nuestra región es una tarea donde la inteligencia encontraría un amplio campo de ejercicio y donde la cultura recuperaría su carácter central como la mejor garantía de la preservación de nuestra identidad.

Imelda Vega-Centeno B.

Profesora de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

1. Los *cien años de soledad* de Haití. En sus desgracias y posibilidades, es la caricatura de todo el continente: es caricatura porque refleja una rcalidad, hipertrofiando 10 grotesco de sus excesos. Haití fue el primer territorio que pisaron los conquistadores, y porpugnas entre los poderosos, pasó a ser territorio francés; quienes para poder reinar tuvieron que repoblar este pedazo de isla, con africanos procedentes de diversas etnias, de modo que su cultura actual tiene resabios de la Francia del siglo XVII y de los problemas del Africa occidental del siglo XVIII. Pero es en este país donde nace la ideología de la negritud, y donde se desarrolla un interesante proceso de construcción de identidad.

Primer país latinoamericano independiente (1804), primer territorio donde se abolió la esclavitud, fue también el primer país invadido por EEUU, que permaneció allí 19 años. Primer país donde existió una dictadura hereditaria, país que tuvo el primer presidente vitalicio de 19 años (Baby Doc). País cuyo sistema económico escapa a toda lógica del capitalismo, porque el narcotráfico atraviesa, enriquece a algunos militares, y donde las mayorías sobreviven día a día esforzándose por no morir. Primer país en devastación ecológica, es el primer país cuya articulación sociocultural es exclusivamente religiosa. Haití es el ejemplo patético del pernicioso trasvase de 10 político hacia 10 religioso. donde el dictador (Papa Doc) era al mismo tiempo el sumo sacerdote del vudú. Y donde fuerzas paramilitares con adhesión religiosa a un jefe están dispuestas a matar o morir.

En este país-circunstancia, encontramos dramáticamente, y al mismo tiempo, todos los problemas de América Latina. En este país también tendrán su verificación los organismos internacionales y su función frente a los países pobres. Con la invasión de EEUU a Haití resultó que los mismos militares que propiciaron la subida de Duvalier, complotaron contra Aristide y el consiguiente ascenso de Cedras, estas mismas fuerzas ¿tienen alguna capacidad moral para «restaurar» una democracia que nunca existió? y en todo caso, ¿de' qué democracia estamos hablando en América Latina?

2. No tiendo a ser ni profeta del desastre ni anunciadora de falsas esperanzas. En el presente y más aún en una perspectiva de construcción del futuro, si no se encuentran soluciones eficientes para los principales problemas del continente: desempleo, cobertura de salud y educación, la situación puede resultar explosiva. Si es que sigue creciendo la angustia y la ignorancia de las inmensas mayorías, se estará generando el caldo de cultivo para una «estampida humana» (vg. Ruanda), sin precedentes, pero cuyos preparativos se han visto ya en Brasil, México y Argentina. Curiosamente los estallidos se han producido en los países de «desarrollo relativo» de la región, pero estos nos pueden dar indicios de lo que se está gestando en el continente, a causa de las angustiosas esperas siempre diferidas de las mayorías.

3. El papel de los intelectuales hacia el futuro es una exigencia y desafío de creatividad, superar el «modelismo» y las visiones «creyentes» en las teorías científicas, para poder generar alternativas de desarrollo de acuerdo a las características histórico-culturales de nuestros países. La tarea de pensar y crear de los intelectuales se hace más urgente en la perspectiva del desarrollo concreto de América Latina, frente a la actual división del mundo.

En particular, el trabajo de los científicos políticos, tendría que contribuir a la reconversión de los partidos políticos a fin de que lo político deje de ofrecerse como una oferta religiosa de salvación. El tranvase de lo religioso al campo político ha tenido entre nosotros réditos electorales, pero ha servido para defraudar objetivamente, las necesidades políticas de la población.

César Verduga

Consultor del PNUD (Santiago de Chile): presidente de la Asociación Latinoamericana de Derechos Humanos.

1. El enraizamiento del ideal democrático como objetivo histórico para el desarrollo de la región latinoamericana y la necesidad de renovar identidades actores y conductas políticas, para hacerlo viable, es el problema clave del presente en la región. La convergencia de procesos de modernización productiva, ajuste económico y democratización política, ha creado una generalizada preocupación por el tema de la gobernabilidad. Como asunto de moda la gobernabilidad corre el riesgo de convertirse en una tecnología estatal carente de vitalidad, usada para operaciones de ingeniería política de corto plazo que no awquen problemas de fondo. Ese no sería el enfoque adecuado. La renovación del quehacer político debe servir para gestar una gobernabilidad al servicio del cambio. Que sea una carta de navegación hacia mejores formas de convivencia social, donde la inserción eficaz en la economía global, la consolidación democrática y el desarrollo humano se armonicen plenamente.

2. La región latinoamericana y caribeña tiene reservas naturales y humanas suficientes como para hacer viable la afirmación de su identidad en el mundo del siglo XXI. La condición es que existá la sabiduría política indispensable para articular adecuadamente la eflcacia del mercado, la autoridad del estad y las potencialidades creativas de la sociedad civil, tras objetivos claros y posibles. América Latina fue la región de mayor crecimiento económico del siglo XX. También es la zona de mayor concentración del ingreso del mundo. Adicionalmentees común en el continente la imbricación de todas las formas posibles de desigualdad. Generalmente los grupos con menos acceso a la economía, la educación y el poder, son también los sectores discriminados por razones étnicas, culturales de género o edad. Por otra parte los Estados latinoamericanos están siendo modificados por los procesos de globalización, la eclosión de las diversidades, la construcción de nuevas identidades en su interior y las demandas de descentralización del poder. Se requerirán algunas «epopeyas políticas» diferentes de aquellas que se plantearon sobre visiones ideológicas deterministas, pero epopeyas al fin. La redistribución del poder en todas sus dimensiones y la profundización de los procesos de integración regional, no pueden seguir siendo aspiraciones líricas. El precio de no concretarlas puede ser el desperfilamiento de lo latinoamericano en el mundo, la pérdida total de autonomía y la emergencia de sociedades resquebrajadas y caóticas, violentas e infelices. Un continente sin destino histórico cuyos sufridos habiUlntes tengan como única esperanza emigrar.

3. La gobernabilidad para el cambio es una creación cultural. Requiere de agudeza intelectual y voluntad política, sabiduría estatal y movilización social. La labor de los intelectuales en ese proceso es fundamenwl. Deben contribuir con propuestas y

metodologías de concreción de ellas, para que sea factible el cambio cultural con que se sostendrá el desarrollo de América Latina en el siglo XXI. Se requiere una nueva cultura política, proclive a los consensos, para consolidar el Estado de derecho. Se necesita una nueva cultura de la gestión para ganar la batalla de la competitividad. Sólo nuevos valores culturales podrán garantizar el enraizamiento del respeto a los derechos humanos, a las identidades y al medio ambiente, como actitud socialmente consensuada. Se demanda una nueva cultura de gobierno, que vea en la eliminación de la pobreza un requerimiento ético, una necesidad social, un objetivo político, una conveniencia económica y una política de Estado. Esta es la hora en que la cultura se enraiza democráticamente y la democracia se desarrolla cultural mente.

Carlos M. Vilas

Investigador del Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Humanidades, CIIH-UNAM, México.

1. Varios fenómenos destacan, pero puesto a seftalar uno, quiero referirme a la reducida eficacia de las instituciones de la democracia representativa para mejorar las condiciones de vida de sectores amplios de la población que en el pasado reciente protagonizaron las movilizaciones que condujeron al establecimiento, o restablecimiento, de ellas. En otras palabras, la tensa convivencia de democracia representativa y empobrecimiento masivo.

Teóricamente, democracia y empobrecimiento son cuestiones antagónicas. Como quiera se la defina, la democracia implica un régimen de inclusión, de pertenencia a algo que se considera de todos y de todas: la «res pública» de los romanos, el «commonwealth» de los anglosajones. La pobreza en cambio es un proceso de exclusión: exclusión de niveles dignos de vida, exclusión del mercado de trabajo, exclusión de sistemas de seguridad personal y social, exclusión de un horizonte de esperanzas compartidas. En estas condiciones: ¿qué significado efectivo tienen los derechos de ciudadanía y las instituciones de la democracia? ¿Qué queda de la autonomía del ciudadano?

Históricamente, este desfase marca un contraste con modo en que la democracia "ha sido tradicionalmente encarada en América Latina: un régimen político con eficacia para introducir reformas sociales que den a la participación política proyecciones definidas en materia de bienestar social. El reflotamiento reciente de T.H. Marshall y su concepto de «ciudadanía social», independientemente de las críticas de que es susceptible, no debería ocultar que en nuestra región, para un arco muy amplio de pensamiento y comportamientos políticos y de afiliaciones doctrinarias

y partidarias, la democratización siempre se planteó como una articulación de participación política y reforma social, y el desempeño de los regímenes democráticos legitimó este enfoque integral.

Factores políticos y económicos, locales e internacionales, todos ellos bien conocidos, explican el desfase apuntado y el vaciamiento del concepto de democracia de cualquier noción de mejoramiento social; pero la explicación, aunque ayuda a entender mejor las cosas, no hace a las cosas mejores.

Debe señalarse también que estas democratizaciones realmente existentes» son mucho menos que democracias liberales, en la medida en que las concepciones democráticas del liberalismo implican competitividad electoral en la designación de los gobiernos, junto con responsabilidad pública de los funcionarios, separación de las funciones de gobierno, vigencia efectiva del Estado de derecho, entre otros requisitos. En América Latina de hoy el reduccionismo formal no sólo margina la cuestión de la efectiva competitividad de los procesos electorales y de la agenda que se discute en ellos, sino que hace posible considerar democráticos regímenes donde entre elección y elección imperan la impunidad policial, la corrupción pública, la opacidad de la administración y la irresponsabilidad de los funcionarios, la subordinación del poder judicial al ejecutivo, etc. Vale decir una democracia bastardeada en lo político, además de castrada en lo social.

2. Ese panorama dependerá de la capacidad de las fuerzas populares (trabajadores/as, pobres, mujeres, grupos étnicos oprimidos, sectores medios y otros actores oprimidos y explotados) para plantear estrategias mejores de desarrollo que compatibilicen crecimiento, democracia, sustentabilidad y justicia, y de convertir esas estrategias en cursos de acción *política* eficaz. Subrayo esto de *política* porque a veces se tiene la impresión que el planteamiento de alternativas es una cuestión de tertulias y discursos abstractos. En esta como en otras cuestiones, solamente la política es capaz de convertir las ideas en obras. Y por política me refiero a formas organizadas de la acción colectiva orientadas al ejercicio del poder. Y subrayo también *organizadas*. La vigencia de la democracia representativa, aun con las limitaciones señaladas más arriba, implica elecciones, y para ganar elecciones hacen falta partidos. La existencia de partidos políticamente eficaces implica, entre otras cosas, una efectiva relación de representación de los actores sociales. En la actualidad ésta es una de las cuestiones más complejas que enfrenta el campo popular, y seguirá siéndolo en el futuro: las transformaciones en la sociedad y en el Estado han puesto en crisis a partidos, sindicatos y movimientos sociales. El panorama del año 2025 dependerá en consecuencia de la capacidad del

movimiento popular para encontrar formas organizativas que expresen su demanda permanente, por más que dinámicamente cambiante, de dignidad, democracia, justicia y bienestar, y que conviertan esas demandas en cursos de acción política legítimos y eficaces.

3. Intelectuales somos muchos. Nuestra época, como todas las épocas, -Y presenta tres grandes grupos de intelectuales: los que contra viento y marea perseveran en el juicio crítico y la capacidad -y el valor y la decencia- de cuestionar incluso las realidades que les satisfacen; los que con mayor o menor elegancia actúan como voceros del poder establecido no importa cuán inicuo éste sea - el actual es realmente un orden inicuo -; y las plumas al viento. Lo mismo que en otras épocas, y que en la actual, es del primer grupo de quien seguirá dependiendo el avance del conocimiento y el desarrollo de instrumentos analíticos y conceptuales para contribuir a un mundo más viable. En lo inmediato las condiciones para estos intelectuales propiamente tales no serán fáciles; la privatización creciente de las instituciones de educación superior y de investigación, y la reducción del Estado a una especie de corredor de bolsa de las líneas de punta de la especulación financiera, reducen los espacios para el trabajo creativo. Pero bien miradas las cosas, los grandes momentos de creatividad y avance del conocimiento raramente, si alguna vez, estuvieron asociados al disfrute de los goces palaciegos. Que esto no sea entendido como una exaltación del masoquismo sino como una simple constatación. En todo caso, la eficacia de estos intelectuales, como las de los voceros de la iniquidad, dependerá de su capacidad para articularse efectivamente a los actores colectivos que, de acuerdo a sus esquemas teóricos, deberían convertir en obras los resultados de sus análisis.

Eugenio Raúl Zaffaroni

Director del Departamento de Derecho Penal y Criminología, Universidad de Buenos Aires.

1. Estimo que el momento social latinoamericano se caracteriza por los graves efectos de la exclusión de sectores cada vez más amplios de la población de sus sistemas de producción y distribución. El momento político correspondiente puede caracterizarse quizá por su nota más deswcada, que es una clase política carente de pensamiento, cuyo comportamiento se acomoda a minúsculas coyunturas de poder, sin interés ni capacidad de programación y previsión ni siquiera a mediano plazo. Se han instalado «ejecutivos» políticos, que reproducen el perfil del tecnócrata de clase media en la gran empresa. Toda seriedad y coherencia es estigmatizada como utópica o ideológica, en función de una ideología «pragmática», cuya

racionalidad se agola en movimientos muy cortos de escaramuzas del poder. No se trata de ideologías irracionales por contrarias a la razón, sino porque dejan de hacer uso de ella.

El momento cultural corresponde al anterior panorama de exclusión y caída en desuso de la razón: al consolidarse los modelos excluyentes y precipitarse fuera del sistema diferentes grupos humanos, se multiplican los conflictos con quienes quedan en el sistema, pero también -y fundamentalmente- entre quienes salen del mismo, lo que dificulta cualquier coalición dinamizante (desmoviliza políticamente a "los excluidos) y provoca anomia creciente, en el sentido originario de la palabra.

2. Las predicciones siempre son difíciles, especialmente cuando se trata de señalar tiempos. De cualquier manera, no creo que puedan revertirse las tendencias actuales de la región ni del mundo sin algunos desastres que sirvan de advertencia y que provoquen coaliciones necesarias entre sectores hoy antagónicos. En cierto tiempo se reducirán los conflictos por espacios menores ante las amenazas de catástrofes mayores, lo que generará una dinámica contraria o de inclusión, imponiendo la reificación de modelos. Las clases políticas deberán modificar sus actitudes o serán desplazadas.

Las tendencias utópicas tienen el defecto de prescindir de los datos de la realidad actual, en tanto que las catastrofistas se caracterizan por proyectarla en línea recta al futuro. Sin embargo, es razonable pensar que la continuidad lineal prescinde de la dinámica social y del poder, y que la misma es previsible que continúe sin mayores alternativas hasta que los problemas se globalicen lo suficiente (migraciones masivas a los países centrales, contaminación atmosférica, etc.), como para forzar a los países centrales a globalizar la búsqueda de soluciones, al menos en cuanto a algunos problemas básicos. Los tres ámbitos de la actual revolución tecnológica (energética, biotécnica y electrónica) nos colocan en situación de notorio retraso. Sin embargo, ese mismo retraso se convierte en un peligro para el centro y la transferencia tecnológica urgente será necesaria cuando algunos desastres evidencien la inminencia del riesgo. La vieja y feliz apelación a la imagen de la nave espacial sigue vigente: la peste entre los pasajeros de tercera pone en peligro a los de primera hasta la injusticia tiene límites.

3. Los intelectuales de los países centrales, por lo general, permanecen aislados de las clases políticas, mantienen a veces contacto con la misma, pero forman corporaciones diferentes. América Latina no tiene personas a las que les pague para pensar y criticar. El principal problema de los intelectuales latinoamericanos es asumir actitudes de intelectuales centrales. Es muy grande el desafío que tienen por delante, pero básicamente, el principal es cómo pueden insertarse en la propia

clase política en el futuro. De lo contrario, sin corporación propia con poder y fuera de la política, su rol es muy limitado. No será una tarea sencilla, porque no hay modelos a imitar y el entrenamiento es completamente diferente.

Leopoldo Zea

Coordinador del Programa Universitario de Difusión de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México.

1. La América Latina enfrenta un problema histórico derivado del fin de la guerra fría que puso en crisis las dos ideologías que se disputaban la hegemonía mundial: el capitalismo y el comunismo. La guerra fría venía manteniendo un orden global basado en la amenaza de la guerra. Un equilibrio al borde de lo que podría ser una Tercera Guerra Mundial. Mijail Gorbachov, la URSS, rompe este orden al salirse de la guerra fría, considerando que la misma ha originado un costo que con ese mínimo de bienestar doméstico al que tienen derecho los pueblos, máxime dentro de una sociedad como la que preconizó el comunismo. Abandonar la guerra fría y orientar la economía socialista hacia el bienestar doméstico de sus individuos. Estados Unidos realizaba gastos semejantes que eran solventados en gran parte por los pueblos bajo su hegemonía, que incluía a Europa Occidental, que pagaba con dependencia política y económica el costo que le imponía EEUU para defenderla de una posible agresión soviética.

El fin de la guerra fría en 1989 afectará a Estados Unidos, con un poderoso y sofisticado armamento obsoleto frente a la renuncia annamentista de su oponente para posibilitar el «socialismo de rostro humano». Cambio que originó, a su vez, que Europa occidental se negase a seguir pagando por una protección que resultaba innecesaria. Europa occidental podía integrarse libremente y hacer realidad el sueño de una Comunidad Europea iniciado en 1979.

Europa del Este pudo fácilmente romper con la hegemonía soviética porque la misma implicaba un alto costo económico. La guerra del Golfo en 1991 fue como una advertencia hecha por EEUU a Europa occidental ya otras regiones de la tierra bajo hegemonía: debería seguirse contando con la protección estadounidense frente a otro enemigo, el Tercer Mundo, que amenaza el bienestar del mundo desarrollado. La falsedad de este argumento fue demostrado con el rápido aplastamiento de Irak. No era necesaria tanta fuerza militar para impedir amenazas como ésta.

En 1989 Francis Fukuyama anuncia el fin de la historia y el predominio absoluto del sistema capitalista expreso en la economía de mercado, pero para la cual los que estaban mejor preparados eran los países que bajo la guerra fría habían desa-

rollado la industria propia de la economía de mercado, encaminada a satisfacer el bienestar doméstico de los individuos capaces para consumirla. Los dos grandes perdedores de la Segunda Guerra Mundial: Alemania y Japón que no fabricaban armas, empezaron a fabricar y a invadir con sus productos al resto de la tierra, incluyendo EEUU, bien armado pero atrasado en la elaboración de las mercancías que demanda una sociedad liberal y democrática.

La reforma socialista del régimen de Gorbachov originó la fácil separación de la Europa bajo su hegemonía y de inmediato la propia desintegración. EEUU, por el contrario, trató de mantener su hegemonía con una guerra como la del Golfo Pérsico. Por ello en Latinoamérica, lejos de permitir el desarrollo de la región, se resiste a los mismos con acciones represivas como la de Panamá en 1989. Las viejas demandas latinoamericanas como la del respeto al derecho de autodeterminación reclamado incluso por EEUU en su independencia en 1776 fueron involucrados dentro de la ideología comunista y por ello obsoleto al final de la guerra fría. Estas viejas demandas, se considera, carecían de sentido dentro del supuestamente triunfante sistema capitalista encabezado por EEUU.

La América Latina, como el resto de los países del Tercer Mundo resultaban prescindibles en el orden que se avecinaba. Sin embargo también EEUU resultaba prescindible con su alto y costoso armamento, en un mundo que había dejado de ser bipolar. Dentro del nuevo orden económico, EEUU toma conciencia de su incapacidad para competir en una economía para la que no estaba preparado. Para competir necesitaba producir los utensilios domésticos del mercado, eliminando la competencia de la Comunidad Europea y de los pueblos de la cuenca asiática del Pacífico. América Latina se hizo entonces necesaria, no ya por sus materias primas y mano de obra barata, sino como posible mercado de 500 millones de posibles consumidores. Pero esto no podrán serlo si antes no se desarrollan para poder consumir. El TLCAN y la Iniciativa para las Américas de Bush se presenta como una gran oportunidad para que América Latina entre en la Modernidad en otra relación que no sea ya la simple de instrumento de bienestar ajeno. Es esta la situación actual de la que ha de derivarse el futuro de la región.

2. Dentro de esta perspectiva, la de utopía de América Latina, se perfila un posible estallido universal pero distinto del imaginado por Hegel y Fukuyama. Un Estado formado por pueblos que sin renunciar a sus propias expresiones de identidad e intereses puedan participar en tareas para el logro de metas comunes con independencia de la ineludible diversidad de los mismos. Pueblos iguales entre sí por ser distintos, pero no tan distintos que se ponga en cuestión la humanidad de algunos

de ellos. Para América Latina, crisol de razas y culturas, la posibilidad es extraordinaria. Sin embargo, de los viejos centros de dominación, pese a ser ésta su única salvación, existen fuerzas que se oponen a esta posibilidad. En los grandes centros de poder del sistema capitalista se habla, no sólo del fin de la historia, sino del desarrollo. La naturaleza, se dijo en Río de Janeiro, no puede ya seguir siendo explotada, habrá que detener la explotación y los pueblos que no se beneficiaron con esta explotación y sólo fueron parte de ella tendrán que renunciar a la misma. El desarrollo ha terminado, no se puede ir más allá de donde se ha ido. Pero un desarrollo no se puede compartir porque compartir implicaría compartir la miseria, salvo pequeños ajustes, esto es limosna.

Sin embargo, se afirma, los pueblos bajo subdesarrollo son los mejor preparados para el futuro en que la humanidad haya de volver a la vida natural, ya sin las violencias que hicieron los hombres y pueblos que encarnaron la modernidad. Por ello habrá que preservar la identidad de estos hombres bajo subdesarrollo, ya que ellos enseñarán a vivir a los hombres, a quienes se les enseña a vivir en esta idílica situación. Se vuelve al Buen Salvaje del siglo XVIII. América Latina y el resto del llamado Tercer Mundo deberán sentirse satisfechos por lo que representan para un futuro en el que el hombre se verá obligado a regresar a sus orígenes, al hombre del Cromagnón cuya identidad fue afectada por el progreso sin fin.

3. Los intelectuales de América Latina deberán así enfrentar el desafío que implica la lucha por compartir el desarrollo alcanzado por próximo que sea su final. Negarse a aceptar el catastrofismo de una sociedad que no quiere compartir lo hasta ahora alcanzado porque implicaría el fin de su propio y peculiar desarrollo que se presenta como el fin de todo posible desarrollo. Los problemas que ahora enfrenta el mundo capitalista como los que enfrentó el mundo comunista se han originado en la incapacidad de unos para aceptar a otros como sus semejantes y con los mismos derechos que ellos vienen reclamando. El comunismo de rostro humano de Gorbachov fracasó porque nadie quiso hablar de compartir el futuro que había de ser alcanzado. El capitalismo de rostro igualmente humano como el que ahora propone William Clinton fracasará si los beneficiarios de este sistema se siguen negando a compartir frutos que hicieron posibles los sacrificios de los más en beneficio de unos pocos. Los intelectuales deberán aclarar, precisar, mostrar que los sistemas ayer enfrentados no son sino expresiones complementarias de lo humano. Libertad con responsabilidad social e integración social sin menoscabo de la libertad. Un mundo globalizado pero en el cual se encuentran representados sus múltiples y diversos intereses.

